

Angelus

Los sueños que me enseñaron a vivir



MANUEL MORENO SÁNCHEZ

Ángelus



Manuel Moreno Sánchez

www.manuelms.com

Ángelus

Los sueños que me enseñaron a vivir

Manuel Moreno Sánchez

© 2012, Manuel Moreno Sánchez

Propiedad intelectual: GR-226-12

Ninguna parte de esta publicación puede reproducirse sin permiso previo del autor.

A mis sobrinos Daniel, Julia, Lucía y Jimena...

Nota del autor

A principios del año 2012, entré en una gran librería de mi ciudad, Granada. Me gusta de vez en cuando echar un vistazo a mis autores favoritos, por si encuentro algún libro que aún no tenga. Así sucedió aquel día. Me fui a la sección de libros de psicología. Busqué a Erich Fromm. ¡Y allí estaba! *El lenguaje olvidado*. Un remolino de emoción me invadió de súbito. Tiempo atrás había intentado comprarlo por internet, pero siempre me topaba con un «descatalogado». Lo busqué en libros de segunda mano y tampoco lo encontré. ¡Me faltó tiempo para cogerlo!

El motivo por el que estaba tan interesado en leer ese libro resultaba de saciar la enorme curiosidad que me había despertado el mundo de los sueños. Después de varios años estudiando psicoanálisis de forma autodidacta, claro me había quedado que los sueños son una ventana directa al subconsciente, una especie de atajo capaz de sortear capas de racionalizaciones hasta alcanzar las alcantarillas de la mente... el único problema... que los sueños están escritos en clave simbólica y hay que saber interpretarlos. ¡Ese era precisamente mi objetivo! Aprender a interpretar sueños para tener un acceso directo al subconsciente.

Reconozco que después de estudiarlo quedé algo defraudado. Había aprendido mucho, cierto es, pero no alcanzaba para poder dominar los intrincados mensajes que se esconden tras los sueños. Entonces recurrí al padre del psicoanálisis, Sigmund Freud, y tras estudiar detenidamente su teoría de la interpretación de los sueños y familiarizarme con los procesos oníricos, en mayo de 2012

comencé a anotar mis propios sueños y someterlos a análisis. Al principio no di pie con bola. Análisis vagos y carentes de sentido, pero poco a poco le fui cogiendo el tranquillo y cada vez quedaba más conforme y satisfecho. Lentamente me fui asombrando al comprobar que los pequeños cortometrajes que nuestra mente proyecta cuando dormimos representan descripciones más vívidas y precisas de nuestros estados anímicos que cualquiera de las explicaciones que podamos dar acerca de nuestro verdadero sentir. Pero mi mayor sorpresa fue cuando, con el paso de los meses, fui encontrando el significado de sueños angustiosos repetidos en el tiempo, incluso de algunos que ya no soñaba, pero recordaba del pasado, y que encima, se parecían mucho a los sueños de otras personas con las que intercambiaba impresiones al respecto. Entonces advertí que los sueños se pueden clasificar en dos grupos: *personales* y *universales*. Como es obvio, los *personales* sólo pertenecen al soñante. Por el contrario, los *universales* los soñamos todos con pequeñas variantes que se ajustan a nuestra personalidad. Y puesto que a mí me estaban sirviendo para conocerme mejor y encontrar respuestas a problemas «ocultos», me pareció una fantástica idea escribir una novela y hacerla gravitar alrededor de los sueños *universales* (aquellos que en su mayoría todos hemos soñado, o como mínimo, conocemos a quien los ha soñado), con la intención de ayudar a otros a conocerse mejor y encontrar respuestas a sus propios problemas.

Este libro está escrito en esa dirección. Apoyado en mi propia experiencia vivencial y completado con los estudios que he realizado en los últimos años en este campo, es mi deseo «iluminar» algunos de los sueños que nos hacen despertarnos

cansados y con la sensación de agobio propia del que ha sufrido aun durmiendo.

Ambientado en mi Cúllar Vega natal, y como protagonistas a mis sobrinos Daniel y Julia, espero que este libro sacie la curiosidad de todo el que se sienta atraído por el mundo onírico.

Julia se encontraba de pie, en el centro de un lugar sombrío y solitario. Daba igual en qué dirección mirase, a izquierda o derecha, al frente o a su espalda, el lugar resultaba ser una amplia extensión vacía donde la vista se perdía en una oscuridad infinita.

Así con todo, una débil luz, que no podría precisar desde qué ángulo enfocaba, la posibilitaba para percibirse a ella misma y su alrededor más inmediato.

Silencio sepulcral.

Demasiado evidente y por ello incómodo.

Julia empezó a angustiarse sintiendo la soledad de un lugar desconocido que de forma creciente la amedrentaba. Por alguna extraña razón, allí donde se encontraba, las sensaciones físicas de frío-calor, húmedo-seco, carecían de valor. Era como si la temperatura no pudiese registrarse. Sin embargo, y he aquí lo más curioso de todo, por algún perverso capricho del destino, lo registrable o medible tenía más que ver con la emoción que con la sensación. Si, por ejemplo, en medio de aquella carencia de todo lo material, existiese un termómetro, éste no sería sensible a la temperatura, sino que mediría los diferentes parámetros de la emoción: tranquila-nerviosa, confiada-desconfiada, serena-angustiada. En ese extraño paraje, lo único importante a percibir era el estado anímico de Julia. ¡Todo lo demás no importaba!

De repente, un fuerte golpe la asustó como portazo al recién nacido. De forma compulsiva miró a todos lados, sin resultado positivo. El miedo sacudió su cuerpo de rebato, y tuvo la sensación de que alguien o algo se aproximaba peligrosamente.

Tragó saliva intentando digerir el nerviosismo.

«¿Quién o qué me acecha con tanto ahínco que percibo el peligro con intensidad extrema?!»

En medio de aquella umbría, sola e indefensa, comenzó a correr sin rumbo fijo. Su rostro barnizado de espanto y su mirada lacerada daban fe de la angustia que la consumía. En ese momento no estaba segura qué la asustaba más, si quedarse quieta esperando ser atrapada o seguir corriendo sin ver el terreno que pisaban sus pies. La tremenda oscuridad de aquel lugar no hacía más que agravar la sensación de impotencia de Julia.

Bajo continuos parpadeos lanzaba furtivas miradas atrás, pretendiendo ubicar con la vista aquello que la atemorizaba. En algún lugar de su esperanza deseaba que todo fuese un malentendido, un susto producido por la ceguera en la que todos los mortales nacemos: la ignorancia.

Una potente exhalación pareció adelantarla.

La impresión fue terrorífica y la respuesta corporal inmediata...

«¿Qué está pasando?!»

Presa del pánico, intentó acelerar el paso, pero cuanto más se esforzaba, más lento avanzaba. Soltó un grito ahogado.

«¿Qué diantres me pasa?!»

Bajó la mirada y observó sus piernas moviéndose a cámara lenta.

«¿Por qué no puedo correr como yo siempre he corrido?!»

Desesperada, sintió lo inútil de su esfuerzo, y recordó el mito de Sísifo y su trágico final, condenado por toda la eternidad a empujar sin cesar una enorme roca hasta la cima del Monte Hades. El rostro de Sísifo lucía crispado, sus brazos tensos por el esfuerzo, sus manos ensangrentadas y doloridas, sus pies hundidos en el fango y su cara aplastada contra la roca. Al llegar arriba, las fuerzas lo abandonan en una escena infinita, y la roca

se desliza ladera abajo ante la atenta mirada del héroe, desgastado y frustrado, que debe bajar para comenzar otra vez la infructuosa y eterna tarea. El dios Júpiter había pensado, acertadamente, que no hay castigo más terrible que el esfuerzo inútil y sin esperanza. Y así se sentía Julia, acometiendo el inútil esfuerzo de escapar de aquella angustia, impedida por sus piernas pesadas como lastres.

Cada vez lo notaba más cerca y sintió con toda crueldad como el miedo le oprimía el pecho, como tintaba sus pensamientos de oscuro espanto y como el cuerpo entero le temblaba habiendo sucumbido por completo a la zozobra incandescente que derriete la esperanza.

Aquello que la perseguía, quién o qué era no lo sabía, pero ahí estaba, a punto de alcanzarla para desconsuelo de su triste agonía. Terror profundo, ahogo permanente o vértigo extremo.

¡Qué más da como se le llame!

En ese lugar donde los parámetros de la física convencional no sirven para explicar el aspecto más negativo de la emoción, indefensa, desprotegida y terriblemente asustada, Julia se despertó de un sobresalto empapada en sudor...

Todo había sido producto de una espantosa pesadilla. Incorporada sobre la cama, jadeaba aliviada por haber despertado a tiempo. Se pasó una mano por la frente. Sudor frío.

«¿Qué o quién me persigue en el sueño?!»

No le fue posible responder. Únicamente reconoció el miedo extremo que le provocaba no sólo ser perseguida, también la angustia de ser alcanzada. Volvió a tumbarse, más relajada. Aspiró profundo y expiró con fuerza. En la oscuridad de su dormitorio reparó en que no era la primera vez que soñaba que era perseguida. Por desgracia era un sueño, o, mejor dicho, una

pesadilla, que la acompañaba desde la infancia turbándole el descanso más veces de las que ella quisiera.

«¡Maldito sueño repetido en el tiempo!»

La parte buena residía en que sólo era eso, un sueño, y como tal, no es capaz de sobrevivir mucho tiempo fuera del estado onírico donde es concebido. Por lo general, al despertar, accedemos al estado de vigilia, donde sueños y pesadillas se debilitan y olvidan de forma vertiginosa, permaneciendo escasos momentos en nuestra retina velante.

Julia se giró sobre sí misma, lanzó el brazo fuera de la cama y accionó el interruptor. El fogonazo arrugó sus ojos de forma instintiva. A través de un hilo de luz observó el reloj despertador: 6:25.

«¡Qué curioso! Me he despertado cinco minutos antes de que toque.»

Lo desconectó.

Retranqueante salió de su dormitorio y accedió al baño.

Julia contaba con veinte años: uno sesenta y cinco, piel clara, ojos azules y pelo rubio y rizado. Su constitución era delgada tirando a delgaducha, cosa que lo achacaba a lo activa y nerviosa que era. De pequeña su madre la llamaba cariñosamente «monillo» por lo mucho que le gustaba trepar por todos lados. Aun así, bien era cierto que en los últimos años sufría de una constante intranquilidad y un permanente nerviosismo. Sufría la displicente sensación de «estar perdida y sin rumbo».

Frente al espejo, hundió las manos en el agua y se despejó la cara. Sin saber por qué, la pesadilla volvió a sus pensamientos. Se detuvo en el recuerdo de la angustia sufrida, preguntándose si sólo se trataba de una película sin sentido que cabalga libre dentro del estado onírico, o, por el contrario, tendría algún significado. Frunció el entrecejo, haciendo memoria. Algo había leído acerca

de un tal Freud y su interpretación de los sueños, aunque todo el mundo lo tachaba de obsceno y pervertido por hacer gravitar sus teorías alrededor de la sexualidad infantil.

«¿Y si tiene razón y los sueños simbolizan algo? En cuyo caso, ¿qué significan?»

Demasiada tribulación para alguien que la mayor parte del tiempo se sentía frustrada por la vida que vivía.

Fugaz se acordó de su tía Rocío. Enseguida supo por qué. Era confesa devota de lo místico y mesiánico, del mundo de los espíritus, las hadas y los sueños... por eso había pensado en ella. Sintió el impulso de contarle el sueño repetido en el tiempo.

«¡Igual ella puede ofrecerme una respuesta! ¡Un momento! ¡Mejor no!»

Declinó la intención reparando en que, de hacerlo, de inmediato querría visitar a la mística Antón para que le echase las cartas o a la espiritual Elena de Alfacar para que mirase su interior, y eso le daba aún más miedo.

Regresó al dormitorio y se vistió.

Momentos después, sentada en la barra de la cocina, sorbía con lentitud un café solo. Necesitaba espabilar y activarse.

«¿Por qué cada vez que tengo esa estúpida pesadilla me levanto agotada y falta de vitalidad? ¡Menuda paradoja! ¿No se supone que dormimos para descansar? Entonces, ¿por qué descansando me canso? ¿Por qué me canso descansando? Ahora cobra todo su sentido aquello de que el orden de los factores no altera el producto.»

Giró la muñeca derecha y observó su reloj. Se trataba de una colección limitada de Hello Kitty que su padre le regaló de niña. Sólo se lo quitaba para bañarse. Las 6:55.

«¡Puff! ¡Y ahora toca trabajar!»

Lunes 18 de marzo. El sol calentaba en demasía y con una primavera que cada año se adelantaba más y más por culpa del cambio climático, en la vega de Cúllar, los labradores productores de tabaco preparan las tierras de regadío para la siembra de la temporada.

Hugo y Julia, encorvados y sudorosos, limpiaban de hierbas, malezas y rastrojos la primera de las hazas donde más tarde sembrarían la planta que acabaría en los pulmones de muchos. Era el primer día en la preparación del terreno para su posterior labranza.

Hugo era novio de Julia. Uno setenta, delgado y moreno. Contaba con veinte años, como ella, y llevaban tres de relación sentimental.

—¿No va a venir tu padre? —preguntó Julia, extrañada por la ausencia de su suegro. Se puso recta y estiró la espalda hasta crujirla.

—Creo que no —respondió Hugo, secándose el sudor—. Ha tenido que asistir a una reunión del gremio. Anda algo preocupado.

—¿Qué le ocurre?

—El futuro del tabaco se torna incierto ante la reforma de la Organización Común de Mercado. Pretenden suprimir las subvenciones a los agricultores. Si al final retiran las ayudas, los costes serán superiores a los beneficios y no será rentable sembrar tabaco.

Julia guardó silencio, pensativa. Desde luego, por lo menos para la familia de Hugo, era todo un problema. El campo era su única fuente de ingresos.

Ambos reanudaron el trabajo.

Arqueada y algo fatigada, Julia sopesó con firmeza una posibilidad tiempo atrás aplazada. Desde que empezó su relación con Hugo, tres años atrás, no le había faltado trabajo en el campo. Ahorradora y poco derrochadora, gozaba de independencia económica y gustaba de sufragarse sus gastos personales sin pedir sustento a sus padres, Manme y Víctor. Además de alcanzarle meses atrás para comprarse un Renault Clío azul —su color favorito desde que tenía uso de razón— de segunda mano. Pero bien era cierto que el trabajo en el campo era muy sacrificado y mantenía intacta la ilusión de trabajar en algo menos físico.

«No sería mala idea buscar trabajo por si suprimen las subvenciones. Dependiente en una tienda de moda estaría bien. Hablaré con M.^a Carmen, la de la tienda de ropa *Mediterráneo*, junto a la farmacia en el centro del pueblo. La tienda es pequeñita, pero acercándose el verano, igual le hace falta ayuda extra.»

Se detuvo en su tarea y observó a Hugo, varios metros delante. Volvió a estirar la espalda colocando los brazos en jarras. Frente a ella, a lo lejos, se alzaba imponente Sierra Nevada, con sus cumbres de leche y la hermosa Granada a sus pies, como rindiendo pleitesía a la mayestática montaña.

«¡Ninguna otra ciudad del mundo posee playa y sierra a menos de una hora de distancia!», pensó.

—¿Por qué te has detenido? —le preguntó Hugo, estirándose también.

—Estoy pensando que voy a buscar trabajo fuera del campo. Sin beneficios no podéis sostenerme un sueldo.

—No digas tonterías. Mi padre ya está sopesando alternativas para el año que viene.

—¿A qué te refieres? —interrogó intrigada.

—¡Vamos a cambiar el tabaco por ajos, cebollas y espárragos! ¡Parados no nos vamos a quedar!

—Aun así, voy a buscar trabajo. El campo es muy sacrificado.

—¡Ya estás otra vez con tu antigua idea! ¿Dónde vas a encontrar trabajo con la crisis que hay? De todas formas, haz lo que quieras —espetó con dejadez.

Julia escuchó el sonido del móvil. Se quitó los guantes y lo sustrajo del bolsillo. María le había mandado un WhatsApp...

—Hola Julia. ¡Vamos a tomarnos un café esta tarde!

—¿Quién es? —curioseó Hugo.

—Es María. Quiere quedar esta tarde para tomar café. Le voy a decir que se venga.

—¿A dónde?

—¡Cómo que a dónde! —repitió molesta—. ¿No vamos a ir esta tarde a comprar los petardos de Semana Santa?

—Se me había olvidado decírtelo. Esta tarde he quedado con Juan. Yo me encargo de comprar los petardos cuando termine.

—¿Qué has quedado con Juan?! ¿Y cuándo pensabas decírmelo? —inquirió sintiendo una ventolera en su interior.

—¡Es que no me has escuchado! ¡Te estoy diciendo que se me ha olvidado! —elevó el tono de voz, frunciendo el entrecejo.

—¡Claro que te he escuchado! ¡Pero me jode que siempre me hagas lo mismo! ¡Qué más da si hemos quedado! ¡Tus amigos lo primero! ¡¿Y qué vas a hacer con Juan?!

—¡A ti que te importa, ¿acaso me meto yo en lo tuyo?! ¡Vete con María si te da la gana, pero a mí no me calientes la cabeza!

—¡A malafollá no te gana nadie! —apuntilló Julia, carcomida.

—¡Después quieres que hagamos cosas juntos!

—¡Desde luego que con una persona que antepone los amigos a la pareja no se puede hacer mucho!

—¡Pues más a mi favor! ¿Para qué haces planes conmigo?

Hugo le dio la espalda y Julia mordió respuesta agachando la cabeza, enrabiada. Sentía una mezcla de ganas de gritar y de llorar, pero no quería continuar con lo primero ni darle el gusto de lo segundo. Agarró el móvil y escribió...

—Ok María. A las cinco te recojo en tu casa —pulsó enviar.

De pie en mitad del terreno, Julia quedó atrancada en pensamientos. Hugo no era celoso ni posesivo, o por lo menos no lo aparentaba, pero lamentablemente tampoco era cariñoso, atento o detallista. A decir verdad, era oportunista y bastante equilibrista. Sí. Le gustaba danzar en la cuerda floja, ora me balanceo hasta rayar lo inaceptable, ora me desplazo al filo contrario para contentarte. A Julia ese tipo de relación no la colmaba.

«¡Yo quiero una relación de verdad! ¡Si no fuese porque lo quiero tanto!»

Mantenía una lucha interior entre razón y corazón. Entre el presente conocido y un futuro por conocer. Entre la necesidad de plantarse claramente en su reclamación de una verdadera relación y el temor a ser abandonada precisamente por plantarse en su postura.

Hugo se acercó con una botella de agua en las manos.

—Lo siento cariño, perdóname, soy un estúpido, no te estoy dando lo que necesitas y eso va a cambia, te lo prometo.

—¿Lo dices en serio? —resbaló con mirada cristalina. ¡Mácula impresión! Todo se evaporó como por arte de magia. Hugo yacía a más de cinco metros limpiando el terreno, de espaldas.

«¡Qué estúpida soy fantaseando que es cariñoso y atento!»

Por la tarde, Hugo y Juan, aprovechando el cálido sol de principios de primavera, tomaban café en la terraza de la taberna de *To er Mundo*. Yacían sentados en la mesa más al centro, junto a la gran cruz de granito gris levantada en honor a los caídos en la Guerra Civil.

Hugo respiró hondo, percibiendo el típico aroma de comienzos de la época floral. Una suave brisa trasportaba los primeros matices de jazmín y rosas.

—¿Has llamado a Tomás? —preguntó Juan.

—Sí. Pero me ha dicho que ha quedado con Andrés para comprar los petardos.

—¿Y Julia?

—Ha ido a tomar café con María.

Juan encorvó las cejas en claro signo desaprobado.

—¿Qué sucede? —interrogó Hugo, intrigado.

—Seguro que además del café, María aprovecha para solucionar algún asunto o comprar algo para sí.

Hugo sonrió jocosos...

—No vas a rendirte en tu empeño de tildarla de aprovechada.

—¡Es que lo es! Por eso no la trago.

—No será que está muy buena y saber que no tienes ninguna posibilidad con ella te hace mirarla con rabia. Recuerda que el año pasado te hiciste ilusiones y al final te estampaste.

—¡Precisamente por eso lo digo! Me anduvo llamando una larga temporada para que la llevase a Churriana, a Granada, a los centros comerciales. La recogía y tomábamos café,

conversábamos, reíamos. ¡Me hizo sentir que era alguien especial y por eso me ilusioné! Pero después, cuando yo la llamaba para quedar, siempre me topaba con un «no puedo», «he quedado», «no voy a salir»... y después salía por algún lado. ¡Eso sí!, ella me seguía llamando cuando le hacía falta ir o venir, que la trajese o llevase, y yo, que estaba ilusionado, no era capaz de negarme. Hasta que un día me harté y le dije: «sí tan amiga mía eres, por qué no quedamos cuando yo te lo pido». Entonces me di de narices con un «porque no me da la gana, ¡qué te has creído tú!» —Juan hizo una pausa, reminiscente del daño que le produjeron aquellas palabras—. ¿Insinúas que tengo rabia? —continuó—. ¡Sí, le guardo rencor! ¡Se aprovechó de mí! ¡Me utilizó! Yo lo siento así. No le importó engatusarme con tal de conseguir lo que necesitaba. ¡coche y chofer a su disposición!

—Todos sabemos que María es algo convenida, pero no sabía que estabas tan dolido con ella —señaló Hugo, un poco sorprendido.

—Sabes lo que pasa. ¡Qué a mí ya no me engaña! Ahora a quien engaña es a Julia. ¡Qué casualidad! Me estuvo mareando la perdiz: «no puedo», «he quedado», «no voy a salir»... y justo cuando Julia se compra el coche, ¡zas!, «porque no me da la gana, ¡qué te has creído tú!». ¡Claro!, ahora Julia es su chofer particular. Y cuenta con ella para todo lo que sea ir y venir, llevarla y traerla. Pero el día que tu novia se harte y empiece a decirle NO, le dará una patada en el culo y se buscará otro chofer, ¡como hizo conmigo!

—¡Qué radical eres, Juan! —clamó Hugo, tomando en la mano el móvil—. Ahora mismo voy a llamar a Julia a ver qué hacen las dos.

Mientras tecleaba la pantalla táctil, con el rabillo del ojo, observó como Juan se inclinaba a él y apoyaba los antebrazos en la mesa.

«¡Parece muy seguro de lo que dice!»

Después de unos tonos...

—Dime —pronunció Julia.

—¿Aún estás tomando café con María?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Para comprar los petardos o esperarte.

Julia tardó unos segundos en responder...

—Compra los petardos sin mí —largó en tono seco y afilado—. Nosotras estamos en Granada terminando de tomar café y después marchamos a comprar unas botas que María ha visto —Hugo realizó un ademán, preguntándose si sólo era casualidad o Juan estaba en lo cierto al ser tan radical con María—. ¡¿Con quién estás?! —preguntó Julia en tono fiscal.

De súbito, Hugo recordó el enfrentamiento mañanero...

—Estoy con Juan. Luego nos vemos —colgó rápido.

—¿Y...? —solicitó Juan, impaciente.

—Están terminando de tomar café y ahora se van a comprar unas botas que ha visto María.

—¡¿Lo ves?! —proclamó Juan, retrepándose vencedor—. ¡Hazme caso! Si no fuese porque quería comprarse esas botas, no llama a Julia para tomar café. A mí me lo ha hecho montones de veces. ¡Es una aprovechada!

Por la espalda de ambos apareció Andrés...

—Hola chicos —saludó deteniéndose junto a ellos.

—Hola Andrés —devolvió el saludo Juan. Hugo se limitó a mirarlo sin gesticular—. ¿A dónde vas?

—Voy por Tomás para comprar los petardos de Semana Santa.

Hugo se giró a la puerta de la taberna.

—¡Juande, cóbrame los cafés! —voceó.

—Me voy. Hasta luego —se despidió Andrés.

Mientras se alejaba, Hugo lo avizó con vilipendio.

—¿Aún sigues receloso con Andrés? —indagó Juan.

Hugo lo fijó disconforme mientras le entregaba un billete de cinco euros al camarero.

—¡Pues claro que sí! ¡No puedo evitarlo! Cuando empecé con Julia, Andrés pululaba a su alrededor.

—¡Tú y Julia lleváis tres años! Puedo entender si piensas así al principio, pero andar receloso después de tanto tiempo...

Hugo se inclinó adelante y, bajando la voz a la altura de un secreto, le confesó a Juan...

—Últimamente no estoy muy bien con Julia. Se queja por todo y discutimos mucho, por eso prefiero pasar el menor tiempo posible con ella. ¡Ojalá encuentre el trabajo ese que quiere buscar! ¡Seguro que nos peleamos menos!

—¿Y qué tiene que ver Andrés en todo esto?

—¡Pues que noto como aún la mira con deseo!

—Yo creo que estás disparando flechas y después dibujando los círculos para dar en la diana.

—Puede ser, pero no me gusta Andrés.

—Aquí tienes la vuelta de los cafés —entregó Juande, con su pelo negro bien estirado y recogido en una pequeña cola.

—Gracias —Hugo se giró a Juan—. ¡Anda!, vamos a comprar los petardos a la *Galería Fernando*.

Graná me Mata Centro era el Lounge Café más dinámico de Granada. Situado en la calle Pintor Velázquez, junto a Pedro Antonio de Alarcón, en su interior se realizaban actividades culturales tales como exposiciones de artistas noveles —pintura, fotografía y escultura—, talleres de risoterapia y presentaciones de libros dentro de su sección *los libros me matan*.

¡Su fachada blanca impoluta es inconfundible!

Julia y María yacían sentadas en una mesa junto al billar...

—¡Me duele todo el cuerpo, pero sobre todo las manos! — afirmó Julia, que las notaba acolchadas.

—¿Ya habéis empezado con la limpieza del terreno? — preguntó María, sin soltar el móvil.

—Sí —reojó Julia, disconforme—. ¡Quieres dejar de jugar al Candy Crush! ¡Estás enganchada!

—Lo siento —soltó el móvil.

María era un poco más baja que Julia, de pelo negro y ojos marrones. Disimulaba los kilos sobrantes luciendo vertiginosos escotes agraciados por sus prominentes pechos. Los hombres fijaban su atención de tal modo que no reparaban en los michelines sobrantes, dejándolos tan hipnotizados, que a veces se permitía la indecencia de lanzarles comentarios despectivos sin que ellos, que sólo les faltaba limpiarse la baba, advirtieran que estaban siendo el centro de alguna burla. ¡Algunas veces llegaban incluso a reírle la gracia a la mismísima María!

«Cosas de hombres. ¡Algunos se pasan la vida pensando con la cabeza de abajo, no vaya a ser que la de arriba se le hernie de utilizarla!»

—¿Has quedado después con Hugo? —preguntó María.

—No —respondió seca, recordando el enfrentamiento mañanero.

—¡Ya verás que elegantes las botas que he visto! —cambió de tema—. ¡Son completamente blancas, quedan justo por debajo de las rodillas y tienen amentos engarzados en espiral! ¡Esta Semana Santa voy a lucirme!

—¿Cuánto cuestan? —se interesó Julia.

—150 euros.

—¿De dónde has sacado el dinero? —curioseó extrañada.

«María no da un palo al agua».

—Me lo ha dado mi padre.

—¿Ya ha encontrado trabajo?

—No. Con la crisis que hay el pobre no encuentra nada.

Julia la marcó displicente...

—¿Por qué me miras así? —preguntó María, desconfiada.

—¿Tu padre te ha dado 150 euros para unas botas estando en el paro?

—No sabe que son para unas botas. Le he dicho que son para los petardos de Semana Santa.

El móvil de Julia sonó... era Hugo.

—Dime —contestó.

—¿Aún estás tomando café con María?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Para comprar los petardos o esperarte.

Julia tardó unos segundos en responder...

«¿Después de la que me has montado esta mañana ahora me vienes con esas?! ¡Yo flipo!», pensó negando.

—¡Compra los petardos sin mí! —largó en tono seco y afilado—. Nosotras estamos en Granada terminando de tomar

café y después marchamos a comprar unas botas que María ha visto. ¡¿Con quién estás?! —preguntó en tono fiscal.

—Estoy con Juan. Luego nos vemos —colgó rápido.

Julia ojeó el móvil con desdén, como si Hugo estuviese concentrado entre sus manos y pudiese estrujarlo.

—¿Quién era? —preguntó María, intrigada por su mirada lacerada.

—Era Hugo, para comprar los petardos. ¡Qué vaya con Juan! —respondió con carcomida dejadez.

María colocó un ademán instintivo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Julia, extrañada.

—Con lo tacaño que es Juan, ¡qué guarde cuidado tu novio no vaya a terminar pagándole hasta los petardos!

—¡Ya empezamos con Juan! —se quejó Julia.

—¡Es verdad! —insistió María—. Recuerda que anduve una temporada juntándome con él. No me parecía mal muchacho y lo llamaba para tomar café. ¡Nunca pagó él! ¡Es más! ¡Nunca me llamó por propia iniciativa! ¡No proponía tomar ni café para no tener que verse comprometido a pagarlo! Eso es de ser muy tacaño. Deje de llamarlo porque es un aprovechado.

De frente se acercó Eva, una de las dueñas de *Graná me Mata*, con un papel y un bolígrafo en las manos.

—¿Os han comentado lo de los petardos de Semana Santa? —preguntó dejando el papel y el bolígrafo sobre la mesa.

Julia y María negaron sin saber a qué se refería.

Eva se pasó el pelo por detrás de la oreja antes de contar...

—La verdad, no sé muy bien por qué, pero el caso es que nos quieren quitar los petardos y Jorge, el alcalde, ha repartido estos impresos para recoger firmas contra la supresión de nuestra tradición.

—¡Eso no pueden hacerlo! —clamó María, colérica—. ¡Es algo nuestro! ¡Cómo se atreven!

Julia coincidió con María, pero en silencio se preguntó si su barrunto airado se debía al fastidio de perder nuestra tradición o era el resultado de ver cómo se le escapaba entre las manos la oportunidad de sacarle a su padre 150 euros.

—¿Dónde hay que firmar? —se apresuró María, tomando el bolígrafo y el papel. Julia también hizo lo mismo, rellenando la casilla con su nombre completo, DNI y firma al final.

—Muchas gracias —dijo Eva, llevándose el papel y el bolígrafo a otra mesa.

—¡De este año no pasa! —confirmó Julia—. Hemos de comprarnos las sudaderas de los petardos.

—Sí. Me parece genial que todos llevemos impreso en las sudaderas *yo soy cullero y petardero*. Lo que no sé es a quién hay que encargárselas.

—Hay que hablar con Pablo.

—¿De qué Pablo hablamos? ¿Del primo de Abril?

—Sí. Creo que él lleva el tema de las sudaderas. Esta noche se lo comento a Hugo y te digo algo.

—Que le pregunte cuánto vale y encargas una para mí.

—De acuerdo.

Ya por la noche, Hugo y Julia acudieron al piso de Irene y Tomás. Si algo caracterizaba a estos últimos era su adicción a la moda y vestir siempre muy elegante, aunque a ello ayudaba el que ambos trabajaban en tiendas de moda en la capital nazari. Irene, por su lado, era inconfundible por su pelo lacio siempre tintado con tonos rojizos.

—Por cierto —dijo Julia, sentada en el sofá—. María y yo queremos una sudadera de *yo soy cullero y petardero*. ¿Hay que encargárselas a Pablo?

—Sí —respondió Hugo.

—Si quieres se las pido yo que tengo más encargos —se ofreció Tomás.

—¿Cuánto cuestan?

—Quince euros.

—Vale —aceptó Julia—. Pídele dos de talla mediana.

—Acompáñame a la cocina por unas cervezas —esgrimió Irene, mirando a Julia. Ambas abandonaron el salón.

Tras recorrer el pasillo hasta el fondo...

—¿Qué te ocurre? —preguntó Irene, abriendo el frigorífico—. Te noto alicaída.

—Hemos empezado a limpiar la tierra y estoy que me duele todo el cuerpo. Voy a buscarme otro trabajo fuera del campo.

—Llama ahora mismo a Sara. Esta tarde la he visto y me ha comentado que la han llamado para una entrevista de trabajo en un supermercado de la Chana.

—¿Con qué cara la llamo para quitarle el puesto de trabajo?! —se mostró reacia.

—¡No le vas a quitar ningún puesto, andan buscando más mujeres! Por eso te digo que la llames ahora mismo —indicó saliendo de la cocina cervezas en mano.

Julia tomó el móvil y llamó a Sara.

—Hola Julia —respondió ésta.

—Hola Sara. Estoy en casa de Irene y me ha dicho que has encontrado trabajo en un supermercado y que están buscando mujeres.

—Sí... Bueno... Primero tengo ir mañana a la entrevista. Después ya veremos —confirmó Sara.

—¿Puedes hablar por mí para concertar una entrevista?

—¿Pero tú no estás trabajando con Hugo en el campo?

—Sí. Pero es un trabajo muy sacrificado y me hace falta un cambio.

—De acuerdo —accedió Sara—. Mañana, en cuanto salga de la entrevista, te mando un WhatsApp y te confirmo. ¡Qué bien! Ojalá trabajemos juntas. Así no tendría que desplazarme en autobús. ¡Pagándote la mitad de la gasolina, claro!

—Eso sería estupendo —se alegró Julia—. Mañana espero noticias.

—Hasta mañana —se despidió Sara.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Irene, ya a su lado en la cocina.

—Que mañana lo habla y me avisa con lo que sea. La verdad es que no es mala idea. Iríamos a trabajar las dos juntas.

Irene muequeó el rostro, ladeando la cabeza.

—¡Sí, ya sé! —se adelantó Julia—. Sara tiene fama de quedarse dormida cada dos por tres.

—Tú lo has dicho. Por eso no busca trabajo en Cúllar.

—Si sale el trabajo ya hablaré con ella, ¡aunque ojalá me salga, y no sólo por dejar el campo! Cada vez estoy peor con Hugo. No

sé hacia dónde tirar. ¡Me siento impotente! —se quejó bajando la voz—. ¡Siempre es la misma historia! ¡Nunca soy la opción preferente para él, pasa de mí y de lo que siento! ¡Y encima soy tan tonta que cedo y me aferro a la esperanza que algún día cambiará!

—Súbete al autobús de las «segundonas» descontentas —ironizó Irene, arqueando las cejas—. Parece ser que a los hombres de pequeños les dan un cursillo intensivo con tres directrices básicas. Primero, búscate una tonta que te limpie, te guise y te folle. Segundo, huye de cualquier compromiso refugiándote en tus amigos. Y tercero, niégalo todo, pase lo que pase, y si se pone muy pesada, utiliza la frase salvavidas *«no me calientes la cabeza»*.

—¡Qué bien estudiado lo tienes!

—¡Pues claro! ¡Hay que espabilar! Ya te lo he dicho muchas veces, cada vez que te la haga, devuélvesela doble. Y comprobarás lo poco que le gusta tomar de su propia medicina.

—¿Tú crees que así cambiará y me tendrá más en cuenta?

—¡¿Cambiar...!? ¡¿Los hombres...?! ¡Qué va! Pero por lo menos una se desquita del daño recibido. ¡Son todos iguales!

—Yo no soy así, o por lo menos no quiero ser así. Yo creo en las relaciones de verdad. Llámame romántica, clásica o anticuada, pero es así. Si te soy sincera, siempre he tenido la ilusión de vivir un amor victoriano, de finales del siglo XIX, donde los enamorados se escribían interminables cartas de amor.

—Julia, los tiempos cambian y hay que evolucionar. Deja de soñar despierta. Ya no hay hombres que pongan el mundo a tus pies, sólo quieren que les beses los pies. Y contra la arrogancia y la vanidad sólo queda luchar con más arrogancia y más vanidad.

—Te repito que yo no quiero ser así. No quiero faltarle el respeto a mi pareja utilizando el *ojo por ojo y diente por diente*.

La verdad, me siento desubicada, perdida y sin rumbo. Aunque tengo que reconocer que a veces me gustaría ser más como tú, segura y decidida a que no te pisoteen.

—A mí Tomás me hace lo mismo que a ti Hugo, sólo que yo se las cobro.

—Por eso digo que me gustaría ser más como tú.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—Lo sé y te lo agradezco.

Cerca de la media noche, Julia y Hugo abandonaron el piso de Irene y Tomás para regresar a sus respectivos hogares. Al Salir del portal, Julialadeó la cabeza a la derecha. Javi, el camarero del bar *Gera*, cerraba el negocio hasta el día siguiente.

—¿Nos damos una vuelta con el coche y después te traigo a tu casa? —insinuó Hugo.

Julia lo miró con desdén, recordando la primera de las directrices: *búscate una tonta que te limpie, te friegue y te folle*.

—Me duele la cabeza —soltó esquivando.

Hugo le clavó la mirada...

—¡Ya hace casi un mes que no lo hacemos! —le reprochó.

«¡Los tíos lo reducen todo a meterla en caliente!»

—Estoy cansada y no me apetece —rechazó dándole la espalda.

—¡¿Qué mierda te pasa últimamente?! —la increpó de mala manera.

Julia se revolvió como alma que lleva el diablo...

—¡A mí no me hables así!

—¡Pues no me des la espalda ni pases de mí! —voceó enérgico.

Julia se percató que ahora sí le estaba dando de su propia medicina... *cada vez que te la haga, devuélvesela doble*.

—¡Si no quieres que pase de ti, no pases tú de mí! —apuntilló aprovechando la ocasión.

—¡Pero a qué viene eso ahora! ¡¿Cuándo he pasado yo de ti?! —

«Y tercero, *niégalo todo, pase lo que pase*», le había dicho Irene unas horas antes. «¡Será capullo!» Resopló tragando palabras...

—No quiero discutir. Me voy —zanjó dándose la vuelta y marchando a paso ligero. Su casa apenas distanciaba cien metros y un par de esquinas dobladas.

Hugo se subió al coche y marchó enfadado, dirección la Iglesia.

Julia, por su lado, se detuvo en la tienda de muebles y decoración que hacía esquina con su calle. Se giró y observó el coche de Hugo alejándose a toda prisa...

«¿Habré hecho bien enfadándolo?!»

Un motorista iluminaba la calle mientras se acercaba a donde Julia.

«¿Por qué me siento culpable?» —se cuestionó agachando la cabeza.

Una furgoneta accedió a su calle con demasiada prisa. Julia se giró marcándola repentina...

«¿A dónde va en dirección prohibida!», pensó alarmada.

Las luces de la furgoneta la cegaron un instante. En cuestión de segundos el vehículo giró sin detenerse. Era como si estuviesen huyendo de algo. Las ruedas chirriaron desprendiendo un reguero de humo mezclado con olor a caucho quemado. De rebato se escuchó un estruendo que sonó a presagio de fatalidad. El motorista apenas si pudo frenar. No se esperaba que nadie saliese sin mirar por una calle en sentido contrario. Cayó de costado sobre el mismo adoquín que eleva la acera, la moto detrás y la furgoneta encima.

Julia soltó un grito ahogado llevándose una mano a la boca.

Entre sombras pudo advertir dos cabezas dentro del vehículo. Casi sin tiempo a reaccionar, la furgoneta —una Mercedes Vito color blanco— aceleró pasando por encima del amasijo de hierros en que se había convertido la moto y dejando tirado el cuerpo del motorista.

«¡Lo ha matado!», pensó alterada, observando como la furgoneta se daba a la fuga.

Se acercó corriendo al cuerpo, que descansaba mitad sobre la acera y mitad sobre el asfalto sin moverse. Tomó el móvil, dispuesta a llamar a la Guardia Civil, pero las manos le temblaban asemejando enfermedad degenerativa. El corazón le pulsionaba violento y no estaba segura si las palabras le saldrían o se le atrancarían en la garganta.

—¡S...! ¡Sí! ¡Estoy en Cúllar...! ¡Cúllar Vega, bifurcación camino las Galeras con las Viñas! ¡Una furgoneta blanca ha atropellado a un motorista y está tirado en la calzada sin moverse! ¡Manden a una ambulancia de inmediato por favor! —alertó trémula, dando vueltas en círculo de forma convulsa.

—No se mueva de donde está que enseguida avisamos a los servicios de urgencias —respondieron al otro lado del teléfono.

Nada más colgar, Julia notó que algo hacia contacto con su pie derecho. ¡Era una pierna amputada causa y motivo del atropello mortal! Al echar una ojeada, una terrible sacudida la hizo retroceder varios pasos. Sin poder apartar la mirada, advirtió una sensación que nunca había experimentado. Todo el nerviosismo y la angustia que la consumían desaparecían a velocidad de vértigo, dejándola en un estado de suma relajación. Por unos instantes sintió que no se comprendía a sí misma. Su cuerpo entero supuraba... ¿tranquilidad?!

«¡¿Qué me está pasando?!»

Apenas parpadeaba incapaz de apartar la mirada de la pierna amputada sobre el desgastado alquitrán. Sin saber por qué, se acercó y la cogió, completamente magullada, sin asco ni repugna. Se dio cuenta que sus manos ya no temblaban, su respiración era pausada y el corazón le latía con la lentitud del que se acaba de levantar. Fijó su atención en la pierna que sostenía con firmeza.

«¿De alguna forma el peso de la furgoneta ha caído seccionándola de cuajo!»

El miembro yacía fragmentado por debajo de la rodilla. Lo giró un poco en vertical y observó la sangre resbalando, los músculos y tendones meciéndose descolgados y la rótula cercenada desprendiendo reflejos purpúreos bajo la luz de la farola. Lentamente giró la cabeza y ubicó el cuerpo sin pierna del accidentado, imaginándose con detalle cómo encajaba la pieza que faltaba en el puzle humano. Respiró pausada y profunda, era como sí...

«¿No puede ser! ¿Acaso esto me place tanto como para reportarme sosiego?»

Soltó el aire con delicadeza, notando un cosquilleo peciolado conforme sus pulmones se vaciaban. De repente, advirtió a su derecha una mirada indecente. Ladeó la cabeza y de súbito se sorprendió. Un precioso gato de color gris y con los ojos verdes turquesa la fijaba con atención...

«No me gusta la mirada de ese gato, parece que me conoce.»

Se agachó y dejó la pierna donde lo había recogido. Lentamente se acercó al motorista. Bajo el cuerpo se extendía una gran mancha escarlata deslizándose como una culebrina hasta la rejilla de una alcantarilla cercana. A través de la visera rota del casco, pudo observar su vista perdida en ninguna parte.

«¡Mala señal!», intuyó de inmediato.

Se inclinó y le colocó los dedos anular e índice en la yugular. No tenía pulso alguno.

«¿Lo que me temía!»

Tras de ella, bajando a toda prisa por la calle de la Iglesia, el sonido de las sirenas de una ambulancia la alertó.

«¡Demasiado tarde!», pensó apiadándose del terrible infortunio.

La ambulancia se detuvo y los ATS bajaron a toda prisa. Detrás de la ambulancia llegó un Nissan Patrol de la Guardia Civil. Para entonces algunos vecinos yacían asomados a las ventanas y, un trio de jóvenes, se acercaban mordidos de curiosidad.

—Hemos llegado tarde —se lamentó uno de los ATS.

—¿Es usted quién ha dado el aviso? —preguntó el agente de la benemérita.

Julia lo miró y, de repente, notó como esa extrema templanza que extrañamente la había embargado la abandonaba veloz, encontrándose de nuevo a merced del nerviosismo y la angustia.

—S... Sí... He sido yo —tartamudeó dando unos pasos atrás.

—Tranquilícese —recomendó el agente—. Por teléfono ha informado de una furgoneta blanca, ¿ha podido tomar la matrícula?

Julia se echó las manos a la cabeza, negando. Las manos le volvían a temblar, el corazón le salía por la boca y el nudo en el estómago parecía querer colapsarla desde dentro.

—¡So... sólo he visto que era una Mercedes Vito! ¡Ha sido todo muy rápido! ¡Creo que iban dos hombres en su interior! ¡Han aparecido por esta calle en dirección prohibida y al pobre no le ha dado tiempo ni a frenar! ¡La furgoneta ha seguido acelerando, pasando por encima y dándose a la fuga!

El agente se acercó al Patrol...

—¡Orden de detención para todas las furgonetas Mercedes Vito blancas en todo el cinturón de Granada! —anunció por el pinganillo—. ¡Han matado a un motorista y se han dado a la fuga!

Mientras los ATS cubrían el cuerpo esperando que llegase el juez encargado de testificar el levantamiento del cadáver, y los agentes rellenaban el informe de atestados, Julia sucumbió por completo al asedio de preguntas sin respuesta...

«¿Qué me ha pasado? ¿Qué es esta extraña sensación que he experimentado? ¿Por qué he cogido la pierna sin inmutarme, y peor aún, por qué tengo la sensación de que he disfrutado con ello? ¿Qué terrible persona soy que ni siquiera me he puesto nerviosa ante un cadáver desmembrado? ¿Qué espantosa condena anida en mi interior?»

Los ojos se le acristalaron compungidos.

El trio de jóvenes —Loro, Churri y Siamoto (porque si hay algo muy de pueblo, es llamar a las personas por su mote y no por su nombre)—, se acercaron a Julia.

—¿Estás bien? —se interesaron pretendiendo tranquilizarla. Los tres advirtieron el manojito de nervios en que se habían transformado sus expresiones corporales. Julia asintió a medias, dándose cuenta de que de hacerlo al completo estaría mintiendo descaradamente.

El agente de verde se acercó de nuevo a Julia y los jóvenes se retiraron como repelidos por el color.

—Necesito su nombre completo y un teléfono de contacto por si trincamos a los asesinos. Usted está obligada por ley a acudir al juicio y testificar lo que ha presenciado.

—Julia Ramírez Moreno —dictó mientras el agente escribía en una pequeña libreta. Tras anotar el número de teléfono...

—Puede usted marcharse. Ya la avisaremos si es necesario.

Conteniendo las lágrimas como podía, recorrió los escasos cincuenta metros que la separaban del portal de su casa. La imagen de sí misma con la extremidad amputada entre sus manos le punzaba la conciencia como una violenta migraña. Era como si por unos momentos todos sus sentimientos y emociones se hubiesen desconectado por completo, quedando envuelta en una especie de escudo protector impenetrable que la protegía contra cualquier derrumbe emocional o ataque sentimental.

«¿Qué clase de persona es incapaz de remover en su interior una pizca de empatía ante una situación tan dramática y macabra?»

Rostrillos de cristal líquido borbotaron de sus ojos resbalando mejillas abajo.

«¡¿Quién coño soy yo?!»

—¡Julia! —escuchó vocear a su espalada.

Al girarse vio a Hugo correr hacia ella.

—¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? —la abrazó fuerte.

—¡Han matado un motorista delante mía! —rompió a llorar con fuerza. En ese momento el abrazo de Hugo la reconfortó, calmando su tribulación al percibir que si era capaz de sentir «algo».

—¿Cómo te has enterado?

—Loro me ha whaseado. He venido en seguida. Entremos en tu casa. Y mañana no vengas a trabajar.

Julia andaba como perdida, observando su alrededor más inmediato con tintes de sorpresa chocada. Jamás había estado en ese lugar. De forma intermitente tenía la sensación de que se encontraba en los terrenos de sembrado del padre de Hugo, pero algo la hacía dudar. El terreno carecía de hierba o flores, aunque a decir verdad era pobre hasta en colores. Circundó el lugar intentando ubicarse. Multitud de árboles deformes, marchitos y sin hojas, con largas ramas desnudas, enredaderas trepando por sus troncos astillados y lianas meciéndose colgadas plagaban el lugar. Apretó el mentón sintiendo como la inquietud crecía en su interior, naciendo en su pecho y devorando sus entrañas en forma de creciente espiral.

Frente a ella serpenteaba un sendero que se perdía en la distancia.

Atrapada por una respiración fuerte y rápida, comenzó a transitar el camino. Un repentino graznido la acongojó sobremanera. En lo alto de un árbol, medio escondido entre sombras, un cuervo la observaba fijamente. Tragó saliva so barrunto de arcada. El sabor de la secreción bucal era agrio y fuerte, pútrido y viciado. Se repuso del mal trago y continuó andando. Poco a poco el sendero abandonaba la zona de árboles esqueléticos y zigzagueaba entre ciénagas bulliciosas. Otra vez el graznido del cuervo le contrajo el corazón en un puño; ahora la sobrevolaba cinco metros arriba, como siguiéndola sin perderla de vista. Bajó la mirada al suelo y observó un cejo blancuzco a ras de suelo. Las ciénagas lo desprendían con cada pompa de lodo que reventaba.

«¿Qué lugar es éste?»

Se preguntó notando la pulsión del corazón golpearle el pecho de forma violenta. En ese momento la inquietud ya la había consumido por completo y se acercaba cada vez más a una angustia insoportable. Continuamente lanzaba furtivas miradas atrás, no fuesen a perseguirla como tantas otras veces había ocurrido. De repente, al fondo, divisó una tenue luz en el horizonte. Aceleró el paso, deseosa de abandonar aquella espantadiza lugubriedad. La luz se fue haciendo más evidente y, en la distancia, la figura de una ciudad en lo alto de una loma emergía conforme se acercaba.

«¡Debo llegar a esa urbe cuanto antes!» —se dijo a sí misma, aumentando el ritmo de sus pasos.

Por momentos podía escuchar sus propios jadeos en su interior. Algo le decía que debía darse prisa. Comenzó a correr sin mirar atrás, pero pronto se detuvo. El sendero terminaba en la orilla de un caudaloso río. Detenida en la ribera, observó al otro lado una metrópolis estupendamente diseñada, llena de hermosas luces y con sonidos que asemejaban a festejos y celebraciones.

«¡La ciudad de la alegría!» —pensó.

Perimetró ambos lados buscando un puente por donde pasar, pero no divisó ninguno. Decidida, siguió los meandros del río a la izquierda.

«¡En algún lugar debe haber un pasadero para transponer al otro lado!»

Desde las alturas, el cuervo observaba entre graznido y graznido cómo Julia, siempre bordeando el margen del agua, llegaba al mismo lugar de partida por el lado contrario. El ancho río circundaba la ciudad por completo, aislándola y protegiéndola de aquel lugar tan mustio que se extendía hasta perder la vista.

«¡No puede ser!» —negó sin entender—. «Sin pasarela sobre la que andar, ¿cómo cruzo para abandonar este lugar?»

Fijó su atención en el recial del río. Treinta metros de orilla a orilla salpicada por caudalosas aguas, destellando reflejos plateados causa y motivo de la luna creciente. Descartó cruzar a nado.

«¡Seré arrastrada como una hoja de papel!»

De súbito escuchó un sonido tímidamente familiar. Arrugó el entrecejo, sorprendida. Alzó la vista y fijó el cuervo que la sobrevolaba. No dejaba de emitir sonidos por el pico, pero no eran graznidos, sino el sonido de su móvil, cada vez más alto. Lanzó el brazo fuera de la cama y agarró el celular. Entreabrió los ojos y observó un poco cegada el mensaje de Sara...

—¡Vente cagando leches para la Chana que te van a entrevistar en cuanto llegues! ¡A mí ya me han cogido para el supermercado!

Julia se incorporó de un salto, encendió la luz y llamó a Sara...

—¿Cómo te ha ido la entrevista? ¿Qué te han preguntado?

—Ha sido muy rápida. Me han preguntado de qué he trabajado con anterioridad y cuál es mi disposición para el trabajo, en referencia a si estoy casada o con hijos, y si desplazarme resulta un impedimento. Ahí ha sido donde le he hablado de ti. Le he dicho que no tengo problemas para desplazarme en autobús, pero como están buscando más mujeres, una amiga que tiene coche necesita del trabajo, y me ha sugerido que vengas rápido. ¡Tía, nos van a hacer un contrato a jornada completa, con derecho a paro y todo!

—¡Eso es fantástico!

—¡Hay más...! Según me ha contado la jefa de personal, este mismo viernes hemos de realizar el curso de manipuladoras de alimentos. ¡Nos lo paga la empresa!

—Eso suponiendo que me cojan.

—¡Pues claro que te van a coger! —clamó Sara—. Has de ser optimista y no pesimista. ¡El vaso siempre medio lleno! ¡Vente rápido que te espero aquí!

—¡No sé dónde está!

—¡No te preocupes! Ahora te mando la ubicación por WhatsApp y la añades al navegador.

—¡Ok! Me visto y salgo para allá. ¡Gracias!

En cuanto cortó la llamada marcó su muñeca. El reloj de Hello Kitty señalaba las 10:30.

«¡Qué *hartá* de dormir! ¿Qué día es hoy para no ir al trabajo?» —se preguntó mientras se vestía—. «*Mañana no vengas a trabajar - ¡Hugo! - ¿Estás bien? ¿Te ha pasado algo? - ¡Han matado un motorista delante mía! - La pierna amputada por debajo de la rodilla, con músculos y tendones colgando y la sangre destellando reflejos púrpuras.*»

En el cuarto de baño se lavó el rostro con abundante agua. Por momentos marcó su reflejo en el cristal, reminiscente...

«*¿Qué clase de persona es incapaz de remover en su interior una pizca de empatía ante una situación tan dramática y macabra?*»

Plegó el entrecejo asociando libre...

«*¿Macabra* como el escenario del sueño que acabo de soñar... y *dramática* por la imposibilidad de cruzar el río! ¿Habrá algún punto de unión entre lo de ayer y el sueño? ¡Joder! ¡Me estoy volviendo gilipollas!» —negó cerrando los ojos—. «¡Me voy con Sara a ver si consigo el trabajo!»

Por la tarde, Sara y Julia yacían sentadas en la terraza de la cafetería *Sonifran*, cerca de la Iglesia. Antiguamente en esa pequeña plaza se ubicaba el famoso «lavadero», donde la mayoría de las ancianas de Cúllar Vega aprendieron a lavar a mano, soportando el dolor de sus dedos morados al contacto con el agua helada.

—¿Qué os pongo? —preguntó Paco, deteniéndose al pie de la mesa. Resultaba ser el dueño de *Sonifran*.

—Yo quiero un café bombón —pidió Sara.

—A mí me pones una tila doble —musitó Julia, algo melancólica.

—¡Chica! —azuzó Sara—. ¿Qué te pasa? ¡Alégrate que nos han cogido para el trabajo!

Julia le lanzó un reojo rascándose la cabeza.

«¿Qué me pasa?» —pensó—. «¡Ayer murió un hombre en mis propias narices y me siento un monstruo porque ni me inmuté! ¡No sentí nada!»

Sara tenía un cuerpo muy atractivo, pelo lacio y moreno, tez clara y unas gafas que le quedaban bastante bien, aunque a veces las sustituía por lentillas.

—Aquí está lo que habéis pedido —soltó Paco sobre la mesa, mordiendo la risa—. Café bombón, tila doble, vaso ancho con hielo, vaso estrecho también con hielo, cuchara de plástico, cuchara metálica y pajitas de colores para elegir.

Sara quedó chocada. Nadie había pedido vasos con hielo, cucharas variadas y pajitas de colores. Observó a Julia, que esbozaba una suave sonrisa mirando al camarero.

—¡Qué quieres! —espetó Paco, encogiendo los hombros y rizándosele el bigote—. Desde que tenías la altura de una bombona de butano nunca has pedido dos veces la misma cosa. Te traigo un repertorio para que elijas entre un abanico de posibilidades. Jajaja.

—¡Gracias Paquito! Déjalo todo mientras me decido —solicitó siguiéndole el juego.

—Lo que la señorita Julia mande —reverenció cortés, antes de marcharse.

—Oye Sara, hay un tema que necesito hablar contigo. En cuanto empecemos a trabajar juntas, por favor, aplícate con el tema de quedarte dormida.

—¡No te preocupes! ¡Eso es agua pasada! Además, los trabajos que siempre he tenido han sido muy malos, contratos de media jornada sin derecho a paro o directamente sin asegurar, y por eso me daba igual. Pero esto es diferente. ¡No te preocupes! ¡No soy tonta!

—¡Vale! Perdona por haber dudado de ti.

Tras ellas aparecieron Irene y Tomás.

—Hola —saludaron sentándose a la mesa.

—Julia, ¿cómo estás? —preguntó Irene—. Tomás me ha contado lo de anoche.

—¿Qué pasó anoche? —interrogó Sara, mostrándose sorprendida.

—Una furgoneta salió de la calle de Julia y arrolló un motorista matándolo en el acto —contó Irene—. Julia lo presencié todo.

—¡Llevamos todo el día juntas y no me lo cuentas! —arengó Sara, exaltada—. ¡Ahora entiendo tu ánimo a ras de suelo!

—No quiero hablar de eso —salió al paso, negando levemente. Ni por asomo deseaba contar a nadie una experiencia carente de

sentimientos—. Nos han cogido a las dos para el supermercado de la Chana —cambió descaradamente de tema.

Tras un corto silencio...

—¡Me alegro! —aireó Irene—. ¿Cuándo empezáis?

—Este viernes acudimos al curso de manipuladoras de alimentos y el lunes empezamos a trabajar —respondió Sara, gratificada.

«¡Espero que Sara no se quede dormida!» —pensó Irene.

—Ya he hablado con Pablo —pronunció Tomás, mirando a Julia—. Las sudaderas son quince euros cada una.

Ésta asintió agarrando el bolso.

—Treinta euros —le entregó—. Los míos y los de María. Después hago cuentas con ella.

Irene marcó a Julia con un deje disconforme. «¡No aprende!» Delante de Sara no quiso pronunciarse, pero para sus adentros vaticinó lo que habría de pasar. «Conociendo a María, seguro calla un tiempo a ver si el pago cae en el olvido, y de ser reclamado, lo abonará de cinco en cinco euros con la esperanza de sólo entregar diez ahorrándose cinco. El caso es aprovecharse rascando algo.»

—¡Vale! —aceptó Tomás, agarrando el dinero—. Esta noche se los doy y en dos o tres días os entrego las sudaderas.

Julia tomó el móvil en sus manos y le mandó un WhatsApp a María...

—Las sudaderas son quince euros cada una. Ya le he dado el dinero de las dos a Tomás.

—¡Por ahí viene Hugo! —alertó Tomás.

Éste tomó una silla y se sentó junto a Julia, en silencio.

—Menuda cara traes. ¿Qué te ocurre? —curioseó Julia.

—He estado con mi padre en la reunión de la Organización Común del Mercado. Este año han recortado un setenta por ciento

las ayudas a los agricultores y no podemos sembrar tabaco, no sale rentable. La única solución pasa por cultivar cebollas, ajos y espárragos. Pero hay que esperar unas semanas más. Así que mañana no vamos a trabajar.

—Por mí no te preocupes que ya he encontrado curro. Sara y yo vamos a trabajar en un supermercado en la Chana. Empezamos el lunes.

Hugo marcó repentino a Julia, sorprendido.

—No me mires así que lo hablamos ayer.

—No pensé que te fuese a salir tan rápido.

Julia se encogió de hombros.

En la plaza de la Constitución, andando, Julia se acercó con parsimonia al aljibe, de donde en tiempos pasados se abastecían de agua los habitantes de Cúllar Vega. El enclave resultaba ser una herencia de los antepasados moriscos del pueblo. Su forma era circular y se elevaba unos tres metros del suelo. Desde hacía algunas décadas permanecía completamente cerrada, pero en ese momento el aljibe se encontraba en obras y rodeada por vallas de seguridad.

«¡Nunca he mirado en su interior!»

Circundó el lugar cerciorándose que no había nadie.

«¡Perfecto!»

Retiró una de las vallas y se acercó mordida de curiosidad. Al asomarse, un deje chocante contrajo su rostro. Todo resultaba oscuro, no se veía el fondo ni tampoco si al final había agua o con los años se había secado. Agarró un pequeño guijarro y lo dejó caer. Aguzó su oído unos segundos, pero nada de nada.

«¡Madre mía que profunda es! ¿Cómo pudieron excavarlo los antepasados sin los medios actuales?» —se preguntó dejando reposar su cuerpo sobre la mezcla de piedra y barro con que estaba construida. De forma inesperada, la débil construcción cedió precipitándola al interior en caída libre...

«¡Socorrooooo!» —gritó sumiéndose en una aterradora oscuridad—. «¡Voy a estrellarme contra el suelo!» —pensó de forma premonitoria, consumida por la angustia resultante de una certeza inminente. «¡Nooooo!» —chilló desesperada incorporándose sobre la cama... jadeando... sudando.

«¡Otra vez la maldita pesadilla en la que me estrello! ¿Por qué tengo estos sueños?»

Media hora después, sentada en la barra que separaba la cocina del salón, desayunaba pensando en la suerte de haber encontrado trabajo. Entre bocado y bocado, se preguntaba cómo sería el curso de manipuladora de alimentos...

«¿Nos pondrán a cortar carne y limpiar pescado?»

—Buenos días —saludó su madre, renqueante, emergiendo del pasillo.

—Hola mamá.

—¿A qué hora es lo del cursillo?

—A las ocho y media hemos de estar en la Chana.

Ambas observaron el reloj de pared de la cocina: las 7:55. Julia quedó pensativa, recordando las palabras de Irene: *a ver si Sara no se queda dormida como acostumbra*.

—Prefiero esperar a llegar tarde. Me voy —dijo acabando el café de un sorbo.

—Suerte, hija.

Después de agarrar el coche y callejear por Cúllar Vega, arribó a la Plaza del Pilar y estacionó junto a la *Carnicería Aguilar*. Habían quedado a las ocho y aún faltaban un par de minutos.

Sara y Julia eran amigas desde párvulos, habiendo coincidido en la misma clase tanto en primaria como en el instituto. Incluso dos años atrás, las dos superaron la selectividad para acceder a la universidad, ¡aunque no les sirvió de mucho! Los recortes en educación y una mayor exigencia de requisitos dieron al traste con sus esperanzas de estudiar grados superiores. No obstante, bien era cierto que Julia, poco a poco, iba aceptando que su madre estaba en razón cuando aseguraba que *una vez empiezas a trabajar y te ves con dinero, es muy difícil volver a estudiar*. Lo había podido constatar cuando se compró el coche. La letra, el

seguro, la gasolina y las revisiones, toda una serie de gastos que la ataban a trabajar para cubrirlos.

«¡Las 8:00 en punto! —*ha ver si Sara no se queda dormida como acostumbra*—. ¡¿No será verdad que el primer día...?!»

Empezó a impacientarse, fijando su atención en la esquina por la que habría de aparecer de un segundo a otro. Las 8:01. Aquel minuto le pareció eterno. Apretó el mentón y frizó los labios al interior. Con un rápido parpadeo marcó el móvil con la intención de llamarla. No se lo pensó. Lo agarró y buscó en la agenda de contactos.

«¡Malamente empezamos!»

Sara emergió de la esquina con una sonrisa...

«¡Menos mal que no la he llamado!»

Soltó el móvil dándose cuenta de que las palabras de Irene habían actuado cómo un virus informático. Introducida la cepa en su pensamiento, bastaba un minuto de retraso de Sara para que la infección se extendiera en forma de súbita desconfianza.

«¡Todo el mundo tiene el derecho de equivocarse y la obligación de rectificar!»

—¡Buenos días! —saludó entrando en el coche.

—Buenos días, Sara.

—¡Vamos a demostrarles a esa gente del cursillo que los alimentos son lo nuestro! —proclamó efusiva, colocándose el cinturón de seguridad.

—¡Cómo te has levantado hoy, ¿no?!

—¡Pues sí! He pensado que esta noche, como es viernes, podíamos salir todos juntos y celebrar nuestro nuevo trabajo.

—Me parece buena idea. ¡Pero salimos en Cúllar!, que sino no puedo beber para coger el coche. ¡A ver si os sacáis alguna el carné!

—Yo ya lo he pensado. En cuanto cobre el primer mes me apunto a la autoescuela. ¡El coche es libertad!

—¡Y también independencia! —añadió Julia.

—En cuanto salgamos del cursillo avisamos a María e Irene para salir esta noche.

—¡Hablando de avisar...! —recordó Julia—. He de llamar a Olvido, concejala de cultura, educación y bienestar social. En el supermercado vamos a trabajar los sábados y ya no voy a poderla ayudar en el banco de alimentos.

—¿Aún sigues de voluntaria?

—¡Pues claro!

—A mí no me han hablado bien del banco de alimentos. He escuchado que dan algunas cosas podridas o caducadas.

—¡Eso no es verdad! —respondió enérgica—. Lo que pasa es que hay gente que no es capaz de tragarse el orgullo y admitir que está necesitada, y prefieren contar mentiras antes que reconocer que no van porque les da vergüenza. ¡Ayudamos a muchas familias y son pocos los que advierten el bien común que se realiza!

Ya por la noche, todo el grupo de amigos se juntó en *Jarana*, el pub de copas de moda en Cúllar Vega.

En la barra, María y Julia pedían de beber, mientras que Irene y Sara las esperaban al centro, bailando.

—¡A este cubata invito yo! —le dijo María a Julia, haciéndole un gesto para que guardase el monedero y reclamando la atención de Estefanía, camarera de *Jarana*.

—¡Gracias! —respondió condescendiente.

Junto a ellas, escorados en una esquina, se encontraban Hugo, Tomás, Juan y Andrés. Los cuatro en conversación comentaban la cercanía de la Semana Santa, y por supuesto, planeaban una de las tradiciones más excitantes de Cúllar Vega: *la noche de las macetas*.

Esta antiquísima tradición, ubicada en vísperas del Domingo de Resurrección, representa para jóvenes y no tan jóvenes la adrenalina de la emoción. El ritual manda que todo mozo dispuesto a cortejar a su amada ha de robar de madrugada una maceta en algún patio del pueblo, para después, colocarla en la puerta de la casa de su pretendida, tocar el timbre repetidamente, y salir corriendo. En condiciones normales, el padre de la muchacha, que sabe sobradamente de la tradición, abre la puerta e introduce la maceta para su hija dando por recibido el mensaje de cortejo (la mayoría de las veces los padres no saben quién es el pretendiente). Y aquí empieza el «juego». A veces ocurre que una misma chica es pretendida por varios jóvenes, y al despertar con las primeras luces del alba, encuentra a su padre con ojeras y el pasillo de entrada lleno de macetas, motivo de orgullo para ella

y sus progenitores. Otras veces, tristemente, la muchacha se levanta y no le han dejado ninguna maceta, lo cual implica que ningún amor le ronda cerca, ¡o no! Quizás sólo se trate de un malentendido producido por la pillería y el descuido. Suele pasar que algún interesado, habiendo dejado la maceta en la puerta de la chica de sus sueños, tocado el timbre y marchado corriendo, otro más pillo aprovecha para acercarse veloz y robar la maceta robada.

«¡El que roba a un ladrón tiene cien años de perdón!»

Obviamente, en una noche impregnada por la magia del sentimiento, también hay cabida para su aspecto más negativo, pues siempre aparece algún despechado que, por despecho, despacha a su antiguo amor colocándole en la puerta bolsas de basura previamente sustraídas de algún contenedor.

—Ya le he echado el ojo a una maceta bien bonita —comentó Hugo a sus compañeros—. Se trata de un hermoso gladiolo. Lo tendré vigilado no vaya a ser que alguno se me adelante. ¡A Julia le va a encantar!

—¡Eso si no deciden retirarlas antes que llegue *la noche de las macetas*! —repuso Juan—. La gente del pueblo sabe de la tradición y las ocultan varios días antes para que no se las roben.

—Eso ya lo he previsto —argumentó Hugo—. El gladiolo está en las urbanizaciones nuevas, donde aún no saben de la tradición del pueblo.

—El año pasado ya tuvimos que recurrir a las urbanizaciones nuevas —recordó Tomás—, porque aquí es poco probable que algún patio las mantenga a la vista. ¡Aún falta una semana y algunas casas ya las han retirado!

—Juan —pronunció Hugo—. ¿A quién le vas a poner maceta?

—Este año no le voy a poner a nadie —aseveró firme—. Aún tengo grabado el recuerdo del año pasado, cuando se la puse a

María y al final me estampé pretendiéndola. Este año no me apetece arriesgarme con ninguna. ¡Eso sí!, *la noche de las macetas* es para vivirla y disfrutarla, y como lo más emocionante es robarlas, te acompaño y te ayudo a robar la de Julia.

—¡A robarla y a vigilar mientras la coloco! No quiero que me pase lo que hace dos años, cuando solté la maceta y mientras corría algún capullo hijo de su madre se la llevó y ni me enteré. ¿Y tú? —preguntó Hugo, mirando a Andrés—. ¿A quién le vas a poner maceta?

Juan, situado entre ambos, de súbito recordó que Hugo aún andaba receloso con Andrés por su antaño intención de pretender a Julia, motivo por el cual aquella pregunta le resultó puntillosa.

—Yo tampoco le voy a colocar ninguna maceta a nadie —respondió Andrés, al margen de la intencionalidad de la pregunta.

—¡Pues ayúdame a robar la de Irene! —solicitó Tomás.

—De acuerdo —aceptó Andrés.

A escasos metros de la barra, las chicas bailoteaban en la pista intercambiando conversaciones entre ellas...

—Este miércoles es la procesión del Cristo de los Gitanos en Granada —informó María.

—¡Qué suerte que empezamos a trabajar en turno de mañanas, así podremos ir a verla! —se alegró Sara.

—¡Decidido! —confirmó Julia—. El Miércoles Santo nos vamos las cuatro de procesiones a la capital.

—¿Cómo os ha ido el cursillo de manipuladoras? —se interesó Irene.

—¡Ha sido pan comido! —respondió Julia—. Este trabajo me viene como anillo al dedo. ¡Aunque yo hubiese preferido trabajar en una tienda de moda como tú!, pero no me voy a quejar.

—Julia —solicitó María—. Vamos que te invito a un cubata.

—De acuerdo —aceptó marchando con ella.

—Dos Brugal Cola por favor —pidió María, reclamando nuevamente a Estefanía.

—Necesito comprarme unas botas de corte militar para los petardos, ¿tú sabes de alguna tienda en Granada? —le preguntó Julia a María. Ésta la miró extrañada.

—¿No te dio unas tu padre el año pasado? —recordó.

—Sí, unas de seguridad con chapa en la suela, pero al rato de pisar petardos la chapa se puso al rojo vivo y casi me quemo los pies.

—Yo sé de una tienda en Granada donde las venden sin chapa. Si quieres te acompaño.

—Me vendría fenomenal. ¿Qué haces mañana?

—¡Acompañarte a Granada! —afirmó María, angulando las cejas. Ambas se rieron a duo—. Recógeme en mi casa a partir de las cinco, no tienes ni que avisarme.

La puerta de *Jarana* se abrió y penetró un nutrido grupo de culleros: Pablo, Iván, Churri, Loro, Siamoto y Carilla. Se acercaron a la barra y se colocaron junto a María y Julia.

—¿Cómo estás, Julia? —se interesó Loro, recordando el accidente del motorista.

—Ya estoy mejor. La impresión fue muy fuerte, pero más tranquila. Gracias.

—¡Oye Loro —se entrometió María—, hay una cosa que me intriga desde hace tiempo y quiero saberla! ¿Cómo se llama en verdad Siamoto?

—José Antonio.

—¿Y por qué le llaman Siamoto?

Loro no pudo evitar reírse, y contó...

—Hace unos años, José Antonio quería una moto por navidad, más concretamente una Zip refrigerada por agua. Durante mucho tiempo estuvo calentándoles la cabeza a sus padres con el deseo

de una moto Zip, y cuando llegó navidad, los padres, sin decirle nada para darle una sorpresa, fueron a comprársela. ¡Y vaya si le dieron la sorpresa! Él quería una moto Zip, que vale un dinero y estaba muy de moda, pero los padres encontraron una muy baratica de la marca Siamoto... ¡qué nada tiene que ver con una moto Zip, sólo que el nombre se le parece a la inversa! ¡Y se la compraron! Aquella navidad los reyes magos no sólo le trajeron una Siamoto, también le regalaron el mote de por vida.

Los tres carcajearon mordidos de risa. Acto seguido, Julia y María regresaron donde Sara e Irene...

—¡Mira! ¡Mira! —señaló María la puerta de los servicios, con ojos como platos—. ¡Qué bueno está el «cachas» ese! ¿Lo conoces?

Julia negó observándolo...

«¡Es guapo, pero no me gustan tan musculosos!»

María se colocó cerca del «cachas» y comenzó a bailar lanzándole miradas picantes. Siempre había sido muy echada “pa’ lante” a la hora de cazar algún chico.

Junto a Julia pasó Inma, la antigua novia de Tomás. Se saludaron con la mirada. De forma automática Irene la marcó indiferente...

—¿Aún no te hablas con ella? —indagó Julia.

—No.

—Antes erais amigas.

—Tomás no quiere que me hable con ella. Dice que me deja si lo hago.

—¿Por...? —resbaló sorprendida.

—¡No lo sé! —reconoció Irene—. Aunque me lo imagino. O no quiere que me entere de algo que tiene callado, o algo que me ha contado de una manera resulta que es justo al contrario y de

igual manera no quiere que me entere. Lo único que sé es que Tomás me oculta algo.

—¿Y no te carcomes por dentro?!

—A veces es mejor no saber.

En ese momento Julia no supo si darle la razón o quitársela.

El Dj pinchó una de las canciones de moda, y de inmediato, Sara reclamó la atención de Julia para bailarla oficialmente como «compañeras de trabajo». Ambas disfrutaban del momento con movimientos coquetos y sensuales. De repente, Julia sintió una fuerte aprehensión, como una especie de intuición extrasensorial que la alertaba de alguien avizorándola fijamente. Perimetró el local buscando el origen de la sensación, marcando con rápidos parpadeos cuantos rostros alcanzaba a distinguir, y preguntándose de dónde provenía esa sacudida tan fuertemente definida.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Sara, extrañada por su rictus intrigado y sus convulsos golpes de vista.

—¡Nada! ¡Tonterías mías! —salió al paso.

Sara se desplazó a la derecha y, tras ella, Julia encontró lo que buscaba. Al otro lado del local, tras decenas de personas bailando sin control, se erguía un joven vestido impecable: pelo oscuro, mirada encantadora, cabeza levemente ladeada y una sutil sonrisa dibujada en sus labios. Sus miradas se cruzaron enganchándose al momento, como si se conociesen de toda la vida.

«¿Quién es?! ¿Por qué me mira así?!»

Mientras se preguntaba esto, se advirtió a sí misma relajada. La mirada del desconocido no resultaba perniciosa, al contrario, emanaba una tranquilidad que lejos de amedrentarla la apaciguaba.

—¿A quién miras tan detenidamente? —le preguntó Irene, extrañada por su quietud y su vista perdida.

—¡Aquel joven no deja de mirarme! —respondió haciendo un gesto con la cabeza, volviendo a posar sus ojos azules en el muchacho impecable. Éste sonrió aún más descaradamente.

—¿Qué joven? —interrogó Irene, sin ver a nadie.

—¡Aquél que hay allí! —insistió Julia, señalando con el brazo.

—¡Allí no hay nadie!

«¡¿Cómo qué no?!»

Julia marcó a Irene, sorprendida, y de inmediato volvió a fijar su atención en... un deje chocante la dejó cuajada... no había nadie. De forma espasmódica escaneó rostros a gogo, pero nada de nada.

«¡¿Qué está pasando aquí?!»

—No bebas más en un rato —aconsejó Irene, quitándole el vaso de las manos.

Julia la miró extrañada, preguntándose si su mente la estaba traicionando o realmente estaba demasiado bebida.

Al día siguiente, por la tarde, Julia agarró el coche para recoger a María e ir a Granada, como habían quedado la noche anterior. Sintonzó radio Cúllar y José Luis, el locutor del pueblo, anunció la canción *Quiero pensar que...*, del grupo local **ROKEN**. Julia subió el volumen del sonido...

*Yo no sé dónde se apagará mi luz,
ahora sé que vives en mi corazón,
y el recuerdo es dolor.*

Al pasar por la plaza de la Iglesia se detuvo en seco. Una furgoneta y un coche detenidos a la misma altura cortaban el paso. Sin bajar el volumen de la música, leyó la rotulación impresa en la parte trasera de la furgoneta; *pintura y decoración Astur*.

«¡El Asturiano! ¡El único pintor de la comarca con el que la crisis no puede! ¡Por algo será!»

Una fuerte sacudida le provocó aprehensión.

«¡Es la misma sensación que tuve anoche en *Jarana*!»

De rebato lanzó una mirada a la plaza de la Iglesia. De pie al centro, sobre el enorme escudo del pueblo dibujado en granito pulido, yacía el joven de estilo impecable que en *Jarana* la miraba como si la conociese. Su semblante resultaba tranquilo y extrañamente distraído. Con la cabeza daleada al alza observaba la copa de los árboles, mientras que un pajarillo, revoloteando cerca, se posó en su hombro.

«Emana una tranquilidad inexplicable» —pensó sorprendida.

El muchacho la miró como si en la distancia hubiese podido leerle el pensamiento, y de nuevo sus miradas se cruzaron atrapadas magnéticas.

«¿Quién diantres es?!»

Todo se detuvo de asueto. Pareciese que Dios había activado el modo pausa en la película de la vida. Ambos quedaron atrancados en una observancia mutua.

«¿Por qué me mira como si fuese capaz de penetrar en mis honduras?»

El potente sonido de un claxon reactivó el curso normal del momento. Miró al frente. *Astur* ya no estaba y ahora era ella la que obstaculizaba la circulación. Metió primera y lanzó un furtivo reojo al escudo de granito. El muchacho impecable había desaparecido. Resopló chocada, al momento sobresaltada, pues el vehículo de atrás andaba con prisa y tocaba el claxon de forma estridente.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —se quejó acelerando.

Cien metros adelante estacionó frente *Asesoría JMA*, de Jorge Reyes. Andando recorrió los escasos treinta metros que la separaban del bloque de María. Pulsó el portero automático.

—¿Quién es? —se escuchó por el altavoz.

—Soy Julia. ¿Está María?

—Mi hija no está. Hace como una hora que se fue.

—Vale. Gracias —concluyó respetuosa.

Regresó al coche, rememorando: *recógeme en mi casa a partir de las cinco, no tienes ni que avisarme.*

«¿Le habrá surgido algo inaplazable? ¡Ja! Conociendo a María no es así. No es la primera vez que se quita de en medio porque le ha salido un plan mejor.»

Tomó el móvil y le mandó un WhatsApp...

—¿Dónde estás? He venido a recogerte como acordamos.

María no tardó mucho en responder...

—Lo siento tía. Se me ha olvidado por completo. Estoy en el gimnasio *Cuerpo y Mente* de tu prima Bea. Avísame el martes y te acompaño.

—Vale. No pasa nada. El martes nos vemos —respondió resignada.

26 de marzo, martes de Semana Santa. Julia se despertó cinco minutos antes que tocara el despertador. Por alguna extraña razón que no atinaba a entender, rara vez le saltaba la alarma. Entre bostezos y estiramientos, entró en el servicio. Con el rostro empapado recordó lo novedoso del día anterior. La experiencia del primer día de trabajo había resultado vivificadora. El puesto ocupado, reponedora de mercancías, no resultaba muy sacrificado, aunque comparándolo con el campo nada era sacrificado. Estaba encantada con trabajar de cara al público, con nuevos compañeros, a cubierto de la intemperie y con el recuerdo placentero de aspirar profundo con una sonrisa en el rostro.

«¡Qué bien me ha sentado el cambio!»

Volvió al dormitorio y se enfundó el traje proporcionado por el supermercado: zapatos negros, pantalones rojos, camisa blanca y jersey rojiblanco a rayas. Ya en la cocina se preparó un café y una tostada de tomate con aceite...

«¡Tengo ganas de trabajar!»

Con renovada vitalidad partió en busca de Sara.

Al llegar a la plaza del Pilar, se hizo a un lado y ojeó la hora: 6:25. Apagó el motor y esperó que diesen las 7 y 30... y 33... y 36... ¿y dónde está Sara? ¡Joder! ¡Vamos a llegar tarde! Tomó el móvil y llamó... un toque, dos, tres... se cortó la llamada. Retiró el móvil y observó la pantalla, pensativa...

«¡¿Estará a punto de salir o se habrá despertado sobresaltada?! Lo sabré dependiendo del tiempo que tarde en salir.»

Clavó la mirada en la esquina, impaciente por verla y nerviosa porque el tiempo se echaba encima. Y 37... y 38... y 39... ¡Mierda! ¡Se ha quedado dormida! ¡No me lo puedo creer!

Sara apareció corriendo con la cara hinchada...

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —se excusó entrando veloz—. ¡Es que mi madre pensó ayer que la ropa era para lavarla y la metió en el cesto de la ropa sucia! ¡Me he vuelto loca buscándola! ¡Si hasta la he tenido que despertar para que me dijese dónde estaba!

—¡Joder, Sara! ¡Sólo llevamos dos días trabajando!

—¡Qué no me he quedado dormida! —gritó montando en cólera.

—¡Yo no he dicho eso! —replicó molesta.

—¡Pero lo has pensado! —contrarreplicó violentada.

Julia guardó silencio, mitad concentrada en una rápida conducción y mitad enconada porque a todas luces la salida de tono de Sara la delataba. En ese momento varios recuerdos accedieron a su pensamiento: *Sara tiene fama de quedarse dormida cada dos por tres, por eso no busca trabajo en Cúllar — Oye Sara, aplícate con el tema de quedarte dormida — ¡No te preocupes! ¡No soy tonta!* Y seguido enlazó con el recuerdo de lo que tantas veces le había dicho su tío Tato: *las personas gritan mentiras y montan en cólera para ocultar la verdad.*

«No hay margen de error. Se ha quedado dormida el segundo día de trabajo.»

El rostro iluminado con el que se había levantado dio paso a un rictus con presagio de tormenta...

«En adelante las mañanas ya no van a ser tan placenteras. Nubes de desconfianza han llegado para quedarse.»

Ese mismo día, por la tarde, después de dormir la siesta, Julia se vistió dispuesta a desplazarse a Granada para hacerse con las botas de corte militar.

«¿Me acompañará María o se le habrá olvidado otra vez?»

Le envió un WhatsApp...

—¿Dónde estás? ¿Me vas a llevar a la tienda de las botas?

Quedó observante de la pantalla...

Una rayita; enviado.

Dos rayitas; recibido.

En línea; ya lo está leyendo.

Última vez hoy a las 17:35; «¿por qué no contesta? ¡Joder! ¡Con esta tía siempre es lo mismo! ¡Cuando le hace falta algo bien que recurre a mí, pero cuando me hace falta a mí...! Negó apretando el mentón. Le escribió un WhatsApp a Irene...

—¿Me acompañas a Granada de compras?

—Lo siento, pero estoy con mi suegra.

Seguido le escribió a Hugo...

—¿Cariño qué haces? ¿Me acompañas a Granada de compras?

—Ahora no puedo, estoy liando petardos con Juan.

«¡Si fuese al revés soltaba los petardos y se iba con Juan! ¡Yo no sé para qué le pregunto, todo es más importante que yo!»

Sentada sobre el colchón resopló cavilante. Pensó en Sara, pero después de quedarse dormida por la mañana, ¡el segundo día de trabajo!, no le apetecía verla. *¡No te preocupes! ¡Eso es agua pasada! ¡No soy tonta!* —imitó en voz baja en forma despectiva—. Y en menos de una semana se parte la cara a sí misma.

Empezó a incomodarse. Resopló otra vez, y otra. Una creciente inquietud que degeneró en angustia se apoderó de ella. Sentíase moralmente sola a pesar de estar rodeada de muchos. ¡Le daban ganas de mandarlo «to'» a tomar por culo! Su rostro compungido presagiaba derramamiento de pena, y comenzó a llorar, borbotándole cada lágrima desde su más profunda soledad interior. Con la vista deformada por culpa de esa terrible sensación de estar perdida y sin rumbo, fijó su atención en la repisa de la pared. Así permaneció unos segundos, observante de la estatuilla de escayola pintada a mano de Juana de Arco, con su espada blandida al aire y a lomos de un precioso corcel blanco elevado sobre dos patas. Era su heroína de la infancia.

«¡Ella tiene todo lo que a mí me falta!»

Agachó cabeza negando inconvenida. La ansiedad se revelaba en forma de continuos suspiros buscando la manera de ser calmada.

«¡No quiero sentirme así! ¡¿Qué puedo hacer para desprenderme de esta pena que llaga mi interior?!»

Un potente recuerdo ocupó por completo el espacio: *¡¿Qué me pasa?! —se preguntó con la pierna amputada entre sus manos—. ¿Acaso esto me place tanto como para reportarme sosiego?*

«¿Cómo fue que aquello me tranquilizó?»

Observó el portátil sobre el escritorio sopesando una macabra posibilidad.

«¡¿Qué locura es ésta?!»

Reprimió el impulso realizando el esfuerzo de pensar en otra cosa, pero fue imposible. Sólo consiguió agravar su estado anímico. El choque resultante de una pasión irracional que accede a la consciencia siempre resulta turbador.

«¡¿Quién coño soy yo?!»

Incapaz de escapar de las leyes que gobiernan nuestros actos desde el subconsciente, se sentó en el escritorio y prendió el portátil. Al momento tecleó en el buscador: *mutilación, desmembramiento y amputación*.

En pocos segundos aparecieron en la pantalla decenas de páginas relacionadas con accidentes y muertes. Deslizó su dedo por el ratón táctil, haciendo moverse la flecha hasta colocarla en *imágenes*. Pulsó doble y la pantalla se llenó de fotografías espeluznante. Accidentes mortales de tráfico con cadáveres esparcidos, muchos de ellos mutilados y desmembrados. Imagen por imagen pinchaba zum para agrandarlas, centrando su atención en los miembros separados de los fallecidos.

Dejó de llorar.

Piernas partidas donde los huesos aparecen por entre la carne, rodillas dislocadas con la rótula completamente salida de lugar, brazos arrancados de cuajo con la musculatura colgando y alguna que otra macabra decapitación. Foto por foto miraba las escenas llegando incluso a tocar la pantalla, como queriendo desvelar qué había pasado con esa pierna, ese brazo o ese cuerpo.

«¿Cómo es posible?!» —se preguntó sosegada. La ansiedad había desaparecido y la angustia que la devoraba se había consumido a sí misma.

«¡Si alguien se entera que semejantes fotos me calman por completo querré morirme en el acto!»

Cerró los ojos y respiró profundo, pero no de ansiedad. Se congratuló al percibir el cosquilleo peciolado de sus pulmones hinchados. De nuevo fijó su atención en la foto del portátil y se acercó curiosa. La rodilla del accidentado yacía completamente destrozada, la rótula fuera de sí y ligamentos y meniscos destruidos mientras el rostro de la víctima dibujaba un dolor insoportable.

—¿Qué estás mirando?! —escuchó decir a su madre en tono inquieto.

Julia respingó atrás. Estaba tan absorta que no la había escuchado entrar.

—¡Nada! —extravió tapando el portátil con su cuerpo. Su rostro sorpresivo y su conducta ocultadora acentuaron la desconfianza de su madre. Era evidente que había sido pillada *in fraganti*.

—¿Cómo que nada?! —la hizo a un lado, observando horrorizada multitud de imágenes escalofriantes. De inmediato le posó una mirada aterrada—. ¿Qué haces viendo esto?

Julia agachó cabeza, avergonzada. En un pis pas la tranquilidad se evaporó dando paso al nerviosismo.

—¿Qué ocurre? —preguntó su padre, entrando en la habitación: quedó chocado al divisar las imágenes—. ¡Qué mierda es eso!

«¡Tierra trágame!»

—¿Que qué haces viendo esas cosas?! —voceó acercándose al escritorio. Desconectó el cable de alimentación y se llevó el portátil.

—¡Ya hablaremos! —aplazó la madre, saliendo del dormitorio sin saber muy bien qué hacer.

Julia quedó atrancada en nervios...

«¡Todo me pasa a mí! ¡Vaya mierda de vida!»

Decaída, salió de su casa y atravesó Cúllar, andando. Por el camino no dejaba de tribular...

«¿Qué estarán pensando mis padres de mí? ¡Qué van a pensar, que soy una depravada! ¡Menos mal que no visto estilo gótico como mi prima Lourdes, sino pensaría que estoy en una secta satánica o algo así! ¿Por qué me calma ver esas fotos? ¿Qué clase de accidente habrá tenido ese hombre para destrozarse la rodilla?

¿Podrán reconstruirla? ¿Cómo encajará todo después del destrozo que se ha ocasionado?»

Antes de llegar a la plaza del Pilar, junto a la cafetería *Boulevard*, entró en la tienda de calzado *Cálzate*...

—Hola Paqui.

—Hola Julia. ¿Qué te hace falta?

—Necesito unas botas para los pisar petardos, pero que no tengan suela de chapa, que cuando se calientan me queman los pies.

—Ese tipo de botas no las tengo en stock, pero te las puedo traer para mañana por la tarde. ¿Te las pido?

—Sí, por favor. Mañana me paso sobre esta hora.

—De acuerdo —aceptó Paqui, resbalando una mirada de intriga—. ¿Te ocurre algo?

—¿Por qué lo preguntas? —cuestionó sorpresiva.

—No sé. Normalmente eres muy inquieta y activa, pero te noto relajada de más... y eso es extraño en ti.

«¡Pensar en imágenes macabras me tranquiliza al punto que me lo notan!», advirtió sorprendida.

—Es que me acabo de levantar de la siesta —salió al paso con una sonrisa—. Hasta mañana Paqui.

—Hasta mañana Julia.

Nada más salir, recibió un WhatsApp de Tomás...

—Ya tengo las sudaderas. Pasaos por el piso cuando queráis.

Casi sin tiempo a responder, recibió otro WhatsApp de María...

—Tía, acabo de ver que me habías escrito. ¿Estás en Granada? Tomás ya tiene las sudaderas. Voy a su casa a recogerlas.

«¡¿Cómo puede tener la cara tan dura?!» —ponderó enrabiada y sorprendida. «Hace una hora no me contesta y

ahora me sale con que acaba de leerlo... ¡Claro, la sudadera sí le interesa! ¡Qué asco!»

Seguido le escribió a Tomás...

—Mañana me pasaré a recoger la mía.

«Así no tendré que cruzarme con María. No me apetece verla.»

Tomás le respondió...

—Julia, soy Irene —escribió a través del móvil de su novio—. Mañana es la procesión del Cristo de los Gitanos. A las ocho nos vamos para pillar sitio en el Paseo de los Tristes.

«¡Mierda! Se me había olvidado de que habíamos quedado las cuatro para verla. No me apetece ir ni con Sara ni con María, ¡pero claro!, si me voy a solas con Irene se van a enfadar, y si decido no ir el pato lo paga Irene que no tiene culpa ni coche... ¡Como siempre me toca joderme! ¡Qué agobio! Me voy a la tienda de *Encarna* a comprarme algo de lencería para subirme la moral...»

Miércoles de Semana Santa. Cuando el sol del ocaso se desplomaba sobre el horizonte, Tomás y Andrés se dispusieron a liar petardos en casa del primero.

Los petardos son del tipo *Tró de Bac*, fabricados en Altura, Castellón. Son un poco más pequeños que el dedo gordo de la mano, liados en papel marrón prensado y rellenos de pólvora y chinos.

Andrés se inclinó a la derecha y metiendo la mano en una bolsa, sustrajo dos rollos de cinta aislante negra y le entregó uno a Tomás. Sentados frente a frente, cogían petardo por petardo y los encintaban a lo largo y a lo ancho, estirando la cinta para ejercer la mayor presión posible. El ritual de liar petardos no es estrictamente necesario. De hecho, la mayoría de los *culleros petarderos* no se entretienen en liarlos, pero Tomás y Andrés no perdían la costumbre más por el rato que pasaban juntos que porque los petardos sonasen más al reventar.

Tocaron el timbre y Tomás abrió la puerta...

—Hola Tomás —saludó el alcalde de Cúllar Vega.

—Pasa Jorge. Enseguida te doy el DVD que te dije.

Ambos accedieron al salón.

—¡A ti te quería yo ver! —espetó Andrés, dándole la mano a Jorge—. ¿Qué es eso de que nos quieren quitar los petardos? ¿Cómo va a ser eso?

—¡Aquí tienes el DVD con videos de los petardos de hace veinte años! —entregó Tomás a Jorge.

—Gracias, nos va a venir muy bien para el dossier que estamos preparando en el Ayuntamiento.

—¿Entonces es verdad que nos quieren quitar los petardos?! —insistió Andrés.

—No es que nos los quieran quitar exactamente —contó Jorge—. Lo que pasa es que la nueva normativa europea sobre explosivos cataloga los *Tró de Bac* como peligrosos en su transporte. Estos petardos explotan por impacto —dijo cogiendo uno—, y si el medio de transporte tiene un accidente, se líala de San Quintín.

—¿Entonces a partir del año que viene ya no hay más?! —preguntó Andrés, inquieto.

—Tranquilo, ya está casi solucionado. Me he puesto en contacto con asociaciones valencianas, que tienen más tradición en el uso del *Tró de Bac*, y el Ministerio de Energía e Industria, que es el que autoriza el uso de los explosivos, y se ha confeccionado una salvedad para su utilización reuniendo ciertos requisitos de seguridad. El único inconveniente es que en Andalucía somos el único pueblo que utiliza este tipo de petardo, ¡y claro!, para agarrarnos a la salvedad valenciana, hay que cambiar la normativa sobre explosivos de toda la comunidad andaluza. ¡Imagínate! Me he reunido con diferentes delegaciones y no saben de qué hablo. ¡No tienen ni idea! Por eso en el Ayuntamiento estamos preparando un amplio dossier compuesto por firmas, fotos, videos y libros que hablan de nuestra tradición —dijo mostrando el DVD que le había entregado Tomás—, para presentarlo en Sevilla y obtener los permisos necesarios.

—¡Menudo lio! —soltó Andrés.

—¡Me lo dices o me lo cuentas! —reseñó Jorge, pensando en todo cuanto estaba meneando al respecto. Se puso en pie—. Os dejo, que he quedado con mi novia Eva. Gracias por el DVD. Nos vemos en los petardos.

—Hasta luego Jorge —se despidieron ambos.

Tras cerrar la puerta...

—¿Dónde está Irene? —preguntó Andrés.

—Se ha marchado con Julia, María y Sara a Granada. Van a ver la procesión del Cristo los Gitanos en el Albaicín.

—¿Qué vamos a hacer el sábado por la noche? —preguntó Tomás.

—¿El sábado...? Robar macetas, ¿no?

—Me refiero a si vamos a salir a tomarnos algo antes de marchar a robarlas.

—Lo siento, pero no puedo gastar más de lo necesario. En cuanto pase la Semana Santa voy a retomar los estudios.

Tomás lo miró sorprendido.

—¿Vas a volver a estudiar?

—Sí. He ahorrado un dinero y mis padres me van a ayudar con el resto.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—Me gustaría estudiar medicina. Aquí en Granada tenemos el Parque Tecnológico de la Salud (PTS). Es de los más avanzados del mundo y quiero aprovechar para formarme.

—Te alabo la decisión, porque con la crisis que hay sólo queda formarse en alguna especialidad. Por cierto, por qué has dicho que el sábado vamos a robar macetas en plural. Creí que no le ibas a poner maceta a nadie y que sólo me ibas acompañar a robar la de Irene.

—El sábado en *Jarana* mentí —reconoció Andrés—. Hugo se cree que soy tonto y no me doy cuenta de las cosas. Hace tiempo que no está bien con Julia, ¡y no es culpa mía! Dije que no iba a poner maceta a nadie porque era la mejor respuesta a su pregunta maliciosa, pero me dio mucho coraje, porque desde que son novios no pululo alrededor de Julia, y como ahora la cosa entre

ambos está tensa, pretende pagarla conmigo. Pues te aseguro que ahora va a tener motivos...

—¿Por qué lo dices?

—Porque ya que me mira mal aun sin hacer nada, ahora voy a hacer algo para que al menos tenga motivos para mirarme mal.

—¿Qué tienes pensado hacer? —curioseó Tomás.

—Este sábado es la *noche de las macetas*, y te aseguro que la maceta que le voy a preparar a Julia no tiene ni punto de comparación con el gladiolo que le quiere presentar Hugo.

—¿Y si se entera que has sido tú?

—No se va a enterar. No lo sabe nadie salvo tú, y que conste que te lo cuento porque vamos a salir juntos.

—Gracias por la parte que me toca —ironizó Tomás—. Que sepas que a mi Hugo ni me cae bien ni me cae mal, pero Irene y Julia están muy unidas y por eso lo trato más.

—Lo sé. Y no es que no confíe en ti. Pero esto cuantos menos lo sepan mejor. Si Hugo quiere dar por culo, yo también sé dar.

—Sí. Sí. Pero cuando se entere que alguien más le ha puesto maceta a Julia, va a pensar en ti.

—¡Qué piense lo que quiera! ¡No puede demostrarlo!

5:50 de la madrugada del Sábado Santo. Julia se despertó antes que tocase el despertador. Engurruñida entre sabanas, receló del día que comenzaba...

«¿Se quedará Sara dormida? Hoy no espero tanto para llamarla. ¡Es que no debería de llamarla, es su responsabilidad levantarse y no la mía despertarla! ¡Joder! ¡Aún no he encendido la luz y ya me estoy calentando la cabeza! ¿Por qué siempre me pasan estas cosas a mí?»

Encendió la luz negando trémula.

Las calles del pueblo, iluminadas por farolas, yacían solitarias. Al pasar por la plaza de la Iglesia fijó su atención en el banco más cercano a la fuente. Algunos jóvenes del pueblo echaban las últimas risas de una noche de juerga.

«¡Unos que no se acuestan y otras que no se levantan! ¡El mundo se mueve bajo extremos! ¿Así va a ser en adelante? ¡¿Quedándose dormida dos veces por semana?! ¡Un momento, Julia!», se frenó a sí misma. «¡Tu rabia te está jugando una mala pasada! ¡Aún no has llegado a su puerta y ya la acusas de haberse quedado dormida! Por ahora esta semana no han sido dos veces, sino una.»

Rodeó la plaza del Pilar y estacionó paralela a la tienda de ropa *DP3*, de espaldas a *Carnicería Aguilar*. ¡Sara no está! Marcó el reloj de Hello Kitty: 6:30.

«Si la situación fuese al revés, procuraría presentarme cinco minutos antes de la hora acordada para que no me esperase. ¿La llamo o espero unos minutos? Un día de estos vamos a llegar tarde y me la voy a cargar por su culpa. ¡Voy a llamarla! —cogió el

móvil—. ¡Es que no debería, no es mi obligación! —lo soltó—. ¿Qué hago? —con un rápido pestañeo observó la hora: 6:35—. ¡Debería marcharme sin ella! ¡Si no es capaz de levantarse, yo no tengo porque esperarla, y mucho menos ser su despertador particular! ¡Un momento, si la dejo tirada me va a tachar de mala amiga! ¡A la mierda con Sara! —arrancó el coche—. ¡Después de hoy verás como a su hora está levantada! —metió primera y se alejó por la calle del *Cacharro*.»

El móvil empezó a sonar... era Sara.

—¡Salgo en un minuto! —dijo alarmada.

—¡Eres una pasada tía! ¡Las cosas no son así! ¡Sal ya que te estoy esperando!

Nada más cortar la llamada, estacionada paralela a la tienda *DP3*, apretó el mentón, consumida en pensamientos...

«¡Qué fácil es pensar en arrancar y marcharme sin ella! ¿De qué me sirve convencerme de forma imaginaria que puedo cuando en realidad no he arrancado ni el coche? ¡Qué asco de impotencia! ¡Darme cuenta de mi propia debilidad me está haciendo sufrir doblemente!»

Cinco minutos después, Sara entró en el coche...

—¡¿No habías dicho un minuto?! —reprochó Julia, alterada porque esta vez sí, llegaban tarde seguro.

Sara no dijo nada. Se mostró fría y ausente, sin ni siquiera mirarla a los ojos. Julia arrancó y partió a toda prisa. El ceño fruncido de ambas calentaba el ambiente hasta fundirlo como la mantequilla. Entre acelerones y volantazos, Julia le lanzó varios reojos con desdén...

«¡Cobarde, no hace más que mirar por su ventanilla para no tener que mirarme a la cara! ¡Maldita sea!

Al llegar a la Chana el reloj marcaba las 7:09.

«¡Hemos llegado tarde!»

«¡Por favor que no esté la encargada en la puerta de personal!»

Ambas accedieron a la superficie sin dirigirse la palabra. Se frenaron en seco, compungidas por la impresión.

—¡Sólo hay una cosa peor que llegar tarde! —pronunció la encargada con tintes de condena y advertencia—. ¡Llegar tarde la primera semana de trabajo! ¡Qué sea la última vez! —sentenció antes de darse la vuelta y marcharse.

Julia cerró los ojos sintiendo como una ventolera rasgaba su interior. Ella prefería prevenir que curar, llegar antes que después. Fundió a Sara con la mirada, que ya le daba la espalda. Se sintió ineludiblemente traicionada. No sólo se había quedado dormida, además la evitaba colocando tierra de por medio y encima se había callado frente a la encargada dejando que pensara mal de las dos.

«¡Tenía que haber arrancado el coche y haberme marchado sin ella!

Noche de las macetas. Tomás, acompañado de Andrés, circulaba con calma por las urbanizaciones nuevas buscando su tan ansiada maceta.

—¡Ésta es la casa! —informó Tomás, aminorando la marcha. Giró a la derecha y estacionó lo más cerca posible. Se bajaron del coche y se detuvieron en la esquina a inspeccionar. Ambos vestían sudadera oscura con capucha.

«¡Nadie a la vista!»

—¡¿Ves aquella maceta de allí?! Entre los balaustres —señaló Tomás.

—¡Cojones! ¡Es un diente de león!

—¿Has comprobado que no hay perro en la casa?

—¡Pues claro! Llevo toda la semana pasando para cerciorarme que sigue en su sitio.

Se colocaron la capucha y, lanzando furtivas miradas a izquierda y derecha, se acercaron corriendo a la valla. Tomás se encaramó de un salto y pasó al otro lado. Sigiloso, subió los escalones del porche y agarró la terracota. Giró sobre sí mismo y desandó el camino.

—¡Agárrala! —musitó elevando la maceta por encima del balaustre.

Andrés, de puntillas, la cogió y regresó al coche, corriendo.

—¡¿Quién anda ahí?! —se escuchó vocear desde una ventana del segundo piso. Tomás saltó la tapia sin levantar cabeza y marchó a toda prisa—. ¡Ladrones! ¡Hijos de puta! —gritó el dueño, viendo cómo se alejaban.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —urgió Tomás, arrancando. Pisó el acelerador y salieron racheando del lugar.

—¡Ha faltado poco! ¡Qué subidón! —espetó Andrés, imbuido de adrenalina.

—¡Menos mal tío! ¡Por un momento pensé que salía por la puerta! ¡Lo hemos conseguido! ¡Ahora vamos por la tuya!

Quince minutos más tarde, ambos arribaron a la urbanización El Ventorrillo, a unos dos kilómetros de Cúllar Vega.

—¿Hasta aquí has venido a buscar la maceta? —preguntó Tomás.

—La verdad es que no he venido a buscarla a cosa hecha —aclaró Andrés—. Hace como dos meses pasé por aquí y la vi de casualidad. Desde entonces la tengo vigilada. Además, no es una maceta, son tres en una.

Tomás muequeó extrañado.

—Aparca en esta esquina —señaló Andrés.

Los dos se bajaron del vehículo y se apostaron vigilantes.

—Es esa casa con las verjas de hierro —marcó Andrés, colocándose la capucha.

Se acercaron silenciosos y Andrés saltó por encima del hierro. Tomás, agarrado a los barrotes, observó cómo se acercaba a su presa cuan felino acecha un manjar. Andrés agarró una pequeña estructura metálica y con dificultad regresó por donde había venido.

«¡Hostia tío!» —pensó Tomás en la distancia—. «¡Son tulipanes!»

La pequeña estructura albergaba tres macetas a diferentes alturas y cada una de ellas contenía tulipanes de diferente color; rojo, amarillo y violeta.

Al llegar al pie de la cerca, Andrés desmontó el pequeño puzle floral y se lo entregó a Tomás por encima de la verja de hierro. Acto seguido saltó fuera y entre ambos se lo llevaron al coche.

—¡Vámonos rápido! —instó Andrés, observando satisfecho los tulipanes.

—¡Guau! —exclamó Tomás—. ¡No se han dado ni cuenta!

—¡Mejor! ¡Ahora vamos a mi casa!

—¿Para qué...? —preguntó Tomás, extrañado.

—¡Ahora lo verás! —aplazó Andrés, mordiéndose la risa—. Por cierto, ¿cómo vas a hacer para entregarle la maceta a Irene? Lo digo porque vivís juntos.

—Cuando vaya a acostarme se la dejo en el salón y al levantarse la encuentra —explicó marcando las cejas.

Andrés asintió pensando que no es lo mismo, pero válido para mantener la tradición.

Momentos después, en la puerta de casa de Andrés, Tomás observó extrañado la bolsa que Andrés portaba en las manos...

—¿Eso qué es...?

—Piruletas, chicles, gominolas, caramelos...

—¿Qué piensas hacer? —interrogó sorprendido.

—¡Adornar los tulipanes! Toma un rollo de fizo transparente y ayúdame.

—¡Qué ingenioso tío! ¡Julia lo va a flipar! Aunque pensándolo fríamente, más lo va a flipar Hugo cuando se entere. Mejor será que nos demos una vuelta por Cúllar para vigilar, no vaya a ser que nos pille colocándole la maceta a Julia y entonces la hemos liado.

—Buena idea —admitió Andrés, encintando las chucherías a los tulipanes.

Minutos después, subidos en el coche, continuamente se cruzaban con grupos a la carrera cargados de macetas...

—¡Mira esos tres! ¡Qué pedazo de pilastra llevan! ¡Casi no pueden arrástrala!

Subieron por la calle de la Iglesia y rodearon la plaza del Pilar.

—¿Dónde estarán Juan y Hugo? —preguntó Tomás.

—Vamos a pasar por *Jarana*, y si no están allí, nos acercamos a *Garoe*.

—De acuerdo.

Al llegar al consultorio médico, junto al restaurante *La Huerta*, subieron hasta la salida del pueblo, para desde allí, atravesar Cúllar por la carretera hasta *Jarana*. Se detuvieron en el semáforo.

—¿Qué hora es? —preguntó Andrés.

—Las tres y media.

—Entonces cruza la carretera y accede a la calle la Vega; donde vive Anabel y Bernardo.

—¿Para qué...?

—Este año el Mayordomo Sacramental es Carlos Pérez Vargas, el cual custodia en su casa durante el Sábado Santo la imagen del Niño Resucitado.

—Sí. Pero son las tres y media y al Niño lo regresan a la Iglesia a las una.

—¡Ya! ¡Pero tiene que estar a punto de empezar la quema de Judas!

El verde se encendió y cruzaron la carretera. Nada más doblar la esquina, Tomás frenó en seco...

—¡Ya lo están quemando! —espetó Andrés, saliendo del coche a contemplar.

En Cúllar Vega es tradición confeccionar una especie de espantapájaros con ropajes antiguos, relleno de paja y petardos en su interior, al cual llaman Judas. Siempre cerca de la casa del Mayordomo Sacramental, se cuelga con cuerdas sobre la calle y

se prende fuego hasta que se consume. Las llamas iluminaban la noche y el estruendo de los petardos finiquita el Sábado Santo.

Tomás y Andrés, sentados en el capó del coche, se miraron sonrientes...

—¡No hay pueblo como Cúllar! —elevó Andrés.

—¡Vamos a buscar a Hugo y Juan! —asintió Tomás.

Se montaron en el coche y regresaron a la carretera. Cuando no habían cubierto más de la mitad del camino, algo los alertó...

—¿Qué es aquello? —señaló al frente, aminorando la marcha.

Ambos aguzaron la vista, atentos. A la altura de la cafetería *Los Niños*, una furgoneta yacía escorada a un lado del carril con los intermitentes de emergencia encendidos.

—Pero ¡qué hacen esos dos! —exclamó Andrés, señalando con el brazo la acera, sin entender.

Dos hombres, situados uno a cada lado de un pequeño árbol de laurel, asestaban fuertes hachazos pretendiendo cortarlo lo más cerca posible de la raíz.

Andrés y Tomás, estupefactos, marcaron a los dos susodichos...

—¡Son Cuco y Manolito Cabello! —soltó Tomás—. ¡¿Qué hacen cortando con hachas uno de los arbolitos de laurel de la carretera?!

—¡Claro! —recordó Andrés—. Alguno de los dos se ha echado un ligue en Alhendín. ¡Seguro! En ese pueblo la tradición manda colocar ramas de laurel en vez de macetas.

—¡Ramas de laurel, vale... pero un árbol entero! ¡Qué bestias! —expresó Tomás, echándose las manos a la cabeza.

Ambos pasaron de largo por la carretera, esquivando la furgoneta y dejando al Cuco y Manolito Cabello cortando el árbol de laurel.

Momentos después, giraron en la gasolinera y pasaron por la puerta de *Jarana*.

—¡Ahí está el coche de Juan! —señaló Andrés, divisándolo a la izquierda—. Seguro que los dos están dentro.

—¡Rápido, vayamos a casa de Julia!

Subieron por el camino las Galeras hasta doblar con las Viñas. Giraron a la derecha y detuvieron el coche en la entrada del bloque. Allí mismo montaron la pequeña estructura de hierro y colocaron las macetas de tulipanes adornados con chucherías. Después, entre los dos, la subieron por la rampa de acceso hasta la entrada principal.

—¡Vuelve al coche que voy a tocar! —urgió Andrés.

Tomás regresó de inmediato. Por su lado, Andrés tocó repetidamente el portero automático y esperó atento.

—¿Qué haces insensato! —reprendió Tomás, asomado por la ventanilla—. ¡Vámonos!

Andrés le hizo un gesto con la mano para que aguardase.

—¡Vámonos antes que salga el padre! —pidió nervioso.

—¿Quién es? —se escuchó una voz grave por el portero automático. Era Víctor, el padre de Julia.

—¡Salga por una maceta para su hija! —pronunció Andrés, tapándose la boca con la manga de la sudadera.

Esta vez sí, Andrés salió corriendo y se marcharon del lugar a toda prisa.

—¡Estás loco! ¿Por qué has hecho eso? —le recriminó.

—¡Para asegurarme que la maceta le llega a Julia!

—¡Puf! ¡Qué nervios! —esgrimió Tomás, resoplando algo más tranquilo. Ambos se miraron cómplices...

—¡Ya está! ¡Y mañana los petardos!

—Recógeme mañana a las once y media y marchamos a la puerta de la Iglesia —pidió Andrés.

—De acuerdo. ¡Qué no se te olvide la sudadera de *yo soy cullero y petardero*!

—¡A un cullero como yo no se le olvida la sudadera! —espetó arqueando las cejas.

Domingo de Resurrección. Día álgido de la tradición más pasional y ruidosa de Cúllar Vega: **los petardos**.

Una hora antes del comienzo del acto religioso, los *culleros petarderos* se congregan frente la Iglesia, dejando constancia de su presencia a través del estallido de sus explosivos. Por lo general se tiran de uno en uno, con la mano, lanzándolos con fuerza contra el suelo, pero ello conlleva un importante dolor de brazo durante varios días. Lo mejor es dejar caer al suelo un puñado y pisarlos con las botas.

Las explosiones aumentan conforme se acerca el momento de la procesión, y con ellas, las nubes de humo que dificultan la visión y hacen de Cúllar un pueblo con neblina en día soleado.

Tomás y Andrés, cargando sus macutos llenos de cajas de petardos y ataviados con botas, pantalones anchos, sudadera roja **yo soy cullero y petardero**, pañuelo humedecido al cuello para respirar y gafas transparentes para proteger la vista, se colocaron a las puertas de *Panadería Mariano*.

Al pie del callejón adjunto a la panadería se encontraban Hugo y Juan, junto con algunos de los *culleros petarderos* más afanosos del pueblo: Pablo, Encarni, Poli, Libi, Cuco, Churri, Jorge, Santi, Anabeli, Iván, etc....

Procedentes de la plaza del Pilar y vestidos de militares, Bernardo y su hermano Luis Miguel arrastraban un enorme bidón de chapa, el cual colocaron junto a la pequeña rotonda arbolada frente la Iglesia. Tras ellos andaba Anabel, la mujer de Bernardo, grabándolos. De inmediato el bidón fue rodeado por varios petarderos que, encendiendo la mecha de potentes artefactos

pirotécnicos, los dejaban caer en su interior hasta detonar con una violencia que fluctuaba los órganos interiores de los allí presentes.

Se acercaba el momento cumbre y la excitación se podía medir por el volumen del ruido y la intensidad del humo.

Al lugar accedieron María, Sara, Irene y Julia, protegidas con gorras, pañuelos y gafas, y por supuesto, con la sudadera roja inconfundible de los petarderos de Cúllar.

—¡Hola! —saludó Julia a su tía Rocío, aunque apenas la escucharon por culpa del atronador ruido. Se dieron dos besos.

Acto seguido se giró a Hugo y se acercó a él...

—¡Gracias por las macetas! —le gritó al oído, abrazándolo.

«¿Por qué habla en plural si anoche sólo le puse una maceta?», pensó Hugo, contrariado, formándosele nubarrones de duda.

—¿Cuál te ha gustado más? —preguntó con recelada astucia, pretendiendo asir la situación.

—Si tengo que escoger entre el gladiolo y los tulipanes adornados con chucherías, escojo los tulipanes por su originalidad —le respondió inocente, ignorando la realidad.

—Me alegro mucho cariño —espetó Hugo, apropiándose de los tulipanes y del mérito de adornarlos. De inmediato su pensamiento se envenenó como mordedura de serpiente.

«¡Tulipanes adornados con chucherías!»

De forma instintiva avizó a Andrés, que explotaba petardos a su izquierda, clavándole una mirada afilada.

«¡Seguro que ha sido él, pero no puedo probarlo! ¡Maldito canalla! ¡Y encima no puedo indagar, de lo contrario, habiéndome adueñado del mérito ajeno, Julia puede enterarse que le he mentado!»

A la derecha de Irene, María estaba absorta con el móvil. Miró a Julia y se acercó a ella...

—¡Tía, necesito que me hagas un favor esta tarde! —le dijo con un deje de súplica, como si la vida le fuese en ello.

—¿Qué ocurre?

—¿Recuerdas el cachas de *Jarana*?

—¿El que te puso loquita?

—¡Sí! ¡Me ha agregado al Facebook y acabo de chatear con él! ¡He quedado esta tarde en el centro comercial Serrallo Plaza y necesito que me lleses! ¡Después me busco la vida para volver!

«¡Para esto si soy buena, pero para acompañarme a Granada a comprar las botas no!» —pensó mordida.

—¡De acuerdo! ¿A qué hora quedamos? —aceptó como siempre.

—¡A las cinco aquí, en la plaza de la Iglesia!

—¡No te retrases! —apuntilló Julia.

—¡No! ¡No! ¡Qué va! —confirmó María, a la par que un potente zumbido los sobrecogió a todos: era Tinico, arrastrando un carro de la compra que albergaba en su interior un artefacto que él mismo había fabricado. Nadie superaba el ruido de los zambombazos de Tinico.

El momento esperado llegó. La imagen del Niño Resucitado salió de la Iglesia y centenares de *culleros petarderos* reventaban frenéticamente sus petardos contra el suelo.

La talla del Niño Resucitado ciertamente no es de gran valor artístico, pero sí de gran veneración para los habitantes de Cúllar Vega. La escultura representa al niño Jesús de pie, con una mano levantada en posición de bendecir y con todos los ornamentos propios de su santidad.

«¡Viva el Niño Resucitado!» —gritaron algunos, aunque nadie los escuchó en medio de aquella tradición ensordecedora.

Tras el Niño emergió la Virgen del Rosario, porteada desde tiempo inmemorial por la familia de «los alfonsicos». Ambas

imágenes se separaron recorriendo diferentes calles del pueblo, acompañadas en dos grupos por los *culleros petarderos* hasta la plaza de la constitución, punto donde se encuentran y momento cumbre de la tradición. Es en ese lugar donde el éxtasis crece y el ruido de los petardos aumenta sin parangón. Virgen y Niño. Madre e Hijo, cara a cara. Después de ser bendecidos con incienso, las imágenes se acercan mecidas por portadores, caminando el uno hacia la otra inclinándose tres veces hasta juntarse. Vuelven atrás y comienzan de nuevo en un ritual único y espectacular, donde los culleros no escatiman esfuerzos en su intención de «atronar la atmósfera y que se sepa... **¡esto es Cúllar!**» Algunos se quedan sin petardos y se ponen a dar palmas, y hasta el religioso que preside las reverencias lo hace con una caja de petardos entre sus manos.

Uno se impresiona ante la magnificencia del fervor y la pasión que impregna a los habitantes del pueblo. No son pocos los que en ese momento se sienten desbordados y sus emociones encuentran salida en forma de lágrimas. Porque si hay algo que es cierto en todo esto, es que los culleros identifican el *Domingo de petardos* como «algo muy nuestro».

Después de las reverencias, las imágenes vuelven a la Iglesia recorriendo el trayecto anterior a la inversa.

Como colofón y a modo de cierre extraoficial, Loro, Churri y Siamoto, que habían preparado una «bomba» uniendo con cinta aislante más de cincuenta petardos, sacaron a todo el mundo de la plaza de la Iglesia, y tras asegurarse que nadie saldría herido, lanzaron con fuerza aquel cumulo de petardos prensados contra la fachada del salón parroquial... y una terrible detonación resonó en todo el pueblo.

«¡Los petardos han terminado!»

Ese mismo día, a las cinco de la tarde, Julia arribó a la plaza de la Iglesia para llevar a María al centro comercial Serrallo Plaza. Aparcó al pie de la tienda de golosinas *Garden*, cruzó la calle y se sentó en uno de los bancos para escribirle un WhatsApp...

—¿Dónde estás? Te estoy esperando.

«¡¿Pasaré otra vez de mí?!» —pensó recordando el día de las botas.

Observó la pantalla del móvil: *última vez hoy a las 16:20*. Al momento la pantalla cambió: *en línea*. ¡Ya lo está leyendo! ¡Un momento...! ¿Por qué ha cambiado a *última vez hoy a las 17:02* en vez de a *escribir*? ¡Ya está en el centro comercial! ¿Por qué he pensado eso? ¡Ja! ¡Conociéndola, seguro se ha ido con no sé quién y sin avisar! ¡Qué desconfiada soy! ¡Igual no me ha escrito porque viene para acá! Mejor espero un poco.»

Conforme pasaban los minutos, una carcoma crecía en su interior provocándole hastío. Continuamente lanzaba tímidas miradas a la izquierda con la esperanza de verla acercarse. De ser así la sensación de ahogo interior desaparecería de inmediato, ¡pero no! ¡Al contrario! Cada vez se sentía más hundida y aislada dentro de esa condena moral que supone la certeza de la indiferencia.

«¡Otra vez me ha dejado tirada!»

Agachó cabeza advirtiendo una especie de vacío en soledad que le provocaba una parálisis inextricable...

«¿Qué hago esperando a alguien que sé que no va a venir? ¿Por qué soy incapaz de huir de lo que me está haciendo sufrir? ¡Me siento vulnerable, torpe y débil!»

Ese pensamiento zarandeó hasta la última de sus neuronas. Por alguna extraña razón, asoció ese momento con el sueño repetido en el tiempo: las piernas pesadas como lastres le impedían huir de lo que la hacía sufrir. Frunció el entrecejo, pensativa. Al ser un sueño multitud de veces soñado no le fue difícil recordarlo con nitidez, y por primera vez, reparó en algo que hasta ese momento había pasado inadvertido. Por lo general siempre se fijaba en la angustia que le producía la huida y el pánico de ser alcanzada, pero nunca se había detenido en los momentos precedentes a la persecución, rodeada de vacío y soledad y con la terrible sensación de saberse desamparada y vulnerable.

Perdió la vista en los trazos de la solería, pensativa...

«¡La sensación anímica de comienzos del sueño es la misma que ahora me embarga! ¿Cómo es posible que una sola imagen, formada dentro de un sueño, pueda recrear de forma tan nítida y vívida mi penoso estado anímico? ¡Un momento! Si los comienzos del sueño representan una analogía de mi estado anímico, ¿qué representa la huida agónica y desesperada?

—¿De verdad quieres saber lo que significa la huida desesperada del sueño?

Julia se sobresaltó a la izquierda...

«¡¿Quién escucha mis pensamientos?!»

Sentado junto a ella yacía el muchacho vestido impecable, de mirada dulce y emanando tranquilidad.

«¡¿De dónde ha salido?! No lo he visto llegar.»

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

—Me llamo Daniel —contestó con suavidad.

Julia guardó silencio intentando entender qué estaba pasando, pero lejos de asir la situación, todo se complicaba aún más...

«¿Quién es? ¿Por qué desaparece la angustia que antes me consumía? ¿Cómo es posible que sepa lo que pienso?»

—¿Quieres saber por qué recreas una y otra vez el mismo sueño? —insistió el muchacho de mirada plácida.

—¿A qué te refieres? —interrogó más por incrédula que por desconfiada. No se explicaba cómo podía saber eso.

—Me refiero al sueño en que ahora reparas y tanto te atormenta.

«¡Qué vas a saber tú de sueños!» —pensó renuente.

—¡Más de lo que imaginas! —espetó para su sorpresa, confirmando que podía leer su pensamiento—. El sueño no es muy complicado de descifrar —continuó—. Se trata de una huida en toda regla. Ciertamente lo que te persigue no es «alguien», sino «algo» de lo que no puedes escapar y que está simbólicamente representado en la lentitud de tus piernas, pesadas como lastres. Huyes de la toma de decisiones. Te aterra hacerte responsable de tus elecciones. Decidir implica elegir entre el sí y el NO. Entre seguir con Hugo o dejarlo. Entre marcharte a trabajar sin Sara o esperarla. Entre no quedar más con María o seguir aceptando resignada sus desplantes. Tienes miedo de enfrentar esas situaciones y las pospones una y otra vez, es decir, huyes de ellas, pero no puedes escapar porque es la realidad que tú has elegido vivir. El miedo que sientes en el sueño no es más que un reflejo de lo mucho que te asusta colocar un no en la vida despierta.

—¡Eso no es verdad! —espetó Julia a la defensiva.

«¡Negación de la realidad!» —pensó Daniel.

—Cuál es, en tu opinión, ¿la verdad? —le preguntó.

—¡La verdad es que no tengo ningún problema que requiera de la ayuda de un desconocido!

«No percibe los problemas como propios» —analizó observándola.

Julia se levantó enervada...

—¡No vuelvas a acercarte a mí! —pronunció propinándole un leve empujón en el hombro... ¡quedándose congelada al instante!

«¿Cómo es posible?!»

Terriblemente impactada, observó su mano dentro del cuerpo de Daniel, como si todo él fuese un holograma, espectro o fantasma. Lentamente volteó la mano dentro de su hombro. Podía cogerlo sin cogerlo o acariciar su clavícula sin tocarla. Con un movimiento rápido contrajo el brazo y lo sacó fuera. Se frotó los dedos acariciándose las yemas, intentando entender lo que acababa de pasar.

Ambos se miraron fijamente...

—¿Qué eres tú? —preguntó entrecortada, sin saber muy bien si estaba despierta o en medio de un sueño demasiado real.

—Soy un *ángelus* —respondió Daniel con suavidad.

Durante unos segundos, quedó marcándolo fijamente. La imagen de su mano dentro de su hombro no la dejaba pensar con claridad. ¡Parecía cosa de brujería! Poco a poco desplomó la vista notando una incipiente necesidad de alejarse de allí. No pudo más. Cruzó la calle y marchó en su coche esforzándose en no mirar a Daniel.

Al día siguiente, Julia se despertó sobresaltada, jadeando y resoplando aliviada por haber despertado a tiempo...

«¡Otra vez la maldita persecución de la que no puedo escapar!
¡Otra vez las piernas pesadas como lastres!»

Se pasó una mano por la frente sintiendo el sudor frío.

«¡Maldito sueño repetido en el tiempo!»

«¡¿Qué o quién me persigue provocándome tanta angustia?!»

«¡La toma de decisiones! ¡Elegir entre el sí y el NO!», recordó el día anterior. So barrunto reminisciente rescató la corta conversación con Daniel. Quedó atrancada por el choque de contradicciones: «en realidad el miedo que sientes en el sueño no es más que un reflejo de lo mucho que te asusta colocar un no en la vida despierta. ¿Cómo va a ser eso?» —pensó. «¡Los sueños son sueños, llenos de pensamientos inconexos que escapan a cualquier patrón de comprensión! Y sin embargo... ¡Joder! ¡Tiene sentido! ¡Es como encontrar el orden dentro del caos!»

Cerró los ojos intentando relajarse.

«¡¿Qué me está pasando!? ¡¿Hace poco me muestro insensible ante una pierna desmembrada y ahora soy sensible a sueños y pesadillas?! ¡Me estoy volviendo loca! ¡Necesito respuestas!»

Renqueante encendió la luz y observó la hora: 9:15 de la mañana.

«¡Esta semana, con turno de tarde en el supermercado, Sara no puede quedarse dormida!» —pensó lavándose la cara.

Después de vestirse accedió a la sala de estar. No había nadie. Sus padres estaban trabajando. Se preparó el desayuno y prendió

la televisión. De inmediato emergió la imagen de un programa de divulgación que gravitaba alrededor de la conducta humana...

—*La mayoría de las personas somos presas de una extraña confusión* —decía el experto colaborador—. *Apenas distinguimos entre el deseo y el deber, entendiendo por deseo quien realmente uno es, y por deber quien la sociedad le impone ser. El problema es que desde pequeñitos nos han repetido que hacer lo que uno desea está mal, que lo correcto es hacer lo que uno debe; nos han machacado tanto con esto, que creemos firmemente que lo correcto es renunciar a nuestros deseos en pos de nuestros deberes, cuando en realidad, apartando nuestros deseos, destruimos el verdadero YO para convertirnos en quien la sociedad nos impone ser.*

Julia quedó pensativa, enlazando con vertiginosa rapidez...

«Si no *deseo* estar con Hugo, ni *deseo* seguir siendo la chofer de María, ni *deseo* esperar a Sara, ¿por qué siento que *debo*...?»

«¡Otra pregunta sin contestar!»

«¡Necesito respuestas!»

Media hora más tarde, accedió a la Casa de la Cultura de Cúllar Vega. Con un golpe de vista ubicó la puerta de la biblioteca municipal. Giró la manivela y entró en silencio.

—Buenos días, Julia —saludó tras el mostrador Manolo López Roelas, el bibliotecario.

—Hola —musitó copiando la voz apagada con la que había sido recibida—, ¿tendrías por casualidad algún libro de sueños? Me gustaría echarle un vistazo.

—Libros no, pero si hay unos cuantos archivos en los ordenadores. El del fondo está libre.

—Gracias.

Se desplazó hasta el último procurando no molestar a las personas que allí se encontraban. No estaba muy segura de lo que debía buscar, así que tecleó en el buscador lo más básico: *¿Qué son los sueños?* Al momento emergió una respuesta...

En la actualidad, entre idiomas oficiales, dialectos nacionales y lenguas nativas, existen en nuestro planeta entre 3000 y 5000 lenguajes diferentes, lo cual da una idea de la diversificación del mayor logro del ser humano; «el poder de la palabra», que permitió la rápida propagación del conocimiento y el intercambio de sabiduría por los siglos de los siglos. Así con todo, su mayor logro está a la altura de su propio fracaso respecto de sí mismo. Nos enorgullecemos de la cantidad de conocimientos que acumulamos y de haber dominado la naturaleza, pero inmersos en esta espectacular sabiduría intelectual y abundancia material sin precedentes en la historia de la humanidad, aún ignoramos el único lenguaje universal que es específicamente humano; el lenguaje de los sueños.

Llegados a este punto, es necesario responder una pregunta... ¿Qué puede aportarnos el conocimiento de nuestros sueños, o, dicho de otra manera, en qué nos beneficia conocer el lenguaje onírico en que están escritos? Pues nada más (y nada menos) que el conocimiento profundo de nosotros mismos. ¡Pero claro!, en un mundo tan materialista como el nuestro, donde todo aquello que no reporte un beneficio económico o inmediato es susceptible de ser desechado, no es de extrañar que el hombre contemporáneo le haya dado la espalda al único lenguaje intrínseco que le pertenece, y lo expulsa de su memoria como basura que no sirve más que para incomodar al que lo piensa.

Julia quedó atrancada en recuerdos...

«¡Maldito sueño turbador! —es lo que siempre pienso después de comprobar lo mucho que me incomoda recordar la angustia que me provoca. ¡Por suerte lo expulsó pronto de mi memoria!»

Sufrió una fuerte sacudida al darse cuenta de que era precisamente lo que ella hacía. Tachar de tontería lo soñado y olvidarlo de inmediato. Suspiró profundo y prosiguió leyendo...

La mayoría de las personas desean saber qué significa lo que sueñan, ¡claro está!, siempre y cuando lo que signifique no perturbe su realidad ni implique un cambio demasiado radical en su vida cotidiana. ¿Qué significa esto? Imaginemos un hombre manipulador y de gran altivez, que vive constantemente pretendiendo manejar a voluntad a los que lo rodean en su propio beneficio, y se enorgullece de la astucia que tiene manejando «títeres» a su servicio (como si la astucia fuese una virtud). Este hombre se esconde tras la bandera de la amistad y el querer para condicionar las elecciones de los demás y que tomen las decisiones que más le benefician a él. Si lo consigue, los «títeres» que maneja son sus mejores amigos; si no, se pone muy desagradable y se enfada al punto de hacérselo pagar con creces, inculcándole sentimientos de culpabilidad por haber faltado a la supuesta amistad que se profesan... todo con el objetivo de que aprendan la lección y la próxima vez se tomen las decisiones que más el benefician a él. Imaginemos ahora que este hombre sueña que se cae por un precipicio y que se va a estrellar contra el suelo; sueño por cierto repetido en el tiempo y que le provoca una intensa angustia.

Este sueño refleja claramente las consecuencias de su actitud manipuladora. Como es lógico, este hombre corre el riesgo de que sus «títeres», en algún momento, cuestionen los sentimientos de culpabilidad que inculca cuando no deciden lo que él necesita,

y caigan en la cuenta de que todo se trata de una burda manipulación para salir siempre favorecido; entonces se apartaran de él abandonándolo, dejándolo «solo», lo cual está magníficamente expresado en ese «estrellarse contra el suelo». En realidad, el sueño es la representación simbólica de lo que le está ocurriendo en su vida despierta; una especie de aviso sobre su equivocada actitud y que, de no ser resuelta, «se va a estrellar».

Y aquí llegamos al kit de la cuestión de por qué el hombre moderno hace oídos sordos al único lenguaje que le es propio... ¿Quién está dispuesto a mirarse a sí mismo y afrontar el tremendo esfuerzo de cambiar su forma de obrar? ¿Será capaz este hombre de aceptar que el sueño revela su afán controlador, y de ser así, será capaz de abandonar sus pretensiones narcisistas y dejar de manipular a los demás para conseguir lo que desea? No hay caso, es más fácil tachar de tontería lo soñado y olvidarlo rápidamente que enfrentarse al humillante esfuerzo de admitir que estamos equivocados; que no somos omniscientes; que no somos tan perfectos como creemos.

Julia, con la vista anclada en la pantalla, apenas si parpadeaba. Lo que acababa de leer no sólo le había causado una fuerte impresión, además multitud de pensamientos chocaban como partículas dentro de un acelerador atómico...

«¡El aljibe de la plaza de la Constitución! ¡Yo también sueño que me voy a estrellar contra el suelo! ¿Significa eso que soy una aprovechada y una manipuladora? ¡No! ¡Yo no soy así! — Ciertamente lo que te persigue no es «alguien», sino «algo» de lo que no puedes escapar y que está simbólicamente representado en la lentitud de tus piernas; pesadas como lastres. — ¡No vuelvas a acercarte a mí! — Huyes de la toma de decisiones; te

aterra hacerte responsable de tus elecciones. — ¿Quién está dispuesto a mirarse a sí mismo y afrontar el tremendo esfuerzo de cambiar su forma de obrar? — ¡Maldito sueño turbador! — Es más fácil tachar de tontería lo soñado y olvidarlo rápidamente. — ¿Quién eres tú? — ¡Me llamo Daniel! — ¡Necesito hablar contigo!»

Julia abandonó la biblioteca dispuesta a buscar a Daniel en el único lugar donde, pensó ella, era lógico encontrarlo: la Iglesia del pueblo.

«¿Estará abierta por las mañanas?» —se preguntó acercándose.

El móvil le sonó indicando notificación entrante...

«¡No me lo puedo creer!» —negó mirando a la pantalla.

«¡¿Cómo puede María tener la cara tan dura?! ¡Ayer me deja tirada y hoy me pide vidas para el Candy Crush!»

Siguió acercándose, obviando la petición de María...

La Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción data del siglo XVI y es una construcción de estilo mudéjar. Mezcla de arte islámico y cristiano. Su exterior es austero y presenta un solo campanario. Por suerte, las enormes y pesadas puertas de madera yacían abiertas de par en par. Dentro, varias limpiadoras se afanaban en fregar los suelos desgastados de baldosas grises y blancas.

—¿Puedo sentarme en las banquetas de primera fila? —le preguntó a una de ellas.

—¡Por supuesto! Pero avanza por los laterales que ya estarán secos.

Con paso lento se fue adentrando, siéndole imposible no reparar en los dos retablos barrocos que acogen a los patronos del pueblo: San Miguel y Nuestra Señora del Rosario. Se sentó en segunda fila y continuó observando con más detalle el despliegue de figuras que adornaban el altar mayor. Una leve inquietud creció en su interior causa y motivo de un pensamiento cuestionador...

«¿Qué hago aquí esperanzada en encontrar un... ángel?! ¡Madre mía! ¡Me estoy volviendo loca!» —negó cerrando los ojos.

—¿Qué haces en la Iglesia si no eres creyente?

Julia se sobresaltó a la izquierda: Daniel había aparecido sentado a su lado. Tardó unos segundos en reponerse...

—Necesitaba verte.

—¿Y por qué has pensado que me podías encontrar aquí?

—Eres un ángel, ¿no?!

—Bueno, los ángeles son la denominación moderna del cristianismo, de unos dos mil años de antigüedad, pero los *ángelus* somos de los tiempos babilónicos, de unos cuatro mil años. Para serte sincero me gustan muy poco las Iglesias.

—¿Cómo es eso posible? ¿Se supone que son la casa de Dios!

—Te sorprendes porque relacionas a los ángeles con Dios y a Dios con la Iglesia. Pero ni los ángeles ni mi Jefe tienen nada que ver con la Iglesia. Te confesaré algo. Mi Jefe —dijo extendiendo el dedo índice arriba—, hace diecisiete siglos cambió las leyes para entrar en el cielo. Ahora todas las personas, hombres y mujeres, deben pasar una prueba de acceso.

—¿Incluso obispos, cardenales y el mismísimo Papa? —preguntó Julia, extrañada.

—Los clérigos son los primeros en pasar la prueba —respondió jactancioso—, y también el grupo donde el índice de fracasos es mayor. En los últimos diecisiete siglos sólo dos Papas han conseguido superarla; Pío III y Juan Pablo II.

—No entiendo nada de nada. ¿No se supone que son sus representantes en la tierra?!

—Tú lo has dicho... ¿se supone! Pero en realidad no lo son, por eso mi Jefe cambió las normas para entrar en el cielo. Te cuento. Hace dos mil años, eligió a un hombre en Judea para

predicar su palabra: se llamaba Jesús de Nazaret. El «elegido» predicó una nueva forma de obrar para vivir. Una religión sin jerarquía ni burocracia donde ningún hombre era superior a otro. La idea era que todos los hombres fuesen iguales a ojos de Dios. Pero tres siglos más tarde su plan fracasó. En la tercera centuria, los poderosos gobernantes del imperio romano tomaron las riendas de la cristiandad y se alzaron como sus representantes en la tierra. Esto a mi Jefe no le gustó, puesto que no quería una religión controlada por codiciosos y amantes del poder. Defraudado y avergonzado por los actos que cometían los que decían representarlo, decidió cambiar la manera en que las personas podían acceder al reino de los cielos.

—¿Y en qué consiste la prueba que hace tu Jefe? —preguntó llena de curiosidad.

—Cada vez que alguien exhala su último aliento, su espíritu se separa de su cuerpo y se le asigna una persona a la que ha de ayudar.

—¡Qué fácil! ¡Casi todo el mundo entrará en el cielo!

—¿Fácil?! —replicó un poco molesto—. ¡¿Acaso piensas que sólo basta con tomarte de la mano y cruzar la calle?! ¡Qué ignorante! Son muy pocos los capacitados para superar esta prueba. El desafío consiste en transformar a la persona asignada, ayudándola a superar sus miedos, dotándola de seguridad en sí misma y procurando que sea mejor persona cada día... pero eso sólo es posible en la medida en que uno primordialmente *es*, y no en lo que fingidamente dice o se cree ilusoriamente que *es*.

—Esto último no lo he entendido —reconoció Julia.

—Lo que quiero decir es que, si yo soy avaro y codicioso, ¿cómo voy a conseguir que tú seas humilde y solidaria? Si a lo largo de mi vida, haya durado lo que haya durado, yo no he conseguido reducir mi narcisismo ni aplastar mi egocentrismo,

¿cómo voy a conseguir que tú lo hagas? Si sólo he producido maldad y mis pensamientos han sido discriminatorios, lo más probable es que sólo te pueda enseñar malo y a pensar de forma retorcida. Por el contrario, si me he ocupado lo suficiente de mí, he trabajado conmigo mismo para reducir mi narcisismo y aplastar mi ego, y he superado mi inseguridad transformándola en un creciente aumento de confianza en mí mismo, ahora podré enseñarte a ti a hacerlo de la mejor manera que sé, puesto que me conozco el camino. Si yo he conseguido desarrollar la capacidad de mirar en mi interior para conocerme cada día un poquito más, muy probablemente consiga desarrollar esa capacidad en ti, pero eso sólo es posible si primeramente yo lo he hecho, de lo contrario es imposible. Por eso mi Jefe puso esta prueba, porque solamente es posible superarla en la medida en que uno *es*. Y da igual si durante toda tu vida te has llenado la boca diciendo que eres bueno, humilde, caritativo y compasivo, cuando pasas esta prueba, lo que prima no es lo que dices ni lo que piensas, sino lo que realmente *eres*.

—¡Sí que es listo tu Jefe! —alabó Julia.

—Por algo es el Jefe —apuntilló Daniel, guiñando un ojo.

—Siento curiosidad. Acabas de decir que cuando morimos se nos asigna una persona para pasar la prueba... ¿a quién te han asignado a ti?

Daniel mordió sonrisa...

—¿Tú a quién crees?

Julia, que lo miraba inocente, de súbito se percató...

—¡Un momento! Entonces... ¿tú eres mi ángel de la guarda?

—Si quieres verlo así, ¡vale! ¡Está bien!

Se produjo un corto silencio...

—¿Y ahora qué? —preguntó Julia.

—No sé. Tú me has buscado.

—¿Puedes leerme el pensamiento y no sabes para qué te he buscado?! —cuestionó desconfiada.

—¿Te gustan los melocotones? —preguntó Daniel.

Julia asintió muda, inquieta por la extraña pregunta.

—Imagina que cojo un melocotón —continuó Daniel—, lo lavo, lo pelo, lo corto en rodajas e incluso lo mastico antes de dártelo, ¿qué haces tú? —Julia lo marcó incrédula—. Me has buscado por un problema concreto, el cual llevas negando mucho tiempo, y ya va siendo hora de que acometas el esfuerzo de colocarlo en palabras.

Julia guardó silencio, reflexiva...

—Anoche volví a soñar que me perseguían y no podía escapar —se atrevió a contar—, y desde que me he levantado no he dejado de pensar en lo que dijiste ayer: *huyes de la toma de decisiones, te aterra hacerte responsable de tus elecciones*. Creo que tienes razón. No hago lo que *deseo*, sino lo que creo que *debo* hacer. La verdad, me siento perdida y sin rumbo. No sé hacia dónde tirar —reconoció angustiada.

—Julia, como te dije ayer, el sueño refleja claramente el miedo que sientes frente a ciertas situaciones, las cuales pospones una y otra vez en un intento de huir de ellas, pero no puedes escapar porque ese miedo anida en tu interior y te acompaña donde vas.

—Tengo mis dudas —comentó reacia—. ¿Realmente crees que me afecta el miedo «ese»?

—Para serte franco... sí... te afecta... y mucho. No tienes más que darte cuenta de cómo hablas. Dices: *el miedo «ese»*; como si «ese» miedo no fuese tuyo, como si estuviese fuera de ti. No lo reconoces como algo propio, sino como algo ajeno a ti. Además, utilizando el pronombre demostrativo «ese», no sólo has sacado el miedo de ti, también lo has despreciado por considerarlo una

amenaza. Sinceramente pienso que, posponiendo, huyendo, nunca lo vas a superar.

—¿Y cómo supero ese miedo?

—Aprendiendo a quererte siendo *egoísta*.

Julia lo marcó chocada...

«¡Se ha vuelto completamente loco!».

—No me he vuelto loco.

Julia se sorprendió repentina...

—Lo siento, no me acostumbro a que puedas leerme el pensamiento —dijo avergonzada—. Es que pienso que ser *egoísta* es ser mala persona.

—Tristemente estás en razón. El concepto de *egoísmo* tiene la connotación negativa que todos conocemos, sinónimo de quererlo todo para sí y no pensar en nadie más que en sí. Ciertamente visto desde este ángulo tiene muy mala prensa. Pero también tiene una connotación positiva a la que casi nadie le presta atención. Etimológicamente *egoísmo* significa *amor a mí mismo*, es decir, ser *egoísta* es desear lo mejor para mí, es quererme y respetarme, y eso nunca puede ser algo malo.

—Nunca lo había mirado así. Yo siempre asocié *egoísmo* con avaricia y codicia; causador insolidario del endurecimiento del corazón.

—Suele pasar —reconoció Daniel, resignado—. Durante siglos la Iglesia ha vendido la connotación negativa de la idea, es decir, ser *egoísta* es un pecado capital y la virtud cardinal reside en un extremo altruismo. A la Iglesia le convino que la gente fuese altruista para que le donase el propio dinero, y en virtud de esa codicia secular heredada de los romanos, inculcaron al hombre terribles sentimientos de culpabilidad si es *egoísta*, si se elige a *sí mismo* por encima de los demás. Y esta

enseñanza está destrozando las raíces del hombre en nombre de Dios.

Daniel hizo una pausa...

—Si Dios es amor, y la Iglesia lo representa, ¿por qué no vendieron la connotación positiva fomentando el *sano egoísmo*? Jesús de Nazaret predicaba: *ama a tu prójimo como a ti mismo*. Es decir, quiere a los demás tanto como te quieres a ti mismo, no más ni menos, sino igual, porque, ¿acaso tú no eres una persona como las demás, que sufre, siente y padece como todos? Ahora bien, tanto el que sólo se quiere a sí mismo y no quiere a los demás, como el que sólo quiere a los demás y no se quiere a sí mismo, es incapaz de querer de verdad.

—¡Siendo *sanamente egoísta*! —deslizó Julia.

—¡Lo vas pillando! —se congratuló Daniel—. Piénsalo bien... ¿cómo podría yo querer a alguien si no me quiero a mí mismo? ¿Cómo podría yo respetar a los demás si no me respeto a mí mismo? ¿Cómo podría quererme y respetarme si no fuese *egoísta*, si no quisiese lo mejor para mí? Creo firmemente que solamente una persona *egoísta* puede querer de verdad, porque, seguramente, por ejemplo, lo mejor para mí sea querer y respetar a los que me acompañan, y como eso es lo mejor para mí, como soy *egoísta*, entonces los quiero y los respeto *egoístamente*. ¡Qué *egoísta* soy! ¿Verdad?

Julia desplomó su mirada al suelo, pensativa...

«Desde luego, el color con el que pinta el *sano egoísmo* es agradable de mirar. Me gusta eso de quererme y respetarme lo suficiente como para no hacer lo que *debo*, sino lo que *deseo*.»

—Hay otra cosa que me tiene preocupada —recordó Julia—. Hace un par de horas he estado en la biblioteca hurgando en los archivos sobre sueños. Allí he leído que los aprovechados suelen soñar que se estrellan contra el suelo, y que ese

«estrellarse contra el suelo» es una especie de advertencia acerca de las consecuencias de su actitud. El caso es que de vez en cuando sueño que me caigo en un oscuro abismo y me estrello contra el suelo. Lo paso fatal y me lleno de angustia. Lo que me preocupa es que yo no me tengo por una aprovechada. ¡Es de mí de la que se aprovechan!

—El mismo sueño en dos personas distintas expresa dos mensajes diferentes. Por así decirlo, cada uno se estrella contra el suelo a su manera. ¿Recuerdas de qué huyes en el sueño de las piernas pesadas como lastres?

—Sí. Huyo de la toma de decisiones, me da miedo hacerme responsable de mis elecciones. Yo diría que incluso huyo de mí misma.

—Se podrá decir que, huyendo de ti misma, te estás abandonando a ti misma. ¿Crees que es posible?

Julia afirmó con mirada aguaitada, pues intuía lo que venía...

—Mientras sigas huyendo de ti misma vas a seguir estrellándote contra el suelo. Todos los sueños de caída libre implican que algo de suma importancia no se está haciendo bien. En tu caso, sólo haciéndote cargo de ti misma ese sueño desaparecerá y dejará de atormentarte.

—Voy a intentar transitar el camino del *sano egoísmo* —dijo levantando la mirada.

—Me parece bien —alegó Daniel—. ¿Alguna vez te han dicho que eres maravillosa?

Julia lo marcó de sopetón, entre avergonzada y perpleja.

«¿Por qué me dice eso?»

Negó sin evitar trazar una leve sonrisa.

—Pues que sepas que eres maravillosa —le dijo guiñándole un ojo, justo antes de desaparecer asemejando milagro divino.

Siete días después...

«¡Como cambia el cuento de una semana a otra!» —pensó Julia nada más levantarse, comparando la despreocupación de la semana anterior, en turno de tarde, con la permanente amenaza de que Sara se quedase dormida en turno de mañana—. «¡Decididamente prefiero los turnos de tarde!» —pensó observando el reloj: 5:53 de la mañana.

Media hora más tarde ya estaba estacionada en la plaza del Pilar, esperando impaciente a Sara y observando el reloj de forma compulsiva... y 30... y 32... y 35...

«¡Joder! ¡Si quedamos a las “y media” es a las “y media”!»

Se bajó del coche visiblemente enfadada.

«¡Esta vez no me quedo quieta!»

A paso ligero recorrió los escasos cincuenta metros que la separaban de su casa. Decidida, se detuvo en el umbral y tocó el timbre justamente cuando Sara abría la puerta...

—¿Estás tonta o qué?! ¿Para qué tocas el timbre?! ¡Mi madre está acostada!

Julia tardó unos segundos en reaccionar...

—¡Hemos quedado a las “y media”! —le dijo golpeando levemente el reloj de Hello Kitty.

—¡Ya lo sé estúpida! ¡El despertador no me ha tocado! ¡Por unos minutos no pasa nada! ¡No vuelvas a tocar el timbre por las mañanas! —espetó marchando al coche con mala cara.

Julia quedó en cuadro, observando su nuca alejarse y casi sin poderse creer lo que acababa de escuchar. Eran casi las y 40 y encima la culpa era... ¡suya!

«¡Tenía que haberme ido sin ella! ¡Otra vez a correr con el coche!»

—¿Qué horas son éstas de llegar? —preguntó la encargada, apostada en la entrada de personal del supermercado.

Julia agachó cabeza llevándosela los demonios por dentro. Con el pensamiento reojó a Sara, callada como las putas.

«¡Maldita sea!»

—¡¿Ninguna de las dos decís nada?! —importunó la encargada, observando con desdén sus miradas desplomadas—. ¡Para vosotras unos pocos minutos no son nada, pero para mí son motivo de sanción! ¡Hoy os habéis ganado una falta leve! ¡A vosotras os enderezo yo! —apuntilló marchándose.

Horas después, a media mañana, Julia reponía mercancía en la sección de aguas y refrescos. Apenas si había pronunciado palabra en toda la mañana. Su pensamiento envenenado no sólo le impedía hablar, además le provocaba trabajar con cabreada celeridad.

«¡Tengo que ser egoísta! ¡Primero yo y mi puesto de trabajo! ¡La próxima vez me marchó sin ella! ¡Si hago eso me voy a sentir culpable allende ser mala amiga! ¿Por qué habría de sentirme culpable? ¿Por qué no puedo elegirme a mí misma?

—¡Julia! —escuchó por detrás. Todo el enfado que contenía dentro de sí se transformó en nerviosismo: era la voz de la encargada. Se giró de inmediato—. Creo recordar que la del coche eras tú, ¿es así?

Asintió levemente, amedrentada.

—En dos semanas habéis llegado dos veces tarde, ¿por qué?
«¡Esta es mi oportunidad!»

—Sara se ha quedado dormida.

—Entonces una de dos —caviló la encargada—, o sois muy buenas amigas y la cubres guardando silencio, cosa que no entiendo porque si se queda dormida y deja que te ponga una falta leve a ti... muy buena amiga no es. O me estás mintiendo para salvar el culo. Sea cual sea la verdad, te digo que eres muy buena trabajadora y no me gustaría perderte. Ponte las pilas con la hora de llegada. ¿De acuerdo?

—No volverá a ocurrir —musitó entre acongojada y aliviada.

—Eso espero —le dijo colocándole una mano en el hombro—. Sigue trabajando que lo haces muy bien —realizó el amago de marcharse, pero se dio la vuelta—. Otra cosa. Trabajas de cara al público, así que esfuérzate por alegrar esa cara.

Julia forzó una sonrisa...

«*Una de dos, o la cubres o me mientes.* Por lo menos le gusta como trabajo. Cuando se me pase el mosqueo hablaré seriamente con Sara. Espero que mañana no se retrase... seguro que no... los días ulteriores a quedarse dormida es puntual. Sí. Mañana hablaré con ella. Que pocas ganas tengo de sonreír. ¡Qué trabajo me va a costar fingir alegría todo el día!»

—¡Julia! —escuchó por detrás. El tono de voz estaba tintado de enfado. Se giró y vio a Sara acercarse con paso enervado—. ¿Tú le has dicho a la encargada que me quedo dormida? —le preguntó con timbre fiscal.

A Julia se le vino el mundo encima...

«¡La encargada ha ido a hablar con ella!»

—¡No! —se escurrió al paso—. ¡Le he dicho que algunos días hay más tráfico!

—¿Entonces por qué me ha dicho que no le gustan las dormilonas?! —cuestionó acusadoramente.

—¡A mí también me lo ha dicho y no voy en tu busca! ¡Además, el que se pica es porque ajos come!

Sara le clavó una mirada afilada, mordiendo palabras. Se giró violentada y se marchó por el pasillo. Mientras se alejaba, Julia se sintió invadida por una extraña sensación, una especie de in... introyección... implosión... bueno... ella no sabía definirlo, se asemejaba mucho a algo que colapsa sobre sí mismo invadiendo cada célula de su cuerpo. De rebato tuvo ganas de llorar...

—¡Julia! —escuchó por detrás. ¡Otra vez no! Se giró sobresaltada—. ¡Vamos a desayunar! —le dijo una compañera.

—Marchad sin mí, he de hacer cosas —mintió a sabiendas, pensando lo mucho que le hacía falta estar sola y desahogarse.

Fuera, sentada en uno de los bancos de la pequeña plazoleta adjunta al supermercado, con la cabeza gacha y el rostro compungido, observaba como las baldosas poco a poco se deformaban causa y motivo de sus ojos empañados. Lo que acababa de suceder la había colocado en un estado de suma impresión negativa. Impactada estaba por la imagen de sí misma mintiendo atemorizada y a la desesperada: *¿Tú le has dicho a la encargada que me quedo dormida? — ¡No! ¡Le he dicho que algunos días hay más tráfico!* La angustia crecía proporcional al sentimiento de derrota moral que le provocaba hacerse consciente de su angosta realidad...

«¡Ésta soy yo en mi forma más torpe, frágil, endeble y asustada!»

Rompió a plañir en llanto ahogado. Era la primera vez que «veía con la mente su interior» y detestaba esa imagen de sí misma. No podía dejar de mirarse como si de una fotografía se

tratase, y cuanto más se observaba, más recuerdos de situaciones similares accedían a su consciencia y más profundo y doloroso era el llanto que derramaba.

«¡No puede ser! ¡Siempre he sido así! ¡Insegura y llena de miedos! ¡Dios mío! ¡Ahora lo veo con claridad! ¡No quiero ser así!»

Sus ojos borbotaban lágrimas como presas abiertas. Pues eso es lo que pasa cuando uno comienza a mirar en su interior. Al igual que cuando dos partículas subatómicas chocan entre sí liberando ingentes cantidades de energía, el choque de hacer consciente lo inconsciente libera la tensión reprimida provocando un llanto ahogado que actúa a modo de vaciamiento, una especie de desahogo paradójico que asemeja un sufrimiento extremo, pero que, en realidad, conforme la presión disminuye aliviada por el llanto, se torna renovador. Vencida la represión y liberada la tensión interior, uno ya nunca más vuelve a ser el mismo, por lo menos en ese aspecto de sí mismo.

«*Trabajas de cara al público... esfuérzate en alegrar esa cara*», recordó secándose las lágrimas. «Y encima me está empezando a doler la cabeza. ¡Madre mía el día que me espera hoy!»

Julia se encontraba en medio de una especie de parque o plaza, aunque por culpa de estar todo como difuminado no estaba totalmente segura si uno u otra, pero intuía que así era por la multitud de gente paseando y niños jugando. De pie en el centro del lugar, se percató que todos los presentes la miraban fijamente con semblante despectivo. Se sintió incómodamente observada, y por alguna extraña razón, pensó que la juzgaban por las ropas que vestía.

«¿Por qué censuran mis vestimentas siendo iguales a las del resto?»

Dominada por un extraño impulso, comenzó a desnudarse, y al momento ya nadie reparaba en ella. Se sintió aliviada al saberse invisible a ojos ajenos, pero no pudo evitar sentir vergüenza de su desnudez a pesar de que ahora nadie reparaba en ella. De repente todo se tornó oscuridad, y un instante después un hilo de luz penetró en sus retinas conforme abría los parpados a un nuevo día...

«¡Qué sueño más estúpido! ¿Qué simbolismo tiene que me desnude ante una multitud? ¿Acaso en el fondo soy una exhibicionista? ¡Me hace falta ver a Daniel!» —pensó levantándose.

Como el día anterior intuyó, a las y media, Sara la esperaba en la plaza del Pilar.

—Buenos días —saludó seca.

—Hola Sara —pronunció sin saber muy bien cómo empezar una conversación de la que tampoco podría predecir el resultado. Sin prisa, pero sin pausa, salieron de Cúllar dirección la Chana—. Sara, me gustaría hablar de lo que pasó ayer...

Ésta le lanzó una mirada sorpresiva, como si no se lo esperase, y volvió a mirar al frente sin pronunciar palabra.

Que no le respondiera levantaba a todas luces una barrera entre las dos. Quedaba bastante claro que no deseaba esa conversación. Julia quedó frenada en su intención...

—¡Qué no te detenga el obstáculo invisible que Sara levanta con su actitud!

«¿Quién habla...!?» —pensó Julia, sobresaltada, girando su cabeza atrás con ojos como platos. Daniel yacía sentado en la parte trasera del coche.

Nerviosa, posó de nuevo la vista al frente.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sara, extrañada y desconfiada por ese voluto repentino. Julia tragó saliva.

—No te preocupes —tranquilizó Daniel—. No puede ni oírme ni verme. Adelante, habla con ella. Dile cómo te sientes realmente.

El rostro de Julia yacía palidecido.

—¿Estás bien? —insistió Sara, chocada por su actitud.

«¡Ahora o nunca!»

—Cada vez que te quedas dormida me colocas entre la espada y la pared —arrancó a decir con voz temblona.

Sara agachó cabeza, arrugó el entrecejo y apretó el mentón.

—Sigue hablando. No te detengas —azuzó Daniel—. No ves que guarda silencio porque no le conviene y no te va a contestar.

Julia le lanzó un reojo por el retrovisor. Aspiró profundo y...

—Sara, yo no quiero marcharme a trabajar sin ti, no quiero dejarte tirada. ¡Pero tía, el día de *Sonifran* me dijiste que no me

preocupara, y sí estoy preocupada! Por las mañanas siempre ando intranquila pensando si estarás o te habrás quedado dormida, si nos dará tiempo a llegar o la encargada nos reprenderá. ¡A mí esto no me gusta! Y me sabe fatal, pero tienes que entender que no puedo poner en riesgo mi puesto de trabajo.

El rictus de Sara no se modificó un ápice, como si con ella no fuese la cosa. Julia se sintió aliviada por descargar *lo que tenía dentro*, pero el mohín inexpresivo de Sara acompañado de silencio suscitaba un desdeñoso *por un oído me entra y por otro me sale*.

«¡No dice nada!» —pensó.

—¡Qué va a decir! —rechinó Daniel desde atrás—. Es su manera de negar la realidad, o por lo menos su realidad. Pero no te preocupes. Dicho queda. Esta tarde date un paseo y hablamos.

Julia asintió reojando el retrovisor, pero Daniel ya no estaba.

Ya por la tarde, Julia paseaba dirección Gabia por el camino de Híjar. Lentamente discurría por la amplia acera vallada que une la pedanía con el pueblo. A su lado, Daniel la escuchó relatar el sueño de la desnudez...

—¿Qué simbolismo tiene que me desnude ante una multitud? ¿Acaso soy una exhibicionista? —le preguntó algo pudorosa.

—No tiene nada que ver —sonrió Daniel—. En el sueño, el cuerpo desnudo simboliza el verdadero YO. Los ropajes, por el contrario, simbolizan quien la sociedad te impone ser. Pero entenderlo requiere de un rodeo necesario. El otro día te dije: decidir implica elegir entre el sí y el NO; entre seguir con Hugo o dejarlo; entre marcharte a trabajar sin Sara o esperarla; entre no quedar más con María o seguir aceptando resignada sus desplantes. Respondeme a unas preguntas. ¿Qué pasaría si te marchases a trabajar sin Sara cada vez que se queda dormida?

—Seguramente me acusaría de traidora y mala amiga, además de despedirla del trabajo.

—¿Y si decides no llevar más a María a ningún lado?

—Pasaría de mí como hizo con Juan.

—¿Y si rompes de una vez con Hugo?

—¡Pues entonces ya me quedaría sola del todo! —se alteró sintiendo un leve arancel sólo de pensarlo.

—¡¿Te das cuenta...?! De una u otra forma, por miedo a quedarte sola, vives determinada por un sí complaciente, servicial y débil: sí espero a Sara; sí llevo a María; sí permanezco al lado de Hugo... y que, en el sueño, simbólicamente, representa el traje con el que te vistes. Los ropajes tras los que ocultas tu verdadero YO. Porque en realidad no quieres. Se hace evidente que estás harta de ser el perchero de

trajes ajenos, por eso en el sueño te desnudas, que simboliza el deseo de ser tú misma despojándote del «debes ser». Y sientes alivio por dejar de fingir ser quien no eres, pero entras en contradicción con la vergüenza de tu desnudez, lo cual refleja claramente el miedo que sientes a que los demás te condenen si te atreves a ser TÚ misma.

—¿Qué has querido decir con eso de que siento miedo a que me condenen si me atrevo a ser yo misma? No lo he entendido muy bien.

—Vamos a tomar el ejemplo de María. Sabes de sobra que, si te niegas a ser su chofer particular, te dará de lado como hizo con Juan, es decir, te «abandonará» y, ¿acaso su «abandono» no representa la condena por ser tú misma? ¡Y lo mismo pasa con Sara! Si te marchas a trabajar sin ella seguramente la echarán, y te acusará de traidora y, ¿acaso no representa una condena ser tachada de mala amiga?

»En realidad lo que te está haciendo sufrir es el choque de contradicciones. Deseas ser tú misma y a la vez tienes miedo a ser tú misma. Vives diciendo sí cuando en realidad no quieres. No te guías por lo que te hace falta a ti, sino por lo que les hace falta a los demás, y cualquier decisión la tomas en función de lo que otros necesitan de ti, nunca por ti misma. Estás alegre pero no eres feliz, sonríes, pero tienes ganas de llorar, y sólo sientes satisfacción cuando los demás están contentos contigo. Estás descentrada. Tu YO se ha disuelto y tu centro está fuera de ti. Llevas años vistiéndote con el traje del ojo ajeno, motivo por el cual no te sabes por ti misma, sino por lo que los demás opinan sobre ti. Y ante la pregunta ¿QUIÉN SOY YO?, sientes una profunda tristeza porque no tienes respuesta. ¿En qué te beneficia no ser tú, para ser «vete tú a saber quién», en función de la persona que te acompaña?

Julia compungió el rostro perdiendo la vista en el horizonte. Las lágrimas no eran lo único que deformaba su percepción. En tan sólo un momento habían desnudado por completo su alma.

—¡Yo no quiero ser así! —musitó con voz partida.

—¿Y cómo quieres ser?

—¡No lo sé! ¡No conozco otra forma de ser! ¡Pero ahora sé que no quiero ser así! —aseveró recordando la imagen de sí misma en el supermercado, asustada, mintiéndole a Sara.

—Me parece un punto de partida fabuloso.

—¿No saber lo que quiero te parece fabuloso?! A mí me parece que estoy más perdida que nunca.

—¡Genial!

—¡Por favor, Daniel! —se quejó señalándose las lágrimas—. ¡No te rías de mí que lo estoy pasando mal!

—No me río de ti. Te lo digo en serio. Esto es fabuloso y genial. Fabuloso porque acabas de vislumbrar una escapatoria, un camino que muy pocos han recorrido porque todo el mundo piensa que no tiene salida. Y genial porque cuando una persona se siente realmente perdida, más predispuesta está a ser encontrada. Tú ahora estás en ese punto, así que vamos allá. Aseguras que no sabes cómo quieres ser, pero sabes cómo no quieres ser. Esto lo podemos comprimir de la siguiente manera:

No sé lo que quiero; sé, lo que no quiero.

»Todo el mundo cree saber lo que quiere, se centra en ello y lo persigue de forma compulsiva, pero ¿quién sabe lo que no quiere, reflexiona acerca de ello y procura apartarlo de su vida? Sé que suena paradójico, pero desechando de tu vida lo que no quieres, poco a poco lo vas apartando, y sin saber cómo, te vas acercando cada vez más a lo que quieres, aunque no sepas con certeza lo que realmente deseas.

—A ver si lo he entendido desde el principio —caviló Julia—. Primero me has hecho «ver» que vivo determinada por un sí complaciente, servicial y débil para no quedarme sola, y ahora me muestras un camino que dices que casi nadie ha recorrido y que se

fundamenta en el NO, es decir, rompo con Hugo porque no quiero ser infeliz; me voy sin Sara porque no la quiero esperar; pasó de María porque no quiero ser su chofer... ¡¿Pero tú eres tonto o qué te pasa?! ¡Si tengo el sí facilón es porque no quiero quedarme sola!

—¡Claro! ¡Y para no quedarte sola sacrificas tu verdadero YO y renuncias a tu felicidad! ¡Te engañas a ti misma! ¡No quieres ser «así» pero tampoco acometer el esfuerzo de ser «otra mujer»! La historia del 95% de las personas de este planeta. ¡Me quejo por lo que tengo, pero soy incapaz de cambiarlo porque tengo miedo de tomar decisiones diferentes! La gente no se da cuenta que aferrarse a la esperanza de que todo cambiará sin pasar por el riesgo de tomar decisiones es resignarse a que todo siga igual. ¡Pues que sepas que yo estoy aquí únicamente para guiarte, el esfuerzo de transitar el camino depende exclusivamente de ti!

Julia advirtió en su voz un deje de enfado. Su comentario, aun siendo verdad, resultaba francamente ácido.

—Me conformo con que seas sincero —musitó.

—Lo siento, pero si me ando con rodeos o con segundas nunca penetraré hasta el meollo. Sé por experiencia que las vueltas no traen más que problemas de vuelta.

Se produjo un corto silencio...

—Tengo miedo de transitar el camino del no —reconoció Julia.

—¿Por qué?

—Tengo miedo de quedarme sola.

—Sigue huyendo de tus miedos, no voy a ser yo quien te ponga plazos, pero algún día habrás de enfrentarlos.

—Insinúas que para superarlos he de aprender a decir NO.

—Insinúo que es tu obligación recuperarte a ti misma, dejar de ser una marioneta en manos de otros y hacerte respetar eligiéndote a ti por encima de los demás. Y eso implica empezar a decir no quiero, no estoy de acuerdo o no me da la gana.

«¡El camino del sano egoísmo!» —recordó Julia.

—Sí. El camino del sano egoísmo —deslizó Daniel, perspicaz, habiéndole leído el pensamiento—. Respóndeme. Si María te llama para que la lleves o la traigas, ¿qué le respondes siendo egoísta?

—Siendo egoísta... ¡NO!

—¡¿Lo pillas?! —insinuó volteando las manos.

Julia negó en silencio.

—¡¿No ves la relación?! —

—¡Pues no! —se sinceró.

—El camino del sano egoísmo es el mismo camino del NO, sólo que observado desde ángulos diferentes. La finalidad de ambos es ganar en seguridad personal y aumentar la confianza en ti misma, aunque al principio aparente ser terrible y espantoso precisamente por colocarte cara a cara con tu temor: la soledad.

—Creo que ahora entiendo por qué antes has dicho que muy pocos transitan este camino. Sienten el mismo miedo que siento yo ante la posibilidad de quedarme completamente sola. Si te soy sincera, ahora mismo no soy capaz de prometerte que lo vaya a transitar, ni siquiera sé si voy a dar un paso en esa dirección.

Daniel se echó a reír y Julia lo miró con desdén...

—Abre tu mente y date cuenta de que ya has empezado a transitarlo. ¿Por qué piensas que anoche soñaste que te desnudabas para dejar libre tu YO esencial? —su mirada incrédula y llena de sorpresa evidenciaba que no tenía respuesta para eso—. Todos los sueños son en última instancia una satisfacción de deseos —continuó Daniel—, y ayer, después que la encargada hablara contigo y mintieras a Sara cuando te abordó acusadoramente, tuviste una revelación, como dirían los gnósticos, o un despertar, como afirmarían los budistas, o por un momento se desplomaron tus resistencias y pudiste acceder a una

parte de ti otrora reprimida, como diría un psicoanalista. Me hablas del miedo a transitar ese camino... ¿acaso no estabas aterrada ayer cuando llorabas sólo de verte en tu angosta realidad? ¡Y sí!, es aterrador y sumamente turbador, pero también revitalizador puesto que liberas energía reprimida. Ya has probado el efecto vivificante del llanto ahogado y quieres más, aunque no lo percibas de forma consciente. Por eso desnudándote en el sueño has intentado satisfacer esa demanda de libertad que tu YO esencial reclama a gritos. Ya no hay marcha atrás. Sólo queda camino adelante. La cuestión es, ¿te vas a quedar estancada o vas a tirar “pa’ lante” como la mujer maravillosa que eres?

Semana y media después, el sábado 20 de abril...

—¡Aquí está lo que habéis pedido! —dijo Alonso, uno de los camareros de *La Huerta*, soltando las bebidas sobre la mesa—. ¿Dónde están Hugo y Tomás? —preguntó extrañado por no verlos.

—Están con la peña *Los Malayerva* —respondió Irene, con un leve retintín. Julia reparó en que andaba como en otra parte.

—¿Por qué se han reunido hoy? —interrogó Alonso, aún más extrañado.

—Según me ha contado Hugo —informó Julia—, Marcos los ha juntado para ponerles las pilas a la hora de animar en el estadio. El partido anterior lo perdieron 5-0 contra el Atlético Madrid.

—Perder contra el Atlético en su casa entra dentro de lo normal. El Cholo está haciendo un buen trabajo —alegó Alonso—. Pero es cierto que el Granada necesita encadenar varias victorias seguidas si quiere salvarse.

—Por eso Marcos les va a poner las pilas —insistió Julia.

Alonso se dio la vuelta y prosiguió con su tarea.

—¿Qué te ocurre? —curioseó posando sus ojos en el rostro de Irene.

—He discutido con Tomás. ¡Me tiene harta! ¡Como la cosa siga así te juro que lo dejo! Sabe de sobra que los sábados por la noche me gusta salir un rato. ¡Es más! ¡Habíamos acordado ir a Pedro Antonio de Alarcón! ¡Pero lo llaman de la peña y sale corriendo! ¡Siempre me hace lo mismo! ¡Parece que está deseando salir pitando y a mí que me zurzan! ¡No me tiene en

cuenta! ¡Lo que no se esperaba es que la jugada se la iba a cobrar de inmediato!

—¿Cómo se la has cobrado? —escarbó Julia.

—¡Dándole donde más le duele! ¡Lo he amenazado con hablar con Inma, su antigua novia! Le he dicho que quiero saber qué es lo que me oculta. ¡No te imaginas cómo se ha puesto! —le dijo inclinándose a ella.

—¿Entonces vas a hablar con Inma?!

—¡Qué va! ¡Sólo ha sido para amedrentarlo!

—¡Pues no lo entiendo!

—¡Chica, es fácil! ¡Si hablo con Inma ya no tengo con qué atacarle!

—¿Y qué has conseguido? Porque a la peña se ha ido.

—Sí, pero se supone que mañana teníamos que ir a comer con sus primos, que me caen fatal, y no vamos a ir. ¡Todavía tengo que decidir dónde quiero pasar el día de mañana! —se retrepó victoriosa.

«Estoy en la misma situación que Irene —pensó Julia—. Hugo también sale zumbando con cualquier pretexto, pero a diferencia de ella, yo no me planteo cobrarle ninguna jugada. Rara vez me revelo en contra. ¿Significa esto que he aceptado las condiciones de la relación, o será que derrotada me resigno a que todo siga igual?»

—¿Cómo te va el trabajo? —preguntó Irene.

—Empecé con muchas ganas, pero entre que Sara se queda dormida cada dos por tres, que la encargada ya nos ha puesto una falta leve por llegar tarde, y que me veo obligada permanentemente a forzar una sonrisa cara al público... no sé... fingir que estoy feliz cuando estoy triste está menoscabando mi ánimo. Paso el resto del día de mal humor y para colmo me han empezado a dar migrañas.

Julia recibió un WhatsApp de María...

—¿Dónde andas? ¿Cómo te ha ido la semana de trabajo?

—¿Qué dónde ando? Pues esperándote en la puerta de la Iglesia, ¿recuerdas? Todo un detalle por tu parte avisarme para que no te esperase en vano. ¡Ah! Y gracias por contestarme al WhatsApp que te envié. Otro detallazo de los tuyos...

¡Cuánto le hubiese gustado regalarle esa contestación, pero no, por desgracia el mensaje estaba dentro de sus propios pensamientos, allí donde sí somos capaces de ser como precisamente nos da miedo ser!

Julia abisagró los labios al interior...

«Es inútil fantasear en convertirme en una experta en devolver golpes. Yo no soy así. ¡Eso sí! ¡Qué cara tiene! ¡Me escribe como si no hubiese pasado nada!»

—La semana me ha ido bien. Gracias —respondió seca.

—Mañana hay mercadillo en Belicena —escribió María—. ¿Qué te parece si vamos a echar un vistazo a la ropa y después nos tomamos unas cervezas?

«No hagas lo que debas, haz lo que desees: sé egoísta. Di no cuando realmente no quieras.»

Julia quedó muy parada...

«¿Por qué me hablo a mí misma como si fuese otra a la que le doy un consejo? ¡Qué sensación más rara!»

—Lo siento, pero no puedo. Mañana he quedado con mi tía Elodia para ayudarla a hacer pestiños y roscos —contestó.

Última vez hoy a las 22:48.

«Ni me ha contestado. ¡Mejor! Daniel tiene razón; si me niego cuando realmente no quiero, soy egoísta, y eso es bueno para mí... ¡Qué concepto más bonito!»

—¿Quién es? —se interesó Irene, intrigada por la sonrisa mordida de Julia.

—Era María. ¿Qué te parece si mañana nos vamos los cuatro a la playa aprovechando el buen tiempo? —propuso cambiando de tema. Perderse de Cúllar todo el día evitaría encontrarse accidentalmente con María.

—¿A la playa?! ¡Con estos pelos en las piernas! ¡Qué va! Esta semana iré a depilarme con Regina, pero mientras tanto a la playa no voy.

—¡Pues pasamos el día en la Alpujarra!

—¡Eso sí! ¡Estupendo! —aceptó Irene—. Ya tengo el plan de mañana para no acudir a la comida con los primos de Tomás. Por cierto, ¿te ha pagado María los quince euros de la sudadera?

—Sí... No... Bueno, es que la noche en *Jarana* me pagó dos cubatas y ahora me da cosa pedirselos.

—Yo que tú se los pedía.

—¿Cómo le voy a pedir cinco euros?! ¡Va a pensar que soy muy rúcana!

—¡No es por cinco míseros euros! ¡El dinero es lo de menos! ¡Es por el engaño, la estafa, el timo! ¡Son muchas veces ya! ¡Tú le pagas quince de sudadera; ella te paga diez en cubatas... y cinco al bote! ¿Quién es la rúcana aquí?

Julia guardó silencio, enervada...

«Irene está en razón. ¡Es una aprovechada! ¡En cuanto pueda le pido los cinco euros, y que conste que no es por cinco míseros euros, sino por el engaño y la estafa!»

—¿A qué hora quedamos mañana? —preguntó Irene.

—Pronto para aprovechar el día —respondió pensando en evitar a María.

Julia se encontraba a orillas de un caudaloso río de estampa antigua, blanco y negro con gamas de grises pintaban el lugar. De inmediato posó su mirada sobre la otra ribera. Allí estaba, alzándose estupendamente diseñada, la ciudad de la alegría. Sintió un fuerte deseo de transponer al otro lado. Oteó ambos lados sin puente a la vista, pues esperanzada estaba en abandonar ese lugar lúgubre y sombrío para disfrutar de la luz y la alegría. Observó detenidamente las turbulentas aguas, y no se lo pensó...

Al principio nadó con fuerza. Decidida estaba a llegar al otro lado.

«¡Ánimo, tú puedes!»

Siguió nadando hasta sentir señales de cansancio.

«¡Ya debo estar cerca!»

Alzó la mirada y un repenque la amedrentó.

«¡No puede ser! ¡Casi no he avanzado!»

Intentó regresar so pena de ahogo por extenuación, cuando de repente, una poderosa turbulencia la arrastro al fondo. En segundos sucumbió a la angustia de la asfixia... «¡Es el fin!»

Rodeada por el líquido elemento, se movía convulsa intentando emerger, pero cuanto más lo intentaba, más se hundía. Sus pies tocaron el lecho fangoso...

«¡Ahora o nunca!»

Se impulsó con las fuerzas propias del que desea vivir a toda costa hasta emerger, y una potente aspiración inundó sus pulmones nada más despertar sofocada... realmente le faltaba el aire.

Incorporada sobre la cama, jadeaba sin parar dando las gracias de estar viva. Prendió la luz y observó el reloj: 5:58.

«¡Vaya tela! ¡Pero si hoy es domingo! ¡¿Ahora qué hago despierta hasta marchar a la Alpujarra?!»

En el cuarto de baño se lavó la cara. Acto seguido se calentó un café solo y se sentó en el sofá. Con el mando a distancia prendió la televisión y una entrevista con público en un auditorio apareció en la pantalla...

—El lenguaje de los sueños —parló el entrevistado, y a Julia se le abrieron los ojos como platos. Se inclinó adelante en la mesa, síntoma de prestar total atención—, ha sido, es y será hablado por ricos y pobres, reyes y súbditos, faraones y esclavos, emperadores y condenados a muerte de cualquier parte del planeta y de cualquier época prehistórica, histórica o contemporánea. Es curioso comprobar cómo en la actualidad, con la ingente cantidad de conocimientos que albergamos, no somos incapaces de superar a nuestros ancestros. Los antiguos profetas bíblicos eran auténticos maestros en el arte de la «traducción» de los sueños. El más famoso y conocido de ellos, expresado en el Antiguo Testamento, es el sueño del faraón:

»Faraón soñó; y he aquí que estaba junto al río. Y he aquí que salieron del río siete vacas gordas; y he aquí que aparecieron tras ellas siete vacas flacas. Y las vacas flacas se comieron a las vacas gordas. Y Faraón despertó y durmió otra vez. Y soñó; y he aquí que siete espigas de trigo rebosantes de salud subieron sobre una misma caña. Y he aquí que siete espigas delgadas y marchitas por el sol subían detrás. Y las siete espigas marchitas por el sol devoraron a las siete espigas rebosantes de salud.

»El faraón hizo llamar a todos los magos y a todos los sabios de Egipto, y les contó su sueño, más ninguno supo interpretarlo.

Entonces, cuando le pidió a José que le interpretase el sueño, éste le respondió:

»Dios ha mostrado al Faraón lo que se dispone a hacer. Las siete vacas gordas y las siete espigas llenas son siete años. Las siete vacas delgadas y las siete espigas marchitas son siete años. Esto es lo que digo a Faraón; he aquí que se avecinan siete años de abundancia y tras ellos siete años de hambre, y toda la abundancia de Egipto será olvidada. Por eso a Faraón el sueño se le ha presentado por duplicado, porque ha sido resuelto por Dios. Haga esto Faraón, y busque hombres prudentes y sabios, y colóquelos sobre Egipto, y acopien trigo bajo la mano de Faraón durante los siete años de bonanza, para saciar el hambre durante los siete años de escasez.

—Muchas gracias, profesor —dijo el presentador—. Ahora pasaremos al turno de preguntas. Si alguien del público quiere consultar algún sueño al profesor, que levante la mano y un compañero le acercará un micrófono.

En tercera fila, un muchacho delgadito, rubio y un poco desaliñado, se puso en pie deseoso de poder preguntar: el ayudante le entregó un micrófono.

—Hola profesor. Me llamo Francis y quiero saber de qué están hechos los sueños.

—Hola Francis —saludó el profesor—. Los sueños están hechos de experiencias, por un lado, y por otro, nos conecta a nivel emocional mostrándonos una situación pasada que tiene su similitud en el presente. Por ejemplo, si hoy estás triste y deprimido, y hace diez años estuviste en una casa lúgubre y oscura, puede que sueñes que estás dentro de esa casa, puesto que reúne los elementos asociativos que definen tu estado anímico; lúgubre y oscuro, triste y deprimido. El subconsciente utiliza los

recuerdos acumulados a lo largo de nuestra vida para tejer el sueño y alertarnos de lo que nos ocurre hoy.

Una muchacha joven, de pelo castaño y cara de no haber roto nunca un plato, alzó la mano en primera fila. El ayudante de cámara le entregó un micrófono.

—Hola profesor, me llamo Ana y sueño mucho con serpientes.

—Encantado Ana —saludó el profesor desde el escenario—. Imagina que vas andando por el campo y de pronto te encuentras con una serpiente que te mira desafiante, ¿qué tienes?

—Un problema —respondió Ana, arqueando las cejas.

—¡Exacto! Las serpientes son un símbolo universal de problemas. Un problema puede ser que pienses que no estás aprovechando tu vida; o que una parte de ti está limitada y constreñida y te impide ser tú; o que tengas una habilidad que no estás desarrollando y por lo tanto tu YO esencial no encuentra su libre expresión. De lo que no hay duda es que tienes un problema que has de solucionar. ¿En tus sueños huyes de las serpientes o las golpeas?

—A veces huyo, a veces me asfixian y otras las golpeo —respondió, haciendo memoria.

—Si las serpientes te asfixian es que tu problema te está asfixiando; si huyes es que huyes de tu problema; y si las golpeas con un objeto contundente es que estás enfrentando el problema. ¡Pero ojo! El problema no se enfrenta en el sueño, se resuelve en el día a día; el sueño es sólo un símbolo de lo que te ocurre estando despierta.

—Y con esto terminamos —canceló el presentador—. Nos gustaría seguir hablando con el profesor de este magnífico mundo de los sueños, pero el tiempo de emisión se nos ha agotado.

«¡Qué mala suerte!», se quejó Julia.

Una semana después, el sol de las cinco de la tarde se alzaba brillante, los pajarillos cantaban y la ausencia de viento invita a sentarse al sol en la terraza de la cafetería *Sonifran*.

Sara y María, con las gafas de sol puestas, compartían mesa.

—Dentro de dos semanas es la Romería de Cúllar —dijo Sara.

—Haríamos bien en marchar pronto para coger sitio.

—Ese fin de semana Julia y yo trabajamos de mañanas en el supermercado. Llegaremos sobre las tres de la tarde.

—¡Es verdad! Bueno, seguro que Hugo y Juan dicen de irse pronto. Me iré con ellos. Pero antes tenemos que ver lo que hacemos el viernes que viene; es el Día de la Cruz. Lo hablamos con Julia y vamos a Granada como el año pasado.

—¡Yo con Julia no voy a ningún lado! —dijo Sara, frunciendo el entrecejo. María la marcó repentina—. ¡Y si supieses lo que dice de ti tampoco querías ir!

—¿De mí...?! ¿Qué va diciendo esa?! —le cambió el tono de voz.

Sara se inclinó, musitando...

—Dice que la engañas cada dos por tres, que eres una aprovechada y una convenida. Que solamente la llamas para lo que te conviene y que ya no va a ser más tu chofer particular. Que no le devuelves el dinero que te deja y que la dejas tirada cuando quedáis. ¡No te imaginas con el odio que lo dijo! —cizañó arqueando las cejas.

—¡Esa tía es una estúpida! ¡Ahora se va a enterar! —repudió María, agarrando el móvil...

Dos horas después, Julia entró en peluquería *Galindo*.

—Buenas tardes —saludó Manuel Galindo, abriendo la puerta.

—¿Está tu mujer?

—Aquí estoy —espetó Carmen, acercándose—. Has llegado justo a tiempo, siéntate.

Julia la acompañó forzando una sonrisa. El ánimo lo arrastraba por los suelos.

—¿Qué quieres, un corte de pelo o que te peine?

—Las dos cosas.

—¡Ven!, siéntate que te lave la cabeza.

Julia se colocó una toalla alrededor del cuello y retrepó la cabeza atrás. Cerró los ojos.

—Me he enterado de que estás trabajando en un supermercado, ¿cómo te va? —preguntó Carmen, mojóndole el pelo.

—Bien. Es un buen trabajo —respondió sin quererse extender. No estaba como para entablar conversación.

—Me alegro por ti. Es mucho mejor que trabajar en el campo como hacías antes. Siendo tan guapa has de cuidarte o pronto te estropearás...

La charla se volvió automática, subconsciente; Julia estaba, pero no estaba, su cuerpo sí, pero su mente retrocedió hasta esa misma mañana...

[6:30. Estacionada en la plaza del Pilar, bostezaba copiosamente mientras esperaba a Sara.

«¡No viene!», pensó observando el reloj... y 35.

«¡No puede ser! ¡Se ha vuelto a quedar dormida! ¿Qué hago? Si llamo por teléfono, malo; si toco el timbre, también. ¡Menudo muerto

me ha tocado cargar! El miedo a la reprimenda de la encargada sólo le ha durado dos semanas. ¡Se egoísta; di NO! Para colocarle un no he de tenerla enfrente. ¡Qué corta eres de miras; pareces un asno con zarandillos en los ojos! Si te vas sin ella le estás colocando un no de actitud simbólica; las palabras se las lleva el viento, nuestros actos pesan más; no te llamo, no te espero. ¡Es verdad! Esto de hablar conmigo misma me está empezando a molar. Me voy y que sea lo que Daniel quiera.»

Arrancó el coche y metió primera; la puerta se abrió y accedió Sara a toda prisa.

—¡Lo siento tía! Es que anoche se me olvidó conectar la alarma del móvil.

—¡Tú misma! —picó acelerando—. ¡Pero como la encargada diga algo y guardes silencio esta vez no me callo!

Sara constriñó el rostro como acordeón enfadado.

—¡Otra cosa! —prosiguió Julia—. ¿Por qué no programas una alarma para toda la semana en vez de conectarla a diario?

—¡¿Eso se puede hacer?! —resbaló incrédula.

Julia pegó un frenazo y, haciéndose a un lado, se detuvo en la puerta del bar *Cacharro*.

—¡¿Qué haces?! —

—¡Dame el móvil! —ordenó con inusual firmeza.

Sara se lo entregó...

—¡Desbloquéalo! —le pidió.

—¡Vamos a llegar tarde! —se quejó Sara. Julia le lanzó una mirada afilada. ¡Qué cara tiene! Lo agarró desbloqueado.

Opciones... alarmas... crear alarmas... inicio... 6:00... de lunes a sábado... activar.

—¡Toma! ¡Ya no tienes que activar la alarma todas las noches!

—¿Cómo has hecho eso?

Julia resopló conduciendo veloz...

—¡No te hagas la tonta por favor! —masculló rabiosa.

—¡No me estoy haciendo la tonta! ¡Lo que pasa es que tú eres muy lista! —apuntilló Sara, despreciativa.

—¡Yo no seré muy lista, pero si dices que no sabes configurar una alarma eres una mentirosa! —voceó enérgica.

—¡Pues mira quién fue hablar! —chilló Sara, fuera de sí—. ¡Le dices a María que tienes que ayudar a tu tía Elodia a hacer roscos y pestiños y después te vas con Irene a la Alpujarra todo el día! ¡Ya ves! ¡De mentirosas está el mundo lleno!

«¡Tierra trágame!»

—¡Ya no dices nada! —azuzó Sara, tomándose la revancha—. ¡No vuelvas a tacharme de mentirosa siendo tú la mentirosa! ¡O qué te creías, ¿qué María no se iba a enterar?! ¡Hipócrita!

—¡Me da igual! —se defendió acorralada—. ¡Ella a mí también me engaña cada vez que puede y ya estoy harta de que se aproveche de mí! ¡¿Qué se ha creído, que soy su chofer particular? ¡Sólo me llama para lo que le conviene! Le pago la sudadera y no es para devolverme el dinero. Le pido que me acompañe a Granada y me deja tirada. O como la última vez, que no me contestó al WhatsApp y me dejó media hora esperándola en la puerta de la Iglesia. ¡Es una aprovechada! —concluyó desahogándose de rabia.]

—¿Julia estás bien?! Creo que se ha quedado dormida. ¡Julia, despierta! —Carmen la zarandeó con suavidad.

Abrió los ojos como perdida. Tardó unos segundos en ubicarse.

—Lo siento. ¡Qué fatiga!

—No te preocupes, no pasa nada. Cámbiate de sitio —la acompañó tocándole el pelo—. ¡Como lo tienes muy fino te puedo cortar las puntas, que andan abiertas, y hacerte un peinado con volumen!

—Eso sería estupendo —aceptó sentándose.

Estática frente al espejo observó su sonrisa fingida y forzada, pero sus ojos alicaídos decían todo lo contrario. «*Esfuézate en alegrar esa cara...*», recordó de la encargada del supermercado. «No estoy trabajando, pero todo con tal de ocultar lo que en realidad me ocurre. ¡No puede ser casualidad tanta coincidencia! ¡Sara está de por medio, seguro! ¿Lo habrá hecho a cosa hecha? ¡Duele más teniendo la certeza que ha sido a sabiendas! — ¡*Sé egoísta; di NO!* — ¿Esto me va a suceder cada vez que me elija a mí misma? ¡Vaya mierda! ¡Haga lo que haga siempre acabo sufriendo! — *Sientes miedo que los demás te condenen si te atreves a ser tu misma.* — ¡Yo no sé por qué le hago caso a un espectro que seguro sólo está en mi imaginación!

—¿Qué te ocurre? —preguntó Daniel, apareciendo sentado en la silla de al lado. Julia respingó inesperada.

—¿Te he hecho daño? —articuló Carmen, extrañada por la sacudida.

—¡No...! Este... Lo siento —se disculpó nerviosa ante la peluquera—. Ahora no puedo hablar —musitó por lo bajo.

—¿Cómo has dicho? —solicitó Carmen, mirándola a través del espejo. Julia quedó en cuadro.

—Disculpa, he hablado sola.

—A mí también me pasa —relajó Carmen.

—¿Se te olvida que puedo leerle el pensamiento? —picó Daniel.

«¡Qué gracioso! —pensó irónica.

—¿Qué te ocurre? —volvió a preguntar.

«Para empezar, esta mañana Sara se ha quedado dormida. No hemos llegado tarde de milagro, pero en el coche hemos discutido y me ha soltado que María sabía que la semana pasada le mentí

—hizo una pausa—. Y hace un par de horas María me ha Whaseado...»

[—Julia, ¿qué haces?

—Nada. Estoy en mi casa.

—Yo estoy en Churriana con unos amigos. En la Plaza de la Ermita. Me voy a la playa y antes quisiera darte los quince euros de la sudadera. Siento la tardanza. ¿Puedes pasarte ahora y te los doy antes que me vaya y me los gaste? ¡Ya me conoces!

«¡Qué raro! ¿Habrás hablado con Sara y sabrás de la discusión de esta mañana? ¡Seguro! ¡Y para que no la tache de aprovechada ahora dice de pagarme! ¡Vale! ¡Ya estoy harta de ser la tonta del grupo!»

—Voy para allá.

—Te espero.

Quince minutos después, Julia arribó a la Plaza de la Ermita de Churriana. Estacionó a un lado y se adentró en el pequeño parquecillo adjunto.

«¿Dónde está María?», se preguntó buscándola con la mirada.
«¿Y el grupo de amigos con el que dice que estaba?»

Un pensamiento punzante flaseó su cabeza...

«¡Me ha engañado, tomado el pelo y burlado de mí!»

Sacó el móvil y escribió...

—¿Dónde estás? Estoy en la Plaza de la Ermita.

Un rato, otro y otro más... María no contestaba, ni siquiera conectaba el WhatsApp. Entró en agenda y pulsó llamar...

El número marcado está apagado o fuera de cobertura.

«¡No me lo puedo creer! ¡Me ha hecho desplazarme al pueblo vecino a sabiendas!», trabó elevándose enojada. «¡Hija de puta!» Escudriñó convulsa el parquecillo, apretando la rabia y notando los ojos humedecerse impotentes. Resopló cada vez más

compungida, acercándose a un banco para sentarse y negando de forma intermitente. «¡Esto me pasa por mentirle, por no quererla llevar a Belicena, por ser *egoísta* y colocarle un NO!»

Intentó contener las lágrimas a la par que lanzaba furtivas miradas por si todo resultaba ser una pesada broma...]

—¡Lo sabía! —musitó Daniel, negando.

«¿Cómo que lo sabías?!», se chocó Julia. «¿Insinúas que sabes lo que me va a pasar?!» Le preguntó con el pensamiento, pues no quería que Carmen pensase que se estaba volviendo loca hablando sola.

—A largo plazo no, pero a corto sí —respondió Daniel.

«¿Y por qué no me has avisado? ¡Creí que eras mi ángel de la guarda!», punzó a caballo entre el reproche y la decepción.

—Lo siento, pero no puedo. ¿Recuerdas la prueba a la que nos somete el Jefe para acceder al reino de los cielos? Pues bien, puedo utilizar cuantos recursos se me ocurran para ayudarte... salvo uno so pena de fracasar en el intento. No puedo revelarte nada del futuro.

«No lo entiendo. Si me avisases aprendería más rápido.»

—¡Qué equivocada estás! ¡Es al revés! Se hace camino al andar, es decir, uno aprende viviendo, y vivir implica tropezar, equivocarse y cometer errores, y en el mejor de los casos, aprender de ellos. Si yo te aviso de los peligros y tú los esquivas, te estoy privando de la oportunidad de aprender por ti misma. El verdadero aprendizaje deviene de la experiencia vivencial, no del intelecto entendido como una explicación teórica que pronto será olvidada porque carece de recuerdos que la sostengan.

Julia suspiró con suavidad.

—¿Cómo te sientes al respecto de lo que te ha pasado?

«¡Cómo me voy a sentir siendo el saco de boxeo al que todos golpean sin miramiento ni compasión! ¡Pues mal, humillada, despreciada, ofendida, burlada, vejada...!»

—Eres demasiado *coherente*.

«¡¿*Coherente* dices?! Me parece que estás confundido. Ser *coherente* demuestra sensatez; lo mío es estupidez.»

—La que está confundida eres tú. Por definición, ser *coherente* es mantener una actitud lógica y consecuente con una posición anterior, es decir, ser fiel al pasado, siempre la misma, sin posibilidad de cambio. Siendo *coherente* no es difícil adivinar tus futuras acciones, te vuelves predecible, automática, robótica, y uno sabe qué botón pulsar para que hagas esto o lo otro.

«¡Yo no soy así!»

—¡Claro que no! —ironizó Daniel, mirándola de reojo—. Por eso sales corriendo cada vez que María te llama aun sabiendo que te deja tirada —Julia aguaitó ante lo evidente—. ¿De qué te sirve ser *coherente* con un YO anterior y fijo si la quietud en la que vives te está destrozando la vida? ¿Por qué te empecinas en seguir repitiendo los mismos errores que te hacen sufrir una y otra vez? ¡Qué actitud más *incoherente*!

«¡¿Y qué tengo que hacer?!»

—Aprender de tus errores para crecer como persona. Una especie de registro vivencial que te permita avanzar en vez de quedarte estancada. ¡Es el ejercicio más importante que puedes realizar en tu vida! Respóndeme a una pregunta... ¿Tú te equivocas?

«¡Pues claro!, como todo el mundo.»

—¿Y aprendes de tus errores?

«Sí.»

—¿Y en que te equivocas?

«En muchas cosas.»

—¿Podrías señalarme una con precisión?

«¡Humm! Ahora mismo no sabría decirte.»

—¿Te das cuenta...?

«¿De qué...?»

—De la contradicción existente entre lo que dices y lo que haces. Las preguntas que te acabo de hacer son «frases hechas»; se las preguntas a quien se las preguntas todos van a responder que sí se equivocan y que sí aprenden de sus errores porque eso es lo que se supone que han de responder, pero en el momento que a una persona se le pide que señale con precisión alguno de sus errores, ya no sabe qué contestar; se queda en blanco. ¿Por qué? Porque para aprender de un error uno debe tener la valentía de mirarse a sí mismo y «observarse con perspectiva», lo cual implica vencer las resistencias del propio ego y traspasar la espesa capa del narcisismo, y si uno recapacita sobre aquello en lo que ha errado, inevitablemente no sólo descubre dónde ha tropezado, además lo recuerda claramente. En esto consiste el registro vivencial, pero la mayoría de las personas se quedan bloqueadas a la hora de intentar recordar un error porque no lo han registrado; no se han «observado con perspectiva»; no han vencido sus resistencias ni traspasado su narcisismo porque ser congruente cuesta mucho trabajo... ¡es más fácil seguir siendo *coherente* antes que enfrentarse al esfuerzo de cambiar!

«Lo que dices suena a utopía», replicó Julia.

—¡Así es como debe ser! —aseveró Daniel—. Si la virtud fuese fácil de alcanzar, ¿qué tendría de virtuoso? El mérito de crecer como persona reside precisamente en su dificultad; en el tremendo esfuerzo que se ha de realizar para romper patrones de conducta estereotipados; un viaje al interior de uno mismo con el objetivo de trabajar con lo malo para alcanzar la recompensa de lo bueno. Por desgracia, son muy pocos los que deciden

emprender ese «viaje al interior», ¡un viaje largo por cierto!, pues en este mundo dominado por el eslogan «el tiempo es dinero», y por métodos ultrarrápidos que aseguran alcanzar lo que deseamos sin esfuerzo, no hay tiempo para ser congruente... las personas prefieren hacer oídos sordos antes que admitir su vagancia espiritual. Así que tú decides, Julia; o sigues siendo el saco de boxeo de todos o te revelas contra lo que te hace sufrir; o sigues cerrando los ojos ante lo evidente sólo porque es triste y doloroso, o los abres y emprendes «tu propio viaje». De lo que no me cabe duda es que tú puedes, principalmente porque eres maravillosa.

Julia le lanzó un reojo a través del espejo, pero Daniel había desaparecido.

—Ya he terminado —informó Carmen, dándole los últimos retoques al peinado—. ¡Te ha quedado fenomenal!

Viernes 10 de mayo. Julia y Hugo se encontraban sentados en la terraza del bar *Gera*, esperando al resto de amigos para planear la Romería del día siguiente.

—¡Aquí tenéis la bebida! —dijo el camarero, soltando la bandeja en la mesa.

—Gracias Javi. ¡Oye! —reclamó Hugo—. ¿Me han dicho que pronto tocáis en el pub *Caramelo*?

—Sí. El fin de semana que viene a partir de las una de la madrugada —Javi era uno de los integrantes del grupo local **ROKEN**.

—¡Allí estaremos! —aseguró Hugo. Javi regresó a su tarea.

—¿A qué hora habíamos quedado? —preguntó Julia, observando su reloj de Hello Kitty.

—A las nueve. No creo que tarden mucho. ¿A qué hora llegarás mañana a la Romería? —le preguntó.

—Mientras que salgo del supermercado, vengo, como y me ducho, llegaré sobre las cuatro de la tarde —respondió Julia.

—Nosotros nos iremos por la mañana, y cuando ya tengamos sitio te whaseo y te digo dónde estamos.

Julia asintió.

—¿Aún no te hablas con María?

—¡¿Yo?! —artifició extrañada—. ¡No! ¡Y prefiero que así sea! Lo que me hizo hace dos semanas no se lo perdono. Si quiere hablar, que venga y pida perdón.

—¡Qué rencorosa eres! ¡No conocía esa parte de ti!

—¡Hugo...! ¡¿Cómo puedes decirme eso?! Siempre ando perdonándolo todo, dejándolas pasar, y para una vez que me

mantengo firme en mi intención de que no me falten más al respeto, ¿me acusas de rencorosa? ¡¿Qué pasa?! ¡¿Siempre tengo que ser la tonta del grupo?! —pinchó a la defensiva, pensando que cuando perdonas demasiado la gente se acostumbra a lastimarte.

—¡Yo no he dicho eso! ¡No ves cómo se pone! —chantó despectivo, elevando el tono de voz.

—¡Pues claro que me pongo! —cimbreado dolida—. ¡María se ha reído de mí en toda mi cara y tú la defiendes!

—¡¿Quién está defendiendo a María?!

—¡Tú! ¡Qué en vez de darme la razón me acusas de rencorosa! ¡Claro, como estáis todos acostumbrados a hacer conmigo lo que os da la gana, pues ahora resulta extraño! ¡Pues eso se ha acabado! —zanjó con rabia.

—¡¿Pero tú eres tonta o que te pasa?! ¡Si estás enfadada con María págala con María, pero a mí no me calientes la cabeza!

«¡La frase salvavidas!»

—¡Pues apóyame en vez de acusarme! —inquirió enervada—. ¡Qué me han ofendido y te pones de lado de la ofensora!

—¡Me estás tocando la polla! —la señaló con el dedo.

—¡Y tú a mí el coño! —contrarreplicó copiando su postura.

—¡A la mierda! —Hugo se levantó violentado ante la atenta mirada de los demás clientes, asistentes inesperados del conflicto—. ¡Como siempre ya me has dado la noche! ¡Qué hartos me tienes!

—¡¿A dónde vas?! —preguntó incrédula.

—¡A pagar! —contestó enrabiado.

—¡¿Es que no vamos a esperar a los demás?!

Hugo rechinó los dientes, entró dentro y pagó las consumiciones.

—¡Vámonos! —urgió al salir.

—¿A dónde...?

—¡A dormir! ¡Se me han quitado las ganas de salir! —
masculló alejándose.

Julia andó tras de él cada vez más contrariada...

«¡No tenía que haberlo acusado...!»

En la esquina se encontraron con Juan...

—¿Ya os vais...? —preguntó chocado, mirando la hora.

—¡Voy a llevar a «ésta» a su casa y ahora vengo! —le dijo
enroscado en ira, sin detenerse.

Ese «ésta» no sólo penetró como un punzón en el corazón de
Julia, también perforó su memoria...

*«¿Realmente crees que me afecta el miedo «ese»? —utilizando
el pronombre demostrativo «ese», no sólo has sacado el miedo
de ti, también lo has despreciado por considerarlo una amenaza
— ¡Voy a llevar a «ésta» a su casa y ahora vengo! — Me
desprecia además de llevarme a mi casa para quitarme de en
medio.»*

—¿No decías que te ibas a dormir? —escarbó en arenas
movedizas.

—¡He cambiado de opinión! ¡No voy a joderme la noche
porque a ti te dé la gana estar de malafollá! Y te lo advierto, ¡yo
no sé qué te está pasando últimamente, pero estás insoportable!
¡Piénsatelo bien y si no quieres estar conmigo me lo dices y lo
dejamos!

De súbito un nudo en la garganta se le atrancó compungido, era
como si toda la fuerza que le otorgaba el enfado se diluyera cuan
mantequilla expuesta al sol...

—¡Lo estoy pasando mal! —sollozó tras de él—. ¡Sólo quiero
que me apoyes, me haces mucha falta!

Hugo se giró veloz...

—¡Pues si te hago falta no me ataques! ¡O qué te crees! ¡¿Qué puedes arremeter cuanto quieras y después con dos lagrimitas está todo arreglado?! ¡Ya te lo he dicho! ¡Piénsate bien qué quieres porque no estoy dispuesto a que sigas calentándome la cabeza con tus tonterías! —concluyó desdeñoso, dejándola allí...

Marcando cómo se alejaba, una terrible sensación de falta de aire la embargó hasta asfixiarla. Circundó su alrededor más inmediato con la vista deformada. La soledad que la rodeaba resultaba abrumadora, casi insoportable. Durante unos segundos su pensamiento flotó fuera de sí... observándose a sí misma como el que observa una fotografía. Estaba asustada y lloraba desesperanzada. Asoció libre, años atrás, cuando de pequeña se despistó en un mercadillo y quedó sola a merced del pánico que supone la sola idea del abandono. So barrunto incomprendido conectó con un nivel de angustia que no guardaba proporción con lo sucedido en ese momento. Sin duda aquella angustia estaba esperando su oportunidad para salir a la luz. Esa extraña sensación de mirarse como el que mira una fotografía la hizo retroceder varias semanas atrás, cuando por primera vez se percibió a sí misma en su angosta realidad, mintiendo desesperada a Sara y llorando desgarrada porque se había dado cuenta de que «sí, ella era así». Otra vez la sensación de insignificancia, debilidad y pequeñez la postró en un estado propio de la persona impotente, siempre que se entienda la impotencia como la incapacidad de poder hacer lo que uno quiere, desea o necesita.

«¡No quiero ser así!» —gimoteó negando para sus adentros, y como si de un deja vu se tratase, rememoró—. «¿Cómo quieres ser? — ¡No lo sé, pero así no! — No te centres en lo que quieres, centrate en lo que no quieres y quítatelo de en medio; la felicidad está justo detrás. — ¿Por qué no dejo de acordarme de las conversaciones con Daniel?

En la esquina de su calle agachó cabeza y cerró los ojos. Así permaneció vaciando sus ojos de lágrimas...

Una moto se detuvo a su altura...

—¿Qué te ocurre prima? —preguntó Isidro, quitándose el casco. Realmente no eran primos directos, pero se habían criado muy unidos por las familias. Julia lo marcó intentando contenerse...

—Acabo de discutir con mi novio —dijo gimoteando.

—¡Como me jode verte así! ¡Qué sepas que no le meto la mano por ti, porque si no se le iban a quitar las ganas de hacerte daño! Te lo he dicho muchas veces prima, no me gusta para ti. Tú vales mucho más que ese pendejo.

—Gracias primo. Me voy a mi casa que necesito tranquilizarme.

Isidro se quedó observándola, pensativo.

«¿Cómo hago para tranquilizarme?» —pensó Julia, entrando en su portal—. «*Desmembramientos, decapitaciones y amputaciones*». ¡Eso es!

Entró en su casa, prendió el ordenador, observó imágenes espeluznantes y toda la angustia que la consumía desapareció como si de una poción mágica se tratase.

El día se levantó bajo un tremendo aguacero. Pequeños ríos de agua culebreaban por las calles arrastrando la mugriedad acumulada.

Julia conducía con prudencia acercándose a la Plaza del Pilar. Observó el reloj: 6:35.

«Hoy la que llega con retraso soy yo.»

Sin soltar el volante aumentó la velocidad de los limpiaparabrisas, pues resultaba costoso ver diez metros adelante. Bordo la plaza y se detuvo en la esquina donde habría de recoger a Sara...

«¡No está! ¡Qué más da si llego tarde, ella llega aún más tarde! ¡¿Qué hago?! — *¡Eres demasiado coherente; no es difícil adivinar tus futuras acciones!* — ¡¿Siempre voy a estar esperando a Sara?! ¡A la mierda la *coherencia!* ¡Me voy!»

Enfiló la calle del Cacharro hasta el consultorio médico. Entre tanto agarró el móvil y lo apagó...

«¡No quiero saber nada si Sara se lía a llamar por no esperarla!»

Subió hasta la salida del pueblo y se detuvo en el semáforo. Estaba en rojo. Extrañamente tranquila dejó vagar sus ojos de un lado a otro. Se detuvo chocada en la plaza que se abría unos metros más arriba, enfrente.

«¡La gente se ha vuelto loca!» —pensó circunstanciando el rostro. Tras la cortina de agua se adivinaba la silueta de dos personas charlando bajo aquel aguacero. Parecían estar pasándoselo bien. El semáforo se puso en verde. Julia embragó y accedió a la carretera con lentitud, pues quería ver los rostros de los susodichos empapados. Un potente zumbido la acongojó y

una luz cegadora la deslumbró por el retrovisor. Un camión se había saltado el semáforo a gran velocidad. Julia sintió como el cuerpo se le pegaba al sillón envuelto en un sonido atronador. Gritando y salpicada de cristales rotos, notó como su coche se desplazaba decenas de metros girando como una peonza. Todo sucedió muy rápido. Con un golpe seco el coche se detuvo paralelo a la plaza que se abría enfrente. Julia descendió desorientada, con la vista perdida y multitud de cortes en la cara. Cayó al suelo de rodillas. Le dolía todo el cuerpo, pero sobre todo la cabeza...

«¡Ayúdame!» —rogó a los dos susodichos que charlaban bajo el agua. Con la vista desplomada advirtió que no se acercaban. Alzó la mirada y se sobrecogió de la impresión. ¡Era Hugo con otra persona que no conocía!

«¡Cariño, ayúdame!» —rogó desesperada.

Hugo, sonriente, la miró con indiferencia.

«¡Por favor! —balbuceó observando el charco de sangre que se formaba bajo ella. Por momentos tuvo la impresión de que su vida se apagaba—. ¡Ayúdame! —imploró descorazonada, comprobando cómo su novio la obviaba y seguía conversando alegremente con el desconocido...

«¡Hugo!» —gritó con fuerza, arrastrándose por el asfalto.

Ambos, sin quebrar su sonrisa, la observaron por última vez y se alejaron del lugar dejándola allí tirada.

«¡¿Dónde vas?!» —desgarró abatida. De súbito la embargó una trágica impresión de acongojante soledad: si quería salvar su vida, habría de luchar por sí misma.

«¡Ayuda por favor!» —suplicó antes de despertarse calada en sudor y con la respiración precipitada...

Sábado 11 de mayo. Romería de Cúllar Vega.

Julia conducía acercándose a la Plaza del Pilar. Observó el reloj: 6:35.

«Hoy la que llega con retraso soy yo.»

Bordeó la plaza y se detuvo en la esquina donde habría de recoger a Sara...

«¡No está! ¡Qué más da si llego tarde, ella llega aún más tarde! ¡¿Qué hago?! — *¡Eres demasiado coherente; no es difícil adivinar tus futuras acciones!* — ¡¿Siempre voy a estar esperando a Sara?! ¡A la mierda la *coherencia!* ¡Me voy!»

Enfiló la calle del Cacharro hasta el consultorio médico. Entretanto agarró el móvil y lo apagó...

«¡No quiero saber nada si Sara se lía a llamar por no esperarla!»

Subió hasta la salida del pueblo y se detuvo en el semáforo. Estaba en rojo. Al momento el verde se encendió y reanudó la marcha.

«¡Qué espabile! ¡Qué se levante a su hora! ¡No pienso llegar tarde por su culpa!», se repetía una y otra vez...

—¿Por qué te justificas ante ti misma? —preguntó Daniel, apareciendo de repente junto a ella.

—¡Ahhhhh! —gritó estremecida.

—¡Cuidado con ese coche! —alertó Daniel. Julia había invadido parte del carril contrario. Dio un volantazo recuperando su posición.

—¡Qué susto me has dado! ¡¿Acaso quieres que me mate?!

—¡Cómo voy a querer que te mates! ¡Pensé que ya no te asustabas!

—¿Pues ya ves que sí! ¡No aparezcas tan de repente!

Daniel la fijó esbozando un melindre afectivo y Julia lo reojó apaciguándose.

—¿Por qué te justificas ante ti misma? —insistió Daniel.

—No lo sé. Supongo que me reafirmo para convencerme que estoy haciendo lo correcto.

—¿Desde luego que para ti es lo correcto, aunque dudo que Sara piense lo mismo!

—¡Muchas gracias por calmarme, animarme o alentarme! ¡Todo un detallazo por tu parte! —ironizó reticente.

—¡Vaya como te has levantado hoy! ¡¿Acaso has dormido mal?!

—¿Pues ahora que lo dices, sí! ¡Menuda pesadilla he tenido! He soñado que me accidentaba con el coche, sangraba abundantemente y me arrastraba pidiéndole ayuda a Hugo, pero éste me miraba sonriendo, pasando de mi sufrimiento, como no dándose cuenta de que lo necesito, y se ha marchado dejándome allí tirada. ¡Sólo recordarlo me corta el cuerpo! ¡Qué angustia sentir que la persona a la que quieres pasa de ti! ¡Es insoportable! ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué sufro tanto en mis sueños? ¿Por qué siempre me acaecen desgracias?

—Sé que te urgen respuestas, así que vamos por partes. Primero un rodeo necesario. Los sueños son la voz del subconsciente. Son mensajes que nos mandamos a nosotros mismos en lenguaje simbólico, el único contratiempo es que hay que entenderlos, de lo contrario, como dice el Talmud, un sueño que no ha sido descifrado es como una carta que no ha sido abierta.

—¿Por qué en lenguaje simbólico? ¡No lo entiendo! ¡Podían ser más explícitos!

—¡¿Más de lo que ya son?! —se sorprendió Daniel.

—¿Cómo dices...?

—¿Para qué duermes? —interrogó comenzando por otro lado.

—Para descansar —respondió Julia.

—¡Exacto! Las personas necesitamos dormir para, por así decirlo, «recargar pilas». El dormir tiene una función reparadora, y nuestra mente, para no interrumpir esa función restauradora, «maquilla» los mensajes dirigidos a nosotros mismos en clave simbólica.

—¡Pues entonces mi mente está defectuosa! —se quejó Julia—, porque o bien lo paso tan mal que me levanto cansada o directamente me despierto sobresaltada.

—Eso no significa que tu mente esté defectuosa, sino más bien que está al límite de lo que puede soportar y te grita desesperadamente que pongas en orden tu vida. Es tan acuciante la necesidad de una solución que tu mente es incapaz de «maquillar» los sueños para que descanses bien. Al contrario, te hace sufrir en ellos para que abras los ojos, y ya sea que te pesen las piernas como lastres, te estrelles contra el suelo o grites auxilio y nadie te ayude, una y otra vez tu subconsciente te alerta del peligro que supone seguir cerrando los ojos ante lo evidente sólo porque es triste y doloroso. Cada vez te presenta las alertas con más fuerza, más sufridas, más impactantes, más agónicas. Y así va a ser mientras no pongas remedio.

—Entonces, ¿el accidente del sueño significa que mi vida está accidentada? —musitó aguaitada.

—Así es.

—¿Y por qué en el sueño Hugo no me socorre? —preguntó con la voz quebrada y los ojos empañados cristalinos.

—De todo el sueño ésta es la parte más impactante y por ello más tormentosa. La nula reacción de Hugo ante tu sufrimiento no es más que el reflejo de lo que ocurre en tu día a día. Él no está

dispuesto a atender tus reclamaciones, va a lo suyo, no quiere que lo molestes, y por mucho que le supliques, ruegues o implores, al final siempre quedas llorando en soledad... simbolizado en ese «alejarse del lugar dejándote allí tirada» —Julia enlazó esa parte del sueño con el recuerdo de la noche anterior, cuando después de la discusión, Hugo la dejó allí, en completa soledad—. Tu subconsciente —continuó Daniel—, se las ha ingeniado para entretejer una trama que constituye una descripción precisa de la extrema desesperación que padeces. En realidad, la escena del sueño es el símbolo de lo que sientes: abandono, desamparo, vacío, tristeza, y muchas ganas de llorar, por eso en el sueño llueve con tanta fuerza. Es tu necesidad de desahogarte lo que moja el escenario onírico.

Para cuando concluyó, Julia era un mar de lágrimas a punto de llegar a su trabajo.

Daniel resopló sabedor que no podía consolarla de la manera que él quisiera...

—Que no se te olvide que eres maravillosa —musitó antes de desaparecer.

Julia asintió acometiendo el esfuerzo de reprimir las lágrimas por aquello de forzar una sonrisa cara al público. Empezó a dolerle la cabeza...

«¡Malditas migrañas!»

—¿Y Sara? —preguntó la encargada, nada más entrar.

Julia se encogió de hombros, desentendiéndose...

«Una imagen vale más que mil palabras.»

La encargada asoció cuando le dijo que se quedaba dormida.

—¿Qué te ocurre? Traes los ojos hinchados —se percató.

—Estoy pasando una mala racha —salió al paso, curiosamente, contando la verdad.

La encargada la observó unos segundos en silencio...

—Lamento lo que te pueda estar pasando, pero ya sabes que trabajas de cara al público y no puedes andar con la cara arrastrando por el suelo. Esfuérzate por estar alegre —exigió marchándose.

La mañana se pasó lenta, demasiado lenta. Su cabeza asemejaba un bastión medieval luchando por defender su integridad moral, resistiéndose a ser vencida por la tristeza, esforzándose por esbozar una sonrisa y resistiendo heroica el asedio de pensamientos que continuamente la abordaban...

«¡Piénsate bien qué quieres porque no estoy dispuesto a que sigas calentándome la cabeza con tus tonterías! — Él va a lo suyo, no quiere que lo molestes. — ¡Sólo quiero que me apoyes, me haces mucha falta! — No está dispuesto a atender tus reclamaciones, y por mucho que le supliques, ruegues o implores, al final siempre quedas llorando en soledad... — ¡Estoy harta de sufrir! — Tu mente está al límite de lo que puede soportar. — ¡Siento que me derrumbo y no sé hacia dónde tirar! — Ya sea que te pesen las piernas como lastres, te estrelles contra el suelo o grites auxilio y nadie te ayude, una y otra vez tu subconsciente te alerta del peligro que supone seguir cerrando los ojos ante lo evidente sólo porque es triste y doloroso... — ¡Pasa de mí! ¡No me quiere como yo quiero que me quiera! Daniel está en razón. Es mi miedo a quedarme sola el que me impide ser feliz... pero... ¡Joder...! ¡Tengo miedo!

—¡Traidora! ¡Dejarme tirada es de ser muy mala amiga! —
leyó Julia nada más prender el móvil, sentada en el coche, recién salida del trabajo y escuchando como llegaban más WhatsApp y avisos de llamada...

»—¡Yo te busqué el trabajo! ¡Hija de puta!

»—¡Eres tan cobarde que apagas el móvil para no dar la cara!

»—¡Como me echen te vas a enterar!

El cuerpo entero le irritó nervioso. Algo así era de esperar, pero como siempre pasa en estos casos, uno casi nunca está preparado.

«¡Cada vez me pesa más vivir!» —pensó compungida, pero sin llorar: apenas le quedaban lágrimas que derramar. «¡No puedo más! ¡Es demasiado! ¡No merece la pena sufrir tanto! Antes era más feliz. Sí. Se aprovechaban de mí, pero siendo una ignorante este dolor insoportable no tenía que soportarlo. ¡¿Y si tiro la toalla?! ¡Eso de quererme y respetarme siendo *egoísta* es una gilipollez! ¡Sólo estoy consiguiendo agravar aún más mi desgracia! ¡Parezco una masoquista infligiéndome castigo, o peor aún, una adicta a la amargura que disfruta sufriendo! ¡Sí! ¡Eso es! ¡Si hasta me gusta mirar fotos macabras que horrorizarían al más común de los mortales!

—¡Menuda orgia de autoreproches! —inquirió Daniel, surgiendo *in promptu* sentado a su lado.

Julia lo reojó con ladinos pensamientos...

—¡Vete! —ordenó áspera, acordonando las cejas—. ¡Desde que has aparecido en mí vida no has hecho más que traerme problemas! ¡No quiero verte más!

—¿Acaso pensabas que poner en orden tu vida era un camino de rosas?

—¡Lo que estoy viviendo no se lo deseo al peor de mis enemigos!

—Lo que estás viviendo es la consecuencia inevitable de tu «no vivir anterior». Llevas tanto tiempo desoyendo tus propias necesidades que ahora son muchas las actitudes que has de modificar y los patrones de conducta que has de cambiar. El que todos los días limpia su casa un poquito la mantiene ordenada. El que lleva tiempo sin limpiarla ni ordenarla le parece una tarea imposible organizarla por la cantidad de trabajo acumulado. Y todo el que quiere ser feliz en una casa limpia y ordenada sin pasar por el sufrimiento de ordenarla y limpiarla está irremediabilmente abocado al fracaso: es imposible. En esta vida todo se paga, y no precisamente con dinero. La felicidad y el sufrimiento son dos caras de una misma moneda, y la vida es la moneda que contiene las dos caras. En realidad, lo que ahora estás sufriendo es el precio de tu futura felicidad. ¡O pagas el precio o te quedas donde estás, en el país de los castillos mentales contruidos a medida donde los pobres infelices sueñan despiertos con una utópica felicidad que jamás alcanzarán porque no están dispuestos a pagar el precio de su libertad emocional!

Ambos guardaron silencio.

Julia suspiró ambivalente. Por un lado, se rendía a la evidencia, Daniel estaba en razón. Y por otro, le era imposible hacer a un lado ese dolor que hollaba su interior y deseaba escapar de él aun a costa de su integridad emocional.

—Le pareces al anciano de Kafka —soltó Daniel.

Julia resbaló un deje ignorante a través de sus hombros encogidos.

—¿Quién es ese? —preguntó.

—Kafka fue un escritor de principios del siglo XX. Entre otras genialidades, escribió *El proceso*. En dicho libro un hombre llega a la puerta que conduce al palacio de la gloria e implora al guarda que lo deje pasar, pero el portero se niega a admitirlo. A pesar de que las puertas de la gloria siempre están abiertas, el hombre decide esperar a que le den permiso. Toma asiento y espera durante días, semanas, meses y años. Repetidamente pregunta si ya puede pasar, pero siempre encuentra una respuesta negativa. A lo largo de los años el hombre estudia al portero con atención y aprende a conocerlo todo de él. Finalmente, está viejo y próximo a su muerte. Y, entonces, por primera vez, pregunta: *¿Cómo es que todos estos años nadie más que yo se ha acercado a la puerta de la gloria para entrar?* A lo que el portero contestó: *Nadie sino usted pudo ganar esta puerta, dado que a usted estaba destinada. Ahora, voy a cerrarla.* Entonces, y sólo entonces, el anciano entendió que su pasiva esperanza, carente de valor para saltarse las normas impuestas desde el afuera condicionante, le había privado de disfrutar de los placeres del reluciente palacio. Eso mismo te pasa a ti. Concibes la esperanza de un futuro de felicidad, pero no te es dado actuar de acuerdo con el impulso de tu corazón puesto que los demás te condenan por ser tu misma, y mientras ellos no te den permiso, tú esperas y esperas.

—¡Qué fácil es hablar! —se quejó Julia—. ¡No me hace falta que me compares con ningún anciano, lo que me hace falta es algo a lo que agarrarme!

—¿Qué te caracteriza desde pequeña? —le preguntó.

—No entiendo a qué viene esa pregunta —dudó Julia.

—Confía en mí. ¿Qué te caracteriza desde pequeña?

—Quedar bien. Ganarme la simpatía de todos aun a costa de sacrificar mis propios sentimientos y deseos.

—¿Cómo tiendes a mostrarte frente a los demás?

—Tiendo a mostrarme servicial y complaciente. Tengo el sí fácilón.

—¿Qué es lo contrario del sí servicial y complaciente?

—Un no egoísta.

—Cierra los ojos —pidió Daniel... Julia los cerró—. Céntrate en el sí servicial y complaciente. ¿Cómo es? ¿Qué forma tienes cuando dices Sí?

—Tengo forma de resorte con tendencia a inclinarme hacia delante, sumisa y obediente, siempre muy sonriente, aunque por dentro estoy llena de tristeza. También asemejo ser una celda con barrotes de hierro. Me siento atrapada por la necesidad de quedar bien a través de la servicialidad y la complacencia. Me siento condenada a ejecutar una y otra vez el mismo ritual, desoyendo mis necesidades o sentimientos. Ahora me doy cuenta de que es una actitud falsa. El simple saludar a alguien que me provoca sentimientos de hostilidad representa una falta de respeto personal hacia mí misma. También tengo forma de retención, más exactamente de anclaje. Una especie de «quédate aquí y no te vayas», «sigue siendo la misma y no cambies o serás castigada con el abandono y la soledad». ¿Por qué me siento impulsada a sonreír siempre? ¿Por qué no puedo darme el permiso de mostrar mi descontento o mi desacuerdo? Pretendiendo quedar bien siento que no tengo control sobre mis verdaderos sentimientos.

—Muy bien. Ahora céntrate en el no egoísta. ¿Cómo es? ¿Qué forma tienes cuando dices NO?

—Asemejo ser un ogro al que la gente no se acerca por desagradable, pero también soy decidida y firme. Siendo egoísta no necesito quedar bien, sólo elegir lo mejor para mí, y eso es maravilloso —musitó dándose cuenta de que era cierto—. Colocando un no egoísta me quito de en medio a todos los vampiros que sólo pretenden aprovecharse de mí, y de cara a la galería seré una mala amiga porque no cedo a las presiones de los que desean manipularme, seré una

traidora que se elige a sí misma por encima de los demás, incluso seré una hija de puta que no necesita quedar bien con los demás. Ahora me doy cuenta de que me quiero más cuando digo no si realmente no quiero... y me falta el respeto cuando sin apetecerme digo Si.

—Lo estás haciendo muy bien. Sigue con los ojos cerrados. ¿En qué momento se presenta el sí servicial y complaciente?

—La mayor parte del tiempo soy así. Es como una conducta mecanizada que surge de forma subconsciente y rara vez me percato de ella en tiempo presente.

—¿Y en qué momento se presenta el no egoísta?

—Me surge en momentos de mucho enfado o de rabia desbordada. Sólo entonces soy capaz de elegirme a mí misma y decir lo que pienso. Ahora me doy cuenta de que sólo enfadada soy capaz de tenerme en cuenta.

—¿Qué tiene de positivo y negativo el sí servicial y complaciente?

—Soy amable, educada, respetuosa, con capacidad para dar y ayudar. La parte negativa es que adquiero compromisos que a veces no deseo, y después me enfado conmigo misma por no ser capaz de negarme.

—¿Qué tiene de positivo y negativo el no egoísta?

—Siempre me elijo a mí por encima de los demás. Ahora me doy cuenta de que no me condiciona el qué dirán ni el qué pensarán, lo cual me posibilita elegir en función de lo que me hace falta a mí y no de lo que se espera de mí. La parte negativa es que la soledad es más acuciante y estridente, máxime cuando siempre he estado rodeada de sanguijuelas a las que ahora no les permito chupar.

—¿Para qué sirve el sí servicial y complaciente?

—Para quedar bien y que todos piensen que soy buena. Para no quedarme sola, porque si soy servicial y complaciente siempre

habrá alguien a mi lado. También para cumplir con las expectativas de los demás.

—¿Para qué sirve el no egoísta?

—Para quererme y respetarme. Para espantar a los aprovechados y a las personas que no quieren lo mejor para mí.

—¿Qué sentimiento te provoca el SÍ?

—Placer momentáneo, mientras dura el cara a cara, puesto que después me enfado porque me veo obligada a cumplir con lo pactado sabiendo que no quiero. Si miro todo el conjunto lo que me aporta es negatividad. Una sensación de impotencia por no ser capaz de enfrentar dichas situaciones de forma egoísta, es decir, colocando un rotundo y sano no cuando realmente no quiero.

—¿Qué sentimiento te provoca el NO?

—Un sentimiento de culpabilidad por elegirme a mí misma... —una potente sacudida la dejó congelada inmóvil. Abrió los ojos de par en par...—. ¡Me siento culpable de elegirme a mí misma! —repitió retraída e impactada por la conclusión a la que había llegado—. ¡Me siento culpable de elegirme a mí misma! —insistió escuchando lo que por su boca salía. Su mirada apantallada en ninguna parte evidenciaba la súbita clarificación de sus pensamientos, y como si de una pieza maestra se tratase, multitud de fragmentos encajaron en ese inmenso puzzle desordenado que albergaba en su cabeza...

«Por eso sólo tengo el sí facilón. Colocar un no implica elegirme a mí misma, pero enseguida me embarga el sentimiento de culpabilidad y termino eligiendo lo contrario a mis intereses. — ¡Cada vez me pesa más vivir! ¡No puedo más! ¡Es demasiado! ¡No merece la pena sufrir tanto! ¡Antes era más feliz... sí... se aprovechaban de mí... pero siendo una ignorante este dolor insoportable no tenía que soportarlo! ¡¿Y si tiro la toalla?! ¡Eso de quererme y respetarme siendo egoísta es una gilipollez! ¡Sólo estoy consiguiendo agravar aún más mi desgracia!

¡Parezco una masoquista infligiéndome sufrimiento, o peor aún, una adicta al sufrimiento que disfruta sufriendo! — Es cierto. Toda esta orgia de autoreproches no es más que el castigo por sentirme culpable de haberme elegido a mí misma. — Sientes miedo a que los demás te condenen si te atreves a ser tú misma. — ¡Sara intenta condenarme por mi atrevimiento, igual que hizo María hace dos semanas y Hugo con sus amenazas de ruptura! ¡Y durante todos estos años jamás me he revelado en contra por culpa de este inmovilizante sentimiento de culpabilidad!

—¿No querías algo a lo que agarrarte?! —ofreció Daniel—. ¡Pues ya lo tienes! Ahora «ves» con claridad el motivo que te impide cambiar, el obstáculo que no te deja avanzar, la piedra que estorba en tu camino. Te sientes culpable si te priorizas y por eso decides en función de lo que le hace falta a los demás, nunca de lo que necesitas tú.

Julia lo miró sin saber qué decir. Realmente estaba impactada. Diez minutos atrás todo era negro petróleo y sopesaba tirar la toalla, pero de golpe y porrazo, las tinieblas habían desaparecido otorgándole una comprensión de la situación mucho más profunda y cabal de lo que ella hubiese imaginado jamás. De nuevo miró al frente y dejó su vista extraviarse en ninguna parte...

«¡Ahora todo encaja!» —deslizó liviana—. «¡Me niego a que siga lacerándome! ¡Quererme y respetarme de forma *egoísta* ya no es una gilipollez! ¡Qué ciega he estado todos estos años! ¡Qué imbécil soy! ¡Yo misma he colocado la trampa en la que he caído! ¡No pasa nada! ¡Ahora la veo! ¡Ahora ya lo sé! Gracias Daniel.

—No me las des. Es lo menos que puedo hacer por una mujer tan maravillosa.

Julia esbozó una tibia sonrisa a la par que observó la hora en el móvil: 15:09.

«¡Ya deben estar todos en la Romería!»

Miró a su lado, pero Daniel ya había desaparecido.

El móvil vibró al compás de la música. Era Irene que la estaba llamando...

—¿Has salido ya del trabajo?

—Sí. Acabo de montarme en el coche.

—¿Vas a venir a la Romería? Te lo pregunto para avisarte. Sara le está contando a todo el mundo que la has dejado tirada y dice que en cuanto llegues te vas a enterar.

Aquellas palabras le provocaron una recóndita convulsión. Cerró los ojos y respiró hondo. En el pecho notó una inquietud creciendo en espiral. Poco a poco invadía sus pulmones. El cuerpo de la respiración se tornaba nervioso, escalonado, no armónico. So barrunto inesperado abrió los ojos, iluminada por una certeza de la que nunca había sido consciente. Por primera vez percibió con toda intensidad como el sentimiento de culpabilidad quería apoderarse de ella, pretendiendo devorarla desde dentro como tantas otras veces la había consumido.

«¡No pienso permitir que me siga debilitando! ¡He de aferrarme a mi derecho de defender mi integridad moral! ¡¿Por qué me siento culpable de elegirme a mí misma?! ¡Esta contradicción me está haciendo sufrir! ¡No voy a recular mal que me pese! ¿Acaso hay algo más elevado que respetarme a mí misma? ¡Se acabó el agachar las orejas ante los que pretenden castigarme por no elegirlos a ellos! ¡Si yo no me quiero... ¿quién me querrá?!»

—Julia, ¿estás ahí...?

—Sí.

—¡Chica, pues habla!, ¿o es que te ha comido la lengua el gato?

—No voy a ir a la Romería —respondió firme—. Sara puede enfadarse cuanto quiera, y si el enfado le dura hasta el lunes, ¡mejor!, que se vaya en autobús al trabajo.

—Entonces, ¿le digo a Hugo que no vienes?

—No le digas nada. Ni siquiera le comentes esta conversación. Si me tiene en cuenta llamará, si no me llama, todo ha terminado entre nosotros.

—¿Qué te ocurre? ¡Estás... no sé... rara!

—¡Qué va, Irene! ¡Es al revés! ¡Rara he estado todo este tiempo! ¡Ahora me doy cuenta de que empiezo a estar mejor! ¡Sí! ¡Mejor sola que mal acompañada!

A orillas del caudaloso río de estampa lúgubre, Julia observaba al otro lado la ciudad de la alegría, radiante y jubilosa.

«¿Cómo hago para pasar?!»

Junto a ella, decenas de troncos talados yacían apilados. Se giró atrás y observó la zona pantanosa con sus centenares de lianas colgando de los tétricos árboles. No se lo pensó. Recogió varias decenas de lianas y, con los troncos apilados, confeccionó una balsa para atravesar el río.

—¡No podrás pasar! —escuchó a su derecha. Extrañada observó a una persona que eran dos...

«¿Cómo es posible?!»

—¡Nosotras no te ayudaremos! —arguyeron ellas, sonriendo ambas con la misma boca.

Julia las marcó insidiosa, pero no sabía si nombrar a una, a otra, o a las dos...

«¿Por qué María e Irene aparecen fundidas en una sola persona?! ¿Qué sensación más extraña, están como mezcladas!»

—¡Si te atreves a cruzar el río será tu condena! —advirtieron.

Julia lanzó un reojo a la ciudad de la alegría...

«¡Quiero llegar a ella!»

Se giró y botó la balsa sobre el agua. Agarró un tronco fino a modo de remo y saltó dentro.

—¡No sabes lo que haces! ¡Deberías tener miedo! ¡Haznos caso! —insistieron María e Irene, sonriendo altaneras.

Guardando el equilibrio, Julia comenzó a remar con fuerza y la balsa se alejó de la orilla, pero la corriente resultó ser demasiado

fuerte y, a pesar de los esfuerzos de ésta por mantener la balsa en trayectoria, el recial la arrastró sin control.

—¡Ayudadme! —solicitó angustiada, girándose a María e Irene, fundidas en una sola persona—. ¡Lanzadme una liana!

—¡Has de pagar tu atrevimiento! —arguyeron fiscales—. ¡Ésta es la condena por elegirte a ti misma! ¡Si te revelas la soledad será tu castigo!

La balsa descendió sin control, dando bandazos. Julia se esforzó por mantener el equilibrio, pero le fue imposible. Al entrar en un remolino la balsa volcó. Julia lanzó un grito ahogado a la par que cerraba los ojos de forma instintiva, despertándose asustada aferrada a su almohada.

Suspiró aliviada...

«¡Otra vez el sueño del río! ¡La siesta no me ha servido para descansar! ¡¿María e Irene mezcladas?! ¡Qué sensación más extraña percibir que las dos son una y una son las dos! ¡Qué significará?»

Observó su reloj de Hello Kitty: 18:32.

«¡Seguro aún están todos en la Romería del pueblo!»

El móvil sonó sobre la mesita de noche y lo cogió sin mirar...

—¿Sí...?

—Julia, ¿dónde estás? —preguntó Irene con voz quebrada.

—En mi casa. ¿Qué te ocurre?

—¡Me he pelado con Tomás! —sollozó contenida.

—Vente a mi casa.

—¿Están tus padres?

—No. Están trabajando.

Veinte minutos más tarde, sentadas en el sofá del salón...

—¡Estoy harta de las mentiras de Tomás! —se desahogó Irene, lagrimosa—. Estoy aguantando porque lo quiero mucho, pero cada vez me lo pone más difícil.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Estando en la Romería nos hemos quedado sin hielo, y Tomás ha marchado con Juan a comprar. Han tardado un poco más de la cuenta porque han tenido que venir a la gasolinera de Cúllar: eso han dicho. A mí me ha extrañado porque en el bar del Ventorrillo venden hielo. No les quedaría, he supuesto yo. Y después me entero de que sí lo han comprado allí, pero que se han encontrado a Inma y Susana, que regresaban a Cúllar andando, y Tomás se ha ofrecido a traerlas. ¡¿Cómo me hace esto?! —exhaló rompiendo a llorar—. ¡Me prohíbe hablar con ella y después se ofrece a traerla a Cúllar, a escondidas, y me lo oculta, y cuando se lo he preguntado se ha puesto a pegarme voces tachándome de entrometida delante de todo el mundo! ¡¿Qué quieres que piense?! ¡¿Es que no se da cuenta que su actitud me hace desconfiar además de dolerme el que me humille delante de todos?! ¡Yo ya no sé qué hacer para salvar mi relación! Por favor, Julia, estoy desesperada, ¡habla con Tomás y dile todo lo que hace mal! ¡Igual escuchándote a ti entra en razón, porque a mí no me quiere escuchar!

—De acuerdo. Si te parece bien, mañana quedo para tomar café y hablo con él.

—¡No! ¡Ha de ser ahora que está reciente! ¡Por favor, mañana es tarde! ¡Ayúdame!

«¡Qué irónico!» —pensó Julia—. «No hace ni media hora que he soñado la situación al revés: yo era la que pedía ayuda y ella me condenaba sin prestármela.»

Agarró el móvil y marcó el número de Tomás...

—¡Dime Julia!

—Oye Tomás, ¿aún estás en la Romería?

—Sí, ¿por...?

—Me gustaría hablar contigo cuanto antes. ¡A ser posible ya! Irene lo está pasando mal.

—Me lo he imaginado. De acuerdo —aceptó—. Nos vemos en diez minutos en el parquecillo que hay frente al bar del Ventorrillo.

—Vale. ¡Por cierto, Tomás, no le digas nada a Hugo por favor! No me apetece ir a la Romería y si se entera que he estado cerca se va a enfadar.

—No te preocupes. Ahora nos vemos.

—Hasta ahora —colgó Julia.

—¿Qué te ha dicho? —solicitó Irene, impaciente.

—En diez minutos lo veo —informó levantándose—. Quédate aquí y ahora vengo.

—Gracias Julia. ¡Otra cosa! ¡De lo que te diga no le creas nada que es muy mentiroso! ¡Tiene mucha labia!

«¡Si tan mentiroso es, ¿qué haces con él?!» —pensó para sus adentros. Asintió y salió de su casa...

—Hola Tomás —saludó nada más llegar, sentándose a su lado en el banco que la esperaba.

—Hola Julia. No sé qué te habrá dicho Irene, pero te advierto que estoy muy hartos...

—Es curioso, ella dice lo mismo, pero al revés. También está muy harta.

Tomás negó con la cabeza...

—Estoy aguantando porque la quiero mucho, pero cada vez me lo pone más difícil —arguyó Tomás.

—Tú tienes que entender que si le mientes ella no pueda confiar en ti. Si le prohibes hablar con Inma y después...

—¿Pero de qué hablas?! —cortó alarmado—. ¿Por qué no voy a querer que se hablen?! Lo que pasa es que Irene siempre dice que el día que la enfrente le arranca los pelos, y yo no quiero que se peleen y me niego en rotundo a que la busque, ¡qué es muy diferente!

—¿Y para qué te ofreces a llevar a Inma a Cúllar si sabes que entre ambas el ambiente está candente?

—¡Esto es increíble! ¡Yo no me he ofrecido! Inma y Susana necesitaban regresar urgente a Cúllar y se lo han dicho a Juan. Ponte en esa situación. ¿Qué hago? ¡No, Inma, no os llevo porque mi novia no quiere que me hable contigo! —ironizó—. ¡Por favor, Julia! ¡Yo no soy así! ¡Las he llevado y después le he mentado a Irene, ¡claro!, porque si no me lía el dos de Mayo! ¡Estoy hartos de las mentiras de Irene! ¡No hace más que tergiversar las situaciones para construir la versión que más le conviene!

Julia escuchaba a Tomás intentando aclarar qué estaba pasando...

«¡Irene está harta de las mentiras de Tomás y Tomás está harto de las mentiras de Irene! ¡Irene aguanta porque lo quiere y Tomás aguanta porque la quiere! ¡Irene se queja de que se lo pone cada vez más difícil y Tomás se queja de lo difícil que se lo pone! ¡Esto no tiene ni pies ni cabeza!»

—Y qué me dices de los días que sales corriendo si te llama la peña, ¿sabes de sobra que Irene espera los sábados con ganas para salir contigo?

Tomás se echó las manos a la cara...

—¡Ya sé por dónde viene eso! —receló rememorando—. ¿Recuerdas el domingo que estuvimos en la Alpujarra?

—Sí. Aquel sábado tú y Hugo acudisteis a una reunión con la peña *Los Malayerva*, y a Irene le sentó muy mal porque habíais quedado para salir juntos.

—¡Ahí quería llegar! A Irene nunca le ha molestado que asista a las reuniones, pero como ese domingo íbamos a comer con mis primos, que le caen fatal, pues ese día sí le molestó, y me lió una que ni te imaginas, amenazándome hasta con dejarme. ¡¿Me crees tonto?! —gesticuló expresivo—. ¡Ya la conozco! ¡Buscaba una excusa para pelearse y no ir a comer al día siguiente! ¡Cada vez que no le conviene algo me hace lo mismo! ¡Y a mí también me duelen las cosas, ¿sabes?! ¡Así que le dije que a la peña no iba pero que a comer con mis primos sí, que sabía que era lo que no quería!

—¿Y qué te dijo?

—¡Me amenazó con ir en busca de Inma a arrancarle los pelos! ¡Se puso como loca! No tuve más remedio que ceder y anular la comida con mis primos. ¡Es una pasada! —negó afectado.

El rostro de Julia se desdibujó por momentos...

«¡Irene me ha estado mintiendo todo este tiempo!»

—¡Gracias! —dijo Tomás, mirándola apaciguado.

—¿Por qué? —solicitó sin entender.

—Por escucharme. Creí que Irene te mandaba para atacarme. No es la primera vez que lo hace. No te puedes creer nada de lo que te diga porque es una embustera. Si la dejas hablar mucho, te lleva por donde quiere.

—No se merecen. ¡En fin! Salta a la vista que los dos estáis muy quemados, así que vosotros veréis qué hacéis. Adiós Tomás.

—Hasta luego Julia.

Mientras se alejaba dirección al coche, Julia organizaba con vertiginosa rapidez multitud de pensamientos...

«¡Habla con Tomás y dile todo lo que hace mal! — Creí que Irene te mandaba para atacarme. — ¡De lo que te diga no te creas nada que es muy mentiroso! — No te puedes creer nada de lo que te diga porque es una embustera. — ¡Tiene mucha labia! — Si la dejas hablar mucho, te lleva por donde quiere. — ¡Joder! ¡Los dos tiene la misma versión, pero al revés! ¿Cómo es posible que los dos se acusen de lo mismo? ¿A quién creo? ¿Dirá Tomás la verdad o me habrá liado como me advirtió Irene... o será Irene la que me ha liado como sugiere Tomás? ¡¿Qué está pasando aquí?!»

—¿Qué te ha dicho Tomás? —preguntó Irene, impaciente, nada más entrar Julia en la casa.

—Dice lo mismo que tú, pero al revés. Los dos tenéis las mismas reclamaciones y quejas. La verdad, estoy hecha un lio. ¿Cómo podéis coincidir en lo mismo, pero al contrario? Aquí algo no encaja.

—¡¿Insinúas que te engaño?! —se alteró a la defensiva, alzándose en pie—. ¡Yo no miento!

Julia la miró sorprendida...

—Yo no he dicho eso —relajó—. Sólo que me extraña que ambos coincidiáis en algo que es imposible coincidir —se sentó en el sofá.

—¡¿Pero lo has atacado o no?! ¡¿Le has dicho todo lo que hace mal?! —interrogó Irene, colando una anormal agresividad en su voz.

—He hablado con él y también lo he escuchado.

—¡¿Cómo que has hablado con él?! ¡¿Qué es eso de que lo has escuchado?! ¡No te he pedido que hables nada! ¡Sólo atacarlo! ¡Se supone que eres mi amiga, no suya!

Julia la marcó de nuevo, sorprendida, pues nunca la había visto tan violentada.

—Pregúntale por qué no quiere que escuches a Tomás, sólo atacarlo —instó Daniel, apareciendo echado en la barra que delimitaba el salón y la cocina.

«¿Cómo dices?» —pensó Julia, reojándolo sin respingarse: ya se estaba acostumbrando a sus repentinas apariciones.

—¿Acaso no te estás dando cuenta de lo que está pasando?!
—preguntó Daniel.

«Pues no» —se sinceró, observando como Irene daba vueltas en círculo por el salón mientras despotricaba sin parar.

—Según lo que siempre te ha contado Irene, ¿por qué Tomás no quiere que hable con Inma?

«Irene supone que Tomás le ha mentado en muchas cosas, que le ha dado una versión de los hechos que no se ajusta a la realidad, y para que Irene no se entere de la verdad, Tomás le prohíbe hablar con Inma. Esto siempre según Irene.»

—¡Ahí lo tienes! ¡Sólo tienes que cambiar los personajes!

«¿¿Cómo...?! ¡Déjate de acertijos!»

—¡Qué ciega estás! —negó Daniel—. Irene no quiere que hables con Tomás, sólo atacarlo, porque no quiere que te enteres que te ha estado engañando todo este tiempo. El supuesto miedo de Tomás no es más que la proyección del miedo de Irene. Es ella la que teme que se descubran sus mentiras, y acusa de mentiroso a Tomás en un intento de desviar la atención.

Julia frunció el entrecejo, chocada...

—¿Por qué no quieres que hable con Tomás, que lo escuche? ¿Por qué sólo quieres que lo ataque? —inquirió mirando fijamente a Irene. Ésta se revolvió como alma que lleva al diablo...

—¡Lo último que me esperaba es que desconfiaras de mí! ¡Qué sepas que estoy muy decepcionada contigo! ¡Pensé que eras mi amiga, mi mejor amiga! ¡Pero ya veo que prefieres creer a Tomás antes que a tu mejor amiga! —punzó, encolerizada.

—¡No la creas! —se entrometió Daniel—. ¡Está intentando chantajearte emocionalmente!

—Irene, no me parece bien que utilices nuestra amistad para atacarme —deslizó Julia.

—¡Es que yo confiaba en ti y me has traicionado! —le chilló—. ¡Te he pedido un favor y has hecho lo que te ha dado la gana!

—¡Lo siento Irene! ¡He hecho lo que creía correcto!

—¡Y desde cuándo tú decides lo que es correcto! ¡Sólo has empeorado las cosas! —gritó fuera de sí—. ¡Vete a la mierda! —soltó Irene, dando un portazo al marcharse.

«¡Qué demonios...!»

—No le hagas caso —aconsejó Daniel—. No hay comentarios estúpidos, sino estúpidos que comentan. El problema de las mentes cerradas es que siempre tienen la boca abierta.

Julia pareció no escucharlo, pues no se esperaba tal reacción. En el pecho notó una inquietud creciendo en espiral... — *¡Qué sepas que estoy muy decepcionada contigo!* — Poco a poco la inquietud invadió sus pulmones... — *¡Pensé que eras mi amiga, mi mejor amiga!* — El cuerpo de la respiración se tornó nervioso, escalonado, no armónico... — *¡Pero ya veo que prefieres creer a Tomás antes que a tu mejor amiga!* — ¡Aquí está otra vez! ¡La reconozco! ¡La dichosa culpabilidad pretendiendo apoderarse de mí!

—No te sientas culpable —escurrió Daniel, sentándose a su lado—. Irene ha intentado manipularte y se marcha enfadada porque no lo ha conseguido.

—¿Cómo dices...? —cuestionó dudosa.

—Cuando uno le pide un favor a un amigo, independientemente si el amigo realiza el favor en la forma en que nosotros necesitamos, como mínimo, uno ha de estarle agradecido por haberlo intentado. Pero Irene, enfadándose porque no has hecho lo que ella quería, deja claro que su intención no era la de pedirte un favor, sino la de manipularte enarbolando la bandera de la amistad para conseguir lo que pretendía, atacar a Tomás allende no lo escucharas para mantener a salvo sus

mentiras. Su desproporcionada reacción se debe al miedo de verse «desnudada» en su intención.

—¡Creí que era una verdadera amiga! —trabó apocada—. Siempre he confiado en ella, pero ahora me doy cuenta de que no es muy diferente de María... —un potente *deja vu* la cuajó reminiscente, horas atrás, durante la siesta: *¡Nosotras no te ayudaremos!* —arguyó una de ellas, sonriendo ambas con la misma boca. — «*¿Por qué María e Irene aparecen fundidas en una sola persona?! ¿Qué sensación más extraña; están como mezcladas!*

De súbito Julia marcó a Daniel sopesando una extravagante posibilidad, y éste asintió afirmativo...

—Suele pasar que, en los sueños, a veces, aparezcan personas mezcladas, una especie de dos en uno, lo cual simboliza que ambas tienen algo en común.

—Pero, no lo entiendo —escarbó Julia—. María se sabe que es una aprovechada, sin embargo, Irene no es ninguna aprovechada.

—Te estás quedando en la superficie y por eso las ves diferentes. Para tú aprovecharte de alguien necesitas inevitablemente manipular la realidad circundante para conseguir lo que deseas. María es muy descarada e Irene más sutil, por eso en la superficie aparentan ser diferentes, pero en el fondo son iguales, ambas manipulan la realidad para salir beneficiadas, y si no lo consiguen, montan en cólera —dijo señalando la puerta a modo de recordatorio del portazo dado al marchar—. El hecho que en el sueño hayan aparecido mezcladas se debe a que tu subconsciente percibe lo que tu consciente niega. Tu mente despierta se queda en la superficie, pero tu mente dormida penetra hasta el meollo, y aunque suene paradójico, somos más inteligentes cuando dormimos que estando despiertos, o, dicho de otra manera, despiertos sabemos poco acerca de lo que *sabemos*

cuándo no oímos el ruido de nuestro insensato sentido común. Te aconsejo que confíes más en tus sueños, pues son un acceso directo a la parte más inteligente de ti.

Julia se permitió un corto silencio para reflexionar...

—Qué extraño es el mundo de los sueños —musitó más relajada.

Daniel sonrió...

—En efecto, en nuestros sueños se crean historias que nunca han ocurrido y que seguramente jamás ocurrirán. Las leyes de la lógica que gobiernan nuestras vidas cuando estamos despiertos carecen de fundamento cuando estamos dormidos. El tiempo y el espacio se modifican de manera ilógica dentro del estado onírico; a veces volamos y otras buceamos sin aire; a veces disfrutamos de un sueño erótico y otras padecemos terribles pesadillas; vemos vivas a personas que hace años murieron o recreamos acontecimientos que hace décadas acaecieron; soñamos que estamos aquí y al momento allí; que nos encontramos en dos lugares a la vez o conversando con alguien mezclado con otro, como si fuesen dos personas en una; o de repente ésta desaparece y aparece en su lugar otra muy distinta... incluso entablamos plática con enemigos declarados que sería impensable estando despiertos. Pero en última instancia, cualquiera que sea la función que desempeñemos en el sueño, es nuestro sueño, nosotros le damos forma y somos a la vez actores, guionistas y directores. Lo más curioso de todo es que no hay «como sí» en los sueños. Cuando uno sueña, todo es real, tan real como la vida misma, y sin embargo son dos mundos completamente diferentes. Cuando estamos despiertos vivimos en el mundo velante; cuando dormimos, pasamos al mundo onírico. La cuestión es... ¿cuál de los dos mundos es más real? En el mundo velante estamos sujetos a las leyes físicas además de capacitados para pensar de forma

crítica y constructiva, y nos enorgullecemos de ser capaces de manejar la realidad que nos rodea, y ese supuesto control nos da la impresión de que «sí, ésta es la realidad». Por el contrario, en el mundo onírico, cuando dormimos, no existen las leyes físicas y no somos capaces de manejar los acontecimientos que acaecen en el sueño, sin embargo, sus representaciones simbólicas son más reales que cualquier explicación posible acerca de nosotros mismos, de lo que nos pasa o de lo que sentimos en un momento determinado; lo cual nos lleva a una pregunta inevitable... ¿podemos afirmar con rotundidad que lo que soñamos es irreal, concediéndole el rango de real a lo que vivimos estando despiertos? Hace dos mil seiscientos años, un poeta chino llamado Chuang Tzu, escribió: *anoche soñé que era una mariposa, pero ahora despierto, no sé si soy un hombre que ha soñado que era una mariposa, o soy una mariposa que ahora está soñando que es un hombre* —recitó Daniel, antes de desaparecer.

Nuevamente el sonido del móvil llamó su atención. Era Hugo...

—¿Por qué no quieres que me entere que has estado en el Ventorrillo hablando con Tomás?! —vociferó nada más descolgar...

«¡No puede ser!» —caviló cazada—. «¡Irene lo ha llamado para contarle de nuestra conversación!»

—¿Qué tienes que ocultar?!

—¡No me puedo creer que Irene te haya dicho eso!

—¿Acaso lo vas a negar?! —porfió agresivo.

—¡No lo voy a negar! ¡No quería que te enterases porque no me apetece ir a la Romería!

—¿Y si no te apetece venir a la Romería a qué viene eso de que si no te llamo todo ha terminado entre nosotros?! —importunó fuera de sí.

«¡Joder! ¡También le ha dicho eso! ¡¿Pero qué coño le pasa a Irene?! — ¡Has de pagar tu atrevimiento! —arguyeron fiscales—. ¡Ésta es la condena por elegirte a ti misma! ¡Si te revelas la soledad será tu castigo! — ¡La premonición del sueño se está cumpliendo! ¡Esto me pasa por ser egoísta y pensar en mí! ¡Un momento! ¡¿Otra vez sintiéndome culpable por elegirme a mí misma?! ¡No! ¡Me niego mal que me pese! ¿Cómo era la frase que me dijo Daniel? — No sé lo que quiero; sé, lo que no quiero. — ¿Qué no quiero? ¡No quiero que me hagan sentir culpable por ser quien soy! ¡Yo...! ¡Qui...! ¡Yo quiero que me respeten, empezando por mi pareja!»

—¡¿Por qué no contestas?! —machacó Hugo, ponzoñoso—. ¡Ya no sabes qué decir, ¿eh?! —

—¡Sí sé qué decir! —respondió templada, ante la sorpresa de Hugo—. Lo nuestro ha acabado. No te consiento que me sigas faltando al respeto.

—¡¿Encima te pones chula?! —inquirió furioso—. ¡Tú lo has querido! ¡Te dejo! ¡Ya no quiero estar más contigo! —berreó colgando.

«¡¿Pero si he sido yo la que te ha dejado?!» —pensó Julia, cuajada.

No hay remedio, el narcisismo de los hombres les impide aceptar la realidad allende tergiversarla para que les favorezca. Ellos nunca tienen la culpa, y puesto que su vanidad consiste en tener éxito, y se ve en la obligación de no fallar en sus elecciones, alegar haber roto la relación porque ella no está a la altura es una victoria, aunque sea mentira.

Julia, postrada en el sofá, cerró los ojos dirimiendo la situación...

«¡Madre mía! ¡Todo se me viene encima! ¡¿Cómo ha sido capaz Irene de hacerme esto?!» Los ojos se le cargaron de penoso líquido. Resopló angustiada, por momentos ahogada en

incertidumbre. «¿Qué va a ser de mí? ¡Joder! ¡Si me estoy eligiendo a mí misma, ¿por qué sigo perdida y sin rumbo?! ¡No sé hacia dónde tirar! ¡Haga lo que haga no consigo desprenderme de esta exasperante sensación de fútil debilidad!»

Observó el reloj de la pared: 20:39. Se levantó del sofá y entró en su dormitorio. Prendió el portátil. Se conectó a Internet. Tecleó accidentes mortales y una a una fue pasando fotos, deteniéndose en las que aparecían cuerpos cercenados, piernas desmochadas y brazos sesgados. La angustia disminuyó rápido.

—¡Julia! —gritó la madre desde atrás. El repenque le cortó hasta la respiración. Estaba tan absorta imbuida en su macabra pasión que no la había escuchado llegar—. ¡¿Otra vez viendo esas monstruosidades?! ¡Apaga ahora mismo el portátil! —ordenó haciéndola a un lado y cerrando la pantalla.

Julia quedó apocada...

—¡Me tienes preocupada! —arguyó la madre, perdida sin entender—. ¡La próxima vez que te pille observando ese tipo de fotos te voy a llevar a un psicólogo! —avisó marchándose con el portátil bajo el brazo.

«¡¿Qué más me puede pasar hoy?!» —pensó abatida, notando la esclerótica cargarse humedecida. Se levantó y cerró la puerta. No le apetecía ver a nadie. Sin saber por qué, posó su mirada en lo alto de la repisa. Así permaneció unos segundos, atrapada en la observancia de la pequeña estatuilla de escayola de Juana de Arco, con su imponente corcel blanco alzado sobre dos patas y blandiendo su espada al aire. Seguido se tumbó en la cama y comenzó a plañir. Necesitaba vaciarse y liberar tensión. Cada vez se sentía más sola. Menos comprendida. Más necesitada. Menos acompañada. Más aislada...

Julia lucía cota metálica, armadura y yelmo ornado con pluma roja. Cabalgando veloz a lomos de un poderoso corcel blanco, se situó en lo alto de un promontorio donde volvió la vista atrás. Impertérrita blandió la espada al aire y sus ejércitos la aclamaron de forma entusiasta...

Lentamente abrió los ojos dejando que la luz bañara sus retinas. «¡Qué sueño más raro!» —pensó encendiendo la luz. A trompicones accedió al cuarto de baño y se despejó. De regreso a su dormitorio, abrió al completo la ventana y se sentó en la silla del escritorio. Cerró los ojos y suspiró pausada. A su memoria accedieron recuerdos del día anterior...

«Sara le está contando a todo el mundo que la has dejado tirada y dice que en cuanto llegues te vas a enterar... — Por favor, Julia, estoy desesperada, ¡habla con Tomás y dile todo lo que hace mal! — ¡¿Cómo que has hablado con él?! ¡¿Qué es eso de que lo has escuchado?! — ¡Desde cuando tú decides lo que es correcto! ¡Sólo has empeorado las cosas! ¡Vete a la mierda! — ¡¿Por qué no quieres que me entere que has estado en el Ventorrillo hablando con Tomás?! — Lo nuestro ha acabado. — ¡¿Encima te pones chula!? ¡Tú lo has querido! ¡Te dejo! ¡Ya no quiero estar contigo! — ¡Julia! ¡Otra vez viendo esas monstruosidades! ¡La próxima vez te llevo a un psicólogo! — Menudo día ayer. Para olvidar...»

—¿Qué te ocurre? —Julia respingó encontrándose a Daniel sentado frente a ella en el filo de la cama.

—Nada —respondió.

—Dices nada de una forma que no suena a nada.

—¿Y a qué suena?

—A algo más...

—Esta noche he soñado raro —resbaló pretendiendo evitar hablar del día anterior—. Estaba vestida como los antiguos caballeros medievales y cabalgaba veloz a lomos de un corcel blanco. Al llegar a lo alto de una loma, alcé mi espada al aire y mis ejércitos me aclamaron de forma entusiasta. Ha sido corto pero intenso.

—Al ser tan pequeño el simbolismo está muy encriptado. Sin duda se trata de un sueño del grupo de los *personales*. ¿Qué se te ocurre acerca del sueño? —preguntó Daniel—. Dime lo primero que te pase por la cabeza...

—No sé. Es muy disparatado. Sinceramente no quiero ser el centro de atención de nada, con o sin aclamaciones entusiastas. No creo tener la suficiente ambición como para gobernar a miles de soldados.

—Sin embargo, es tu sueño, tú lo has creado y te has asignado un papel importante dentro de él. ¡Eso debe ser por algo! Concéntrate en el sueño... dónde estás... el corcel blanco... las tropas aclamándote... y dime que te surge de todo ello.

—El lugar no lo reconozco, y lo de las tropas no me sugiere nada, pero lo del corcel blanco sí —asoció señalando la estatuilla de Juana de Arco en lo alto de la repisa. Daniel la observó detenido...

—¿Desde cuándo te gusta Juana de Arco?

—Desde muy chiquita siempre me gustó por ser una mujer impávida y valerosa. Recuerdo que con diez u once años me pusieron aparatos en los dientes; no me los colocaron antes porque debían esperar a que se me cayesen los de leche. En aquella época se reían mucho de mí. Eran muchos los días que

llegaba a mi casa llorando porque me sentía rechazada por mis compañeros, además de impotente y torpe porque no podía hacer nada para cambiar la situación que me había tocado vivir. Por aquella época leía todo lo que encontraba sobre Juana de Arco, ¡incluso veía la película una y otra vez! Pasaba muchas horas soñando despierta e imaginándome que era como ella, impávida y valerosa. En aquellas fantasías de niñez yo era Juana de Arco, admirada por mis amigas y temida por los que se reían de mí. Tiempo después, cuando me retiraron los aparatos de los dientes e ingresé en el instituto, ya había olvidado mi culto a Juana y mis sueños arcaicos. Ahora que lo pienso creo que no me he vuelto a acordar de esa época hasta ahora.

—¡Es fascinante! —musitó Daniel.

—¿El qué es fascinante? —interrogó Julia.

—La manera en que tu subconsciente ha revelado la raíz de todos tus temores e inseguridades. El origen de tu sí facilón, servicial y complaciente.

Julia arremangó el rostro, deseosa de escuchar la respuesta...

—Por lo que me has contado, cuando eras chiquita y te pusieron los aparatos, te sentiste rechazada por tus compañeros porque se reían de ti, además de impotente y torpe porque no podías hacer nada para cambiar la situación. En aquella época hirieron profundamente tu dignidad, te cargaron de temores e inseguridades y te refugiaste en la fantasía de «ser» Juana de Arco para contrarrestar tus debilidades. Después, cuando te quitaron los aparatos, todo aquello cayó en el olvido, pero aquellas experiencias dejaron una Julia que se arrastraba por el mundo con su autoestima mutilada. Por culpa de aquellos años te comenzaste a comportar de manera complaciente y servicial por temor a ser nuevamente rechazada, y sin darte cuenta, cultivaste el sí facilón a modo de defensa de tu propio miedo. Todas tus debilidades e inseguridades las arrastras desde aquellos años en que aplastaron tu confianza en ti misma. Pero anoche, muchos años después, volviste a

soñar que «eras» Juana de Arco... ¿por qué? Porque ayer te atacaron por todos lados y te volviste a sentir humillada, rechazada, impotente y torpe, como cuando tenías diez años. Es fascinante la forma en que tu subconsciente ha entretejido una trama tan aguda y finamente hilada, que no sólo ha representado de forma magistral cómo te sientes en realidad, además nos ha señalado el origen del problema en tan sólo una escena. ¡Qué maravilla!

—¿Y ahora qué...?

—En el mundo hay dos tipos de personas. Están las que sufren sin saber por qué sufren y desean saberlo para dejar de sufrir. Y están las que sufren sin saberlo y prefieren seguir sin saberlo porque en realidad les da miedo vivir sin sufrir. ¿Me preguntas y ahora qué...? Ahora tienes que elegir: o dejas de sufrir ahora que lo sabes o lo olvidas para seguir sufriendo; o sigues estancada en la Julia de diez años que aún llora porque se siente herida y rechazada o dejas el pasado atrás, tomas las riendas de tu propia vida y la enfrentas con la valentía del que sabe que nada es para siempre. Lo que hoy pasa sólo pasa hoy... mañana es otra historia. Ánimo, Julia, tú puedes. No debes olvidar que eres maravillosa.

—Gracias Daniel —sonrió—. ¿Pero podrías ser más explícito?

—¿Cómo te sientes ahora mismo? —respondió con otra pregunta.

—Triste, ansiosa, deprimida...

—No, Julia. Otra vez. ¿Cómo te sientes ahora mismo?

—Traicionada, desilusionada, desengañada...

—No. Otra vez. ¿Cómo te sientes ahora mismo?

Julia reflexionó unos segundos, suspiro y...

—Me siento «obligada» a estar sola porque me han rechazado y abandonado.

—Eso es. Te sientes «obligada» a estar sola porque te han abandonado y rechazado. Aquí está el quid de la cuestión. Si quieres ser una Julia nueva, la Julia antigua debe morir. Y la Julia antigua se siente «obligada» a estar sola, porque el devenir así se lo ha deparado y ella se ha resignado a su suerte, pero la nueva Julia no se siente «obligada» a nada, sino que por el contrario lo «elige». Cambia la «obligación» por la «elección»; deja de sentir el peso del «debes ser» y empieza a pensar en términos de «yo elijo»; apártate de la gente que te hace sufrir; «elige» vaciarte para volver a llenarte y pronto volverás a ser TÚ.

—¿Y qué voy a hacer aquí metida? —preguntó reojando su habitación, amedrentada por la idea de la soledad.

—¡Estudiar medicina! Has de ingresar en la Universidad y hacer aquello para lo que estás dotada.

—¿De qué estás hablando? —dengueó contrariada.

—¡De tu macabra pasión!

Julia, perpleja, soltó un grito ahogado...

«¡Lo sabe!»

De inmediato aguaitó avergonzada...

—¿Por qué me gusta todo eso? —preguntó temblona a la vez que esperanzada en que Daniel resolviera el enigma.

—Tienes un don muy especial, pero como todos los dones, está acompañado por una terrible condena. Eres extremadamente sensible y por eso sufres tanto por todo lo que te ocurre, pero esa extrema sensibilidad es la que te permite hacer lo que ningún otro ser humano puede hacer. Posees la impresionante capacidad de desconectar anímicamente de sensaciones y emociones, y por eso ni te ruboriza ni te intimida ver directamente miembros amputados, desmembrados o decapitados. Imagina cuántas vidas hubieses podido salvar, por ejemplo, en el accidente de tren de Santiago de Compostela de 2013, o el 11M en el atentado

terrorista de la estación de Atocha de 2004. Por más dantesca que sea la situación de muertos, heridos y cuerpos destrozados, por más que reine el caos y la destrucción a tu alrededor, tu don para desconectar anímicamente de lo que te rodea te permite pensar con más claridad y rapidez que el resto de los mortales. Allí donde otros sucumben con facilidad a la presión del horror imperante, congelados por mortíferas escenas, tú te yergues salvadora de multitud de vidas. Si quieres ser feliz debes aceptar quién eres, pero, sobre todo, no darle la espalda a aquello para lo que sirves. Debes aprovechar el don que el Jefe te ha concedido y no desperdiciarlo. Ponte a estudiar y haz aquello para lo que has sido dotada, pues sólo así conseguirás vivir una vida que te llene por completo.

—¡Julia! —llamó su madre, tocando la puerta. Daniel desapareció—. Hugo está en la entrada del bloque. Dice que salgas.

«¿Qué querrá? ¡No quiero ni verlo!» —pensó cerrando los ojos. Respiró profundo, como cogiendo fuerza, y salió a su encuentro. Atravesó el pasillo y accedió al salón. De refilón observó a su madre en la encimera de la cocina limpiando espárragos. Salió al patio interior del bloque, acotado por pequeñas barbetas a lo largo. Accedió a la entrada y abrió la pesada puerta de hierro. Allí estaba Hugo, de pie en la rampa de acceso.

—¿Qué quieres? —inquirió con el rostro fruncido y la mirada afilada.

—¡Tranquilízate que vengo a arreglar las cosas? —punzó Hugo a la defensiva.

—¡Ya...! ¡La historia de siempre! ¡Hago lo que me da la gana y si protestas te dejo para después arreglar las cosas y seguir

haciendo lo que me da la gana! ¡No Hugo! ¡Ya no más! ¡Se acabó!

—¿Eso es lo que me quieres?! —porfió elevando el tono de voz—. ¡No vales una mierda! ¡Al final tendré que dejarte de verdad! —amenazó.

«¡Otra vez con ser él el que rompe la relación! ¡Será estúpido!»

—Espérate un momento que tengo que darte algo —pidió con mucho temple. Hugo la fijó desconfiado mientras Julia entraba de nuevo en su casa.

—¿Me puedes dar un puñado de espárragos? —solicitó a su madre.

—Claro. ¿Para qué los quieres?

—Son para Hugo —respondió tomando los que le cabían en una mano.

—¿Te ocurre algo? Tienes mala cara.

—¡Sí, madre! Tengo un problema que voy a solucionar ahora mismo —arguyó saliendo decidida. Atravesó el patio interior y de nuevo abrió la puerta de hierro...

—¡Toma! —le entregó el puñado que portaba en la mano. Hugo los miró extrañado.

—¿Para qué quiero yo estos espárragos? —preguntó incrédulo, cogiéndolos.

—¡Para que te vayas a freír espárragos! ¡A ver si te queda claro de una vez! —zanjó dando un portazo en sus narices.

Hugo, lleno de ira, lanzó los espárragos contra la puerta regalando insultos y desprecios.

Julia, decidida, regresó a su casa y accedió a su dormitorio. Tomó el móvil y conectó el WhatsApp... contacto de Hugo... opciones... bloquear. Después entró en la agenda... Hugo... opciones... borrar número. Y por último en las redes sociales... eliminar de la lista de amigos.

«Cuando la cosa se acaba... ¡se acaba!» —pensó resuelta, sintiendo la extraña certeza de que estaba haciendo lo mejor para ella.

Al día siguiente, a las 14:25, Julia se dispuso a partir al trabajo en turno de tarde. Abandonó las cocheras y se detuvo en la esquina...

«¿Qué hago?» —se preguntó a sí misma. Frente a ella la calle que daba a la carretera para marchar directa al trabajo. A su derecha la calle que se adentraba en el pueblo para recoger a Sara. «¿Me paso por la Plaza del Pilar o me voy directamente sin Sara? — *Sara le está contando a todo el mundo que la has dejado tirada y que en cuanto llegues te vas a enterar...* — No me ha llamado ni preguntado... — *Apártate de la gente que te hace sufrir; «elige» vaciarte para volver a llenarte y pronto volverás a ser TÚ.* — Daniel tiene razón. ¿Por qué he de preocuparme si ella no se preocupa? ¡Me voy directa al trabajo!»

Miró al frente... embragó... metió primera... pero se quedó clavada en el sitio. Una ventolera se alzó en su interior, invadiendo su respiración al punto de tornarla nerviosa y acelerada. «¡Ya está aquí la dichosa culpabilidad consumiéndome por dentro!» —se percató—. «Mejor me paso por si acaso Sara está esperándome.» Giró a la derecha y se adentró en el pueblo. Conforme se acercaba a la Plaza del Pilar, su respiración se apaciguaba de forma inversamente proporcional a los pensamientos autocríticos que la embargaban. «¿Qué estás haciendo, Julia?! ¡Te sientes culpable de elegirte a ti misma... lo sabes... y aun así sucumbes ante ella! ¿Ella...?», muequeó extrañada, rescatando recuerdos... «¿*Realmente crees que me afecta el miedo «ese»? — Dices el miedo «ese»; como si «ese» miedo no fuese tuyo; como si estuviese fuera de ti.* — ¡No puede

ser! Hablando de mi culpabilidad en tercera persona la estoy sacando de mí, no la reconozco como propia, sino como algo ajeno a mí. ¡Maldita sea! A veces pienso que antes era más feliz. Tanta ambivalencia me carcome por dentro.»

Rodeó la Plaza del Pilar, pero ni rastro de Sara...

«¡Ahora me siento una estúpida! ¡Esta maldita culpabilidad me provoca una angustia insoportable, me deja echa un despojo a merced del temor! ¡Esto me pasa por hacer supuestos y crearme mis propias cávalas! ¡Qué orgullosa es Sara! ¡Prefiere perder el trabajo a pedir perdón o levantarse a su hora!»

Veinte minutos más tarde, Julia atravesó la puerta de personal del supermercado. De golpe quedó frenada por una imagen que no se esperaba: Sara hablaba con la encargada a escasos diez metros...

«¿Cómo ha venido? ¿Qué le estará diciendo?»

La encargada se alejó por uno de los pasillos y, Sara, con el rostro tensionado y clavándole una mirada punzante, comenzó a andar hacia Julia. De sopetón el corazón le pulsionó frenético y el cuerpo entero le fluctuó. Al pasar a su lado la avizó de arriba abajo con desdén, pero sin decirle una palabra.

Julia no pudo soportarle la mirada, la cual desplomó al suelo.

Sara pasó de largo y salió por la puerta de personal.

«¿Qué habrá pasado?»

Horas después, a media tarde, Julia repasaba las fechas de caducidad en la sección de carnicería. Retiraba las bandejas caducadas, adelantaba las más cercanas a la fecha límite y atrasaba las que con margen andaban. Su cabeza gacha y su rostro sin luz evidenciaban el asedio de pensamientos que por su cabeza circulaban...

«¿Qué habrá pasado con Sara? ¿Cuál será el contenido de la conversación con la encargada?» —una clienta se colocó al lado de Julia—. «Por lo menos ayer puse punto final a mi relación con Hugo —prosiguió pensando—. Estamos en mayo. La universidad no empieza hasta septiembre. ¿Qué hago pensando en la universidad? Sí, creo que voy a estudiar medicina como me ha aconsejado Daniel. ¿Cómo ha podido Irene traicionarme de esta manera?»

—¡Julia! —escuchó a su lado. El tono grave y la forma contundente en que había sido nombrada le provocó sobrecogimiento. Con vista perpleja observó a su encargada. Estaba tan absorta en pensamientos que no se había percatado del traje rojo vivo que la caracterizaba. La misma sostenía una bandeja de carne en la mano y con un dedo señaló la fecha límite.

—¿Qué día es hoy?

Julia se quedó en blanco. Con tantos frentes abiertos golpeando su cabeza no asociaba el día con una fecha concreta. La encargada negó con la cabeza...

—¡Hoy es 13 de mayo! ¡Y la fecha límite es 13 de mayo! —reprendió enérgica. De inmediato se puso a revisar todas las bandejas, mascullando—. ¡Sara me ha pedido un cambio de turno

para no coincidir contigo! —Julia la marcó confusa—. ¡Dice que te quedas dormida cada dos por tres, que te lo ha reprochado muchas veces, que la semana pasada tuvisteis una fuerte discusión por este tema y que en venganza el sábado la dejaste tirada! ¿Quién es la que se queda dormida de las dos? —preguntó en tono fiscal—. ¿O te vas a quedar callada como siempre? —apuntilló la faena.

Julia desplomó su vista al suelo, reflexiva...

«¡¿Cómo me como esto?! ¡¿Qué harta estoy?!»

Arrugó la frente y elevó de nuevo la barbilla...

—Creo que en pocos días sabrá cuál de las dos se queda dormida. Tenga paciencia. Y le pido disculpas por mi despiste con la fecha límite —le dijo quitándole la bandeja de las manos—. No volverá a ocurrir.

Decidida, retomó su tarea desde el principio. La encargada, a su lado, la registró chocada, incapaz fue de marcharse sin decir nada...

—¡Finge alegría que trabajas cara al público! ¡Ya me estoy cansando de esa cara arrastrada por el suelo!

Julia la miró y le regaló una sonrisa irónica mientras la encargada se alejaba por el pasillo.

—¡Has estado espabilada! —felicitó Daniel, apareciendo en el lado contrario.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete! ¡No puedes estar! —murmuró.

—¿Por qué? Nadie me ve y nadie me oye —dudó colocándose en el camino de un cliente rechoncho. Julia observó como el cliente lo atravesaba como si fuese niebla.

—¡Lo ves! Sí que puedo estar aquí.

Julia negó levemente, resignada. En silencio prosiguió con la revisión de las fechas. Daniel se acercó y se inclinó a ella...

—Cuando llegue el descanso, merienda sola y hablamos...

En el descanso, Julia se sentó en la terraza de un bar retirado...

—¿Qué quiere tomar? —preguntó el camarero.

—Café solo y tostada de pate.

Julia siguió al camarero con la vista.

—¡Tienes mala cara! —señaló Daniel, a su izquierda, observándola fijamente.

«Este trabajo me carga mucho, y encima es una carga que va en aumento», respondió con el pensamiento.

—¿Por qué? —preguntó Daniel.

«Me veo obligada a forzar sonrisas que no me apetecen y cada día me pesa más. Me canso de tanto fingir. ¡Salgo con un desgane del trabajo que ni te imaginas!

—Sí que lo imagino. Eso es lo que tiene este mundo insincero —señaló Daniel—. Y trabajos como el tuyo acentúan aún más la *falsedad*. Lo que prima no es la persona ni lo que ésta sienta, sino el valor económico que se le puede sacar al cliente con la sonrisa del dependiente. ¡El mundo está sumido en una tremenda contradicción!

«¿A qué te refieres?»

—A que en teoría la sociedad castiga la *falsedad* por tener mala prensa y, por lo tanto, nadie se reconoce a sí mismo como alguien *falso*; todo el mundo asegura ser muy sincero. Pero en la práctica, por ejemplo, todos actuamos *falsamente* cuando saludamos con una sonrisa a alguien a quien en realidad detestamos. Como ser *falso* está mal visto, no reconocemos nuestra parte *falsa*, y jamás abandonaremos nuestra *falsa* actitud por pensar que no albergamos en nuestro ser nada de *falsedad*. En realidad, trabajos como el tuyo hacen de las personas seres deprimidos, sin espontaneidad y gobernados por *pseudosentimientos*.

«A veces me amedrentas cuando hablas», muequeó convencida.

—Aquí tiene lo que ha pedido —soltó el camarero en la mesa.

—Gracias.

En cuanto se hubo retirado bandeja en mano...

«¿Qué es un *pseudosentimiento*?», curioseó Julia.

—Un *pseudosentimiento* es un sentimiento que no nace en el interior de uno mismo, sino que es inculcado desde el afuera condicionante, o, dicho de otra manera, no sientes para nada la sonrisa que luces, pero te ves obligada a forzarla puesto que tu trabajo exige esa actitud. Te pegas ocho horas fingiendo ser feliz cuando en realidad estás triste. Sonríes, pero tienes ganas de llorar. Y cuando sales del trabajo lo haces tan cansada de simular ser quién no eres que estás malhumorada, con el ceño fruncido y pensando que la vida es un asco. Poco a poco la vida se convierte en una pesada carga, en una cáscara vacía porque nada de lo que sientes es verdadero; todo ha sido sustituido por *pseudosentimientos*.

**No se puede ser feliz fingiendo ser quién no se es,
aunque ser quienes somos nos cueste la enemistad de
muchos.**

«¿Sabes que a veces llegas a ser un pelín cabroncete? —reprochó Julia—. Me conformo con que me digas que mi vida puede ser mejor y no con una radiografía de lo triste y penosa que es.»

—Lo siento —se excusó encogiendo los hombros—. Si te encuentras con un esclavo dormido y sabes que sueña con la libertad, ¿qué haces? ¿Lo despiertas o lo dejas soñar que es libre?

«Lo dejo soñar con la libertad.»

—¡Error! ¡Despiértalo y hazle ver que es un esclavo, porque sólo desde la consciencia de su esclavitud, podrá algún día ser libre!

Julia lo marcó chocada.

—Imagina que te atan con cadenas invisibles —prosiguió Daniel—, no suenan, no las notas y no pesan, pero te impiden ser libre. Como no las ves, no puedes liberarte de ellas; ni siquiera sabes que están, ¡pero si las vieses!, entonces todo sería diferente; ahora podrías buscar la manera de romperlas para ser libre, ¿verdad? Soy un pelín cabroncete, como dices, para que despiertes del sueño en el que vives, para que te des cuenta de que eres esclava y puedas mediante la consciencia de tu esclavitud, liberarte de las cadenas que te atenazan.

Julia asintió levemente...

«¿Cómo se llegan a sustituir sentimientos por pseudosentimientos?», preguntó.

—Te cuento una historia...

Fulanito, Menganito y Periquito los Palotes.

Fulanito va andando por Cúllar Vega acompañado de su hijo Menganito, de cinco años, y a lo lejos ve que se acerca de frente Periquito los Palotes, que curiosamente lleva sin verlo varias semanas. De inmediato Fulanito baja la cabeza deseando no haberlo visto, y sin poderlo evitar, espeta en voz alta...

—¡Ahí viene el imbécil ese!

El hijo mira a su padre y después observa a Periquito los Palotes, habiéndose percatado que a su padre no le hace ninguna gracia cruzarse con dicha persona.

—¿Por qué papá? —pregunta el hijo, deseoso de saber.

Entonces Fulanito le responde a su hijo con toda una salva de reproches...

—¡Porque siempre sabe de todo o conoce a quien lo sabe! ¡Y no digamos si le contamos que nos hemos comprado algo, seguro que él ya lo tiene o conoce a quien lo tiene incluso mejor! ¡Pero lo que más me revienta es que siempre quiere tener la razón y no tiene reparos en hacer pequeñas modificaciones dentro de sus propios argumentos para salirse con la suya! ¡Qué mal me cae el muy imbécil! ¡No quiero ni saludarlo! ¡Seguro que si le decimos que mamá se ha echado a puta nos dice que la suya también, o que su cuñada trabaja en ello o algo por el estilo! ¡Qué tío más pedante, ridículo y estúpido! ¡Qué mala suerte habérmolo encontrado! ¡Qué faena tenerlo que saludar!

—¡Hola Fulanito! ¡Cuánto tiempo sin verte! —saludó efusivo el imbécil de Periquito los Palotes.

—¡Hombre Periquito! ¡No me había dado cuenta! ¡Qué alegría me da verte! ¿Cómo te encuentras? —le pregunta risueño Fulanito, mientras su hijo asiste atento y en silencio a la diferencia entre lo que el padre realmente siente y cómo se comporta frente a Periquito los palotes.

—Me encuentro bien —responde Periquito los Palotes—. ¿Cómo está Menganito? —pregunta mirando al niño, a la vez que le profiere una caricia en el rostro.

En ese momento, el hijo, aparta la cara en un gesto más que evidente de repulsa, para enseguida, mirarlo con el ceño fruncido; el niño siente hostilidad hacia Periquito los Palotes por todo cuanto ha escuchado de su padre. Entonces, casi de inmediato, el padre reprende al niño (por expresar sus verdaderos sentimientos), y lo insta a sonreírle y a saludarlo (mostrando falsos sentimientos; pseudosentimientos).

—¡Saluda a Menganito! ¿Por qué te comportas así? ¡Cuchi que tonto está! ¡Pero si no te come!

El niño se amedrenta ante tal contradicción, se agarra con más fuerza a la mano de su padre, se esconde detrás y agacha la cabeza, lleno de dudas.

—¡Discúlpalo, son cosas de crios! —dice el padre.

—No te preocupes —responde Periquito—. ¿Recuerdas el viaje que hiciste el año pasado con tu mujer a Inglaterra? Yo acabo de llegar de Estados Unidos.

—¿Has estado en América? —pregunta Fulanito, haciéndose el sorprendido, pues en realidad no le extraña nada que Periquito los Palotes hubiese ido más lejos que él, y por supuesto, que se lo haya contado nada más verlo, porque si va a Estados Unidos y no se lo cuenta... ¿Para qué va...?

—Te invito a tomar un café y te cuento.

—Vamos —acepta Fulanito, arrastrando de su hijo Menganito, que ahora sí, se siente completamente perdido con el comportamiento del padre.

Media hora después, Fulanito y su hijo Menganito se despiden de Periquito los Palotes, y pasados unos instantes, cuando están lo suficientemente alejados, el padre vuelve a despotricar sobre Periquito los Palotes, esta vez con más saña, y el niño, que nuevamente advierte la contradicción del padre, le pregunta...

—Papá, ¿por qué hemos ido a tomar café con Periquito los Palotes si tan mal te cae?

Entonces el padre, enfadado porque su hijo lo ha puesto en evidencia sacando a la luz su actitud incongruente, lo reprende violentamente, para que el niño no se atreva más a hacerlo otra vez...

—¡No preguntes tonterías mocoso estúpido! ¡Cuando seas grande lo entenderás!

De esta manera, el padre sofoca el pensamiento crítico del niño, que, habiendo aprendido la lección, reprime su capacidad de «darse cuenta» hasta anularla por completo (para no cabrear al padre o a la madre, según proceda).

Daniel hizo una breve pausa...

—En esta historia podemos advertir fácilmente cómo desde muy temprano se enseña al niño a ser *falso* e insincero, a ensayar *pseudosentimientos*, es decir, a experimentar sentimientos que de ninguna manera son *suyos*; a sonreír al ver a alguien aun cuando ese alguien no le cae bien, a sentir simpatía hacia la gente aun estando triste; a mostrarse amistoso con todos a pesar de estar enfadado con muchos; y si muestra una espontánea hostilidad contra alguien, es reprendido por ello a la mayor brevedad posible. Ser amistoso, alegre y todo lo que se supone deba expresar una sonrisa se transforma en una respuesta automática que se enciende y apaga como un interruptor de luz eléctrica. No hay que olvidar que el niño pequeño percibe la *falsedad*, pero pronto empieza a reprimir su percepción porque le crea una terrible contradicción; los mayores son su espejo para imitar, y se autodenominan sinceros castigando enérgicamente la *falsedad*... pero de actitud son los primeros en ser *falsos*. Así, el niño crece aprendiendo que la gente es *falsa*, pero no hay que reconocerlo; la *falsedad* es mala, pero se puede ejercer siempre que se niegue. De esta manera, obligado a sonreír por un lado y a reprimir su hostilidad por el otro, el niño con el tiempo pierde la capacidad de advertir cuáles son sus verdaderos sentimientos; los *pseudosentimientos* ahora se han convertido en su realidad.

—Qué triste suena lo que dices —musitó Julia.

—Así es. Tristemente en este mundo, cada vez más, se sustituyen los verdaderos sentimientos por *pseudosentimientos* socialmente adaptados; es la norma, lo que todos hacemos en nuestro día a día; aparentar que sentimos lo que no sentimos. La sociedad nos «educa» de esta manera y nos llama «normales» o «mentalmente sanos»... ¡y esta enseñanza está destruyendo quiénes somos! Lo más preocupante es que todo esto está infectando las relaciones interpersonales de centro a centro. Por regla general, cuando conocemos a alguien y nos percatamos que esa persona es capaz de «ver más allá», es decir, puede abandonar nuestra periferia, penetrar nuestra superficie y ahondar en nuestro más íntimo interior, la primera impresión es de temor exacerbado. Por desgracia, las personas hemos perdido la capacidad de sentir verdaderamente. El problema es que habiendo maquillado nuestra superficie con *pseudosentimientos*, permitir que alguien penetre en nuestro interior y descubra nuestros verdaderos sentimientos, ya sean amorosos u hostiles, comprensivos o rencorosos, temerosos o arrogantes, es un riesgo extremo que produce un miedo insoportable, puesto que los cimientos sobre los que hemos creado nuestra pseudopersonalidad (a costa de sacrificar nuestro verdadero YO individual) pueden verse resquebrajados e incluso destruidos... y entonces... ¿Quiénes somos?!

—¡Con razón me ahogo cada día más en este trabajo! —se quejó Julia, negando.

—Y también por eso te dan esos fuertes dolores de cabeza. Los *pseudosentimientos* son la causa de multitud de enfermedades psicosomáticas; como las migrañas agudas. Tu trabajo te obliga sí o sí a forzar una sonrisa cuando no te apetece, a saludar a personas con las que no comulgas, a fingir amabilidad aun teniendo el peor de los días. No eres libre de expresar tus

verdaderos sentimientos; la estructura de la sociedad en general y tu trabajo en particular te obligan a simular *pseudosentimientos* que sofocan la libre expresión de tu YO esencial. La parte buena es que no estás tan muerta como para no percibirlo, y aunque sea a nivel subconsciente, las migrañas son la forma en que tu YO esencial libera la presión acumulada tras verse obligado a permanecer a la sombra del pseudoyo con el que sin remedio te has de vestir.

—No tenía ni idea de que la psique podía ser causa y motivo de enfermedades físicas —aseguró Julia, sorprendida.

—¡De más de las que imaginas! Un estado agudo de ansiedad puede provocar un sudor ácido y desagradable, o una vida carente de sentido puede provocar un estado de «vacío» interior que sólo se calma comiendo aún sin hambre, lo cual da lugar a problemas de sobrepeso, autoestima y aceptación social —Daniel hizo una pausa y observó detenidamente a Julia—. Ponte a estudiar medicina —insistió arqueando la cornisa de sus ojos.

—Lo he pensado y te aseguro que voy a estudiar en cuanto llegue el nuevo curso en septiembre. Pero ahora mismo pienso que lo que me hace falta es perderme un tiempo de Granada.

—Eso tiene fácil arreglo. Ve hablar con tu tía Rocío y cuéntale todo lo que te ha pasado con tus amigas y con Hugo; háblale de tu macabra pasión y de tu intención de estudiar medicina; ella sabrá qué hacer con su maravillosa sobrina.

Daniel desapareció y Julia quedó pensativa...

«Que pocas ganas tengo de fingir pseudosentimientos. ¡Cómo me diga otra vez la encargada que sonría cara a la galería me voy del trabajo! Total, si Daniel dice que mi tía Rocío tiene la solución... es que la tiene. ¡Un momento! Si tiene la solución, ¿para qué esperar a que me diga que sonría para decirle que me

voy? ¡A la mierda! ¡Mío el riesgo, mío el fracaso o el éxito! Me voy del trabajo» —pensó decidida, levantándose de la silla.

Mientras andaba de regreso, llamó a su tía Rocío...

—¡Dime Julia! —contestó al otro lado.

—¿Tita estás en tu casa?

—Sí. ¿Qué te hace falta?

—Hablar contigo. En tres cuartos de hora estoy allí.

—¿Pero tú no estás trabajando? —interrogó Rocío, extrañada.

—Ya no... bueno aun sí... pero es que voy ahora mismo a que me den de baja. Por favor espérame en tu casa que me hace mucha falta hablar contigo.

—No te preocupes que aquí estoy para lo que te haga falta. Un beso.

Cuatro meses después, la última semana de Septiembre...

Julia entró en la librería del pueblo, frente a *Sonifran*.

—Hola Juanjo —saludó cortés y con una amplia sonrisa en el rostro.

—Hola Julia —devolvió el saludo—. ¿Qué te hace falta?

—Unas fotocopias y encargarte unos libros.

—Dame que vaya haciéndolas. ¿Es que has estado fuera? —le preguntó al pie de la fotocopidora—. Hace meses que no te veo por aquí.

—He pasado todo el verano fuera de Granada.

—Mira que bien. ¿Y el oriundo de tu tío? También hace tiempo que no lo veo.

—Creo que está liado con su nuevo libro y como escribe de forma enfermiza, pues ni sale.

—Toma las fotocopias. ¿Qué más?

—Encargarte estos libros —le entregó una nota.

Juanjo leyó y después indagó...

—¿Es que vas a estudiar medicina?

—Sí. Empiezo a primeros de octubre.

—Me alegro. El saber no ocupa lugar. Te puedo tener los libros en dos o tres días. Lo que tarden en llegar.

—De acuerdo. Me paso el viernes directamente.

—Ok. Hasta luego Julia.

Después de salir de la librería, se subió en el coche y se dirigió a Granada. Más concretamente a la facultad de ciencias de la salud, donde había de entregar los documentos fotocopados.

Estacionó en el parquin más cercano, donde el antiguo campo de futbol de Los Cármenes, y emergió a una gran plaza en la superficie. Mientras andaba, notaba una incipiente expectación creciendo en su interior. Saber que quedaba poco más de una semana para comenzar sus estudios la excitaba tanto como la amedrentaba... profesores y compañeros desconocidos... lugares y situaciones nuevas...

«¡Esto sí que es un nuevo comienzo para mí!» —se dijo a sí misma, perfilando los labios ribeteados.

—¡Me gusta verte así!

Julia se sobresaltó repentina...

—¡Daniel!

—¿Aún te asustas de mí? —deslizó jocoso.

—¿Dónde has estado? ¡Desde que me fui a Madrid no he vuelto a saber de ti! —Julia intentó abrazarlo en acto reflejo, pero sólo consiguió trastabillarse al agarrar aire.

Un grupo de personas que yacían sentadas en un banco, observaron la escena sin entender muy bien que le pasaba a aquella muchacha.

—¡Ten cuidado o te caerás!

—Me ha podido la emoción. ¡Creía que me habías abandonado!

—¡Ya ves que no! ¡Sólo te he dado el tiempo y el espacio necesario para que te encuentres a ti misma! ¡Y por lo que veo lo has hecho!

—¡Gracias a ti! —esgrimió gustada.

—De eso nada —negó Daniel—. Yo sólo te he señalado el camino, pero el mérito y el trabajo de recorrerlo ha sido tuyo. Ha sido tu esfuerzo y no el mío el que te ha traído hasta este momento que vives ahora. ¡Ya te decía que eres maravillosa!

—¡Cuánto tiempo sin escucharlo! La verdad es que lo echaba de menos —se sinceró Julia.

—Te contaré un pequeño secreto —alegó Daniel—. Por propia experiencia sé que cuando a un hijo se le repite todos los días que es un estúpido, que no hace nada bien, que todo lo hace mal, el hijo crece inseguro de sí mismo y con su autoestima mutilada... seguro acabará drogándose y siendo alguien inepto para todo porque es lo que él cree de él mismo, lo que sus padres le enseñaron y repitieron hasta la saciedad: no sirves para nada. Pero si a un hijo se le dice todos los días que es maravilloso, lo mucho que nos importa, que puede equivocarse cuantas veces quiera siempre y cuando aprenda de sus errores, que no ha de temer la vida y sí disfrutarla, el hijo crece con una autoestima y confianza en sí mismo elevadas, y lo más importante de todo, con una capacidad para desarrollar sus propias potencialidades que dejará perplejos a todos los que se crucen con él. ¿Sabes por qué te cuento esto? ¿Recuerdas que te decía a diario que eres maravillosa? Te lo repetía para que te lo creyeras, para que a fuerza de oírlo fueses cogiendo confianza en ti misma, para subirte la autoestima... y funcionó. Tu vida puede ser maravillosa sólo si tú eres una maravilla en tu vida.

Julia lo miró con ternura...

—¡Tengo tanto que agradecerte!

—Busca tu propia felicidad y entonces me sentiré agradecido. Ahora quiero que me respondas a una pregunta, ¿confías en mí? —el tic serio de Daniel evidenciaba la importancia de la pregunta.

—Ciegamente —respondió Julia de forma tácita.

—¡Entonces escúchame bien! Hoy, no dejes escapar al primer hombre que te pida la hora. Aparenta ser del grupo de los debiluchos feotes por los que uno nunca apostaría, pero es el único que te puede hacer feliz.

Julia lo marcó notando su corazón pulsionar violento. Daniel, por su lado, agachó la cabeza muequeando el rostro y su silueta se difuminó en el aire. Durante unos instantes, Julia quedó en mitad de la plaza estática y pensativa...

«*¡No dejes escapar al primer hombre que te pida la hora! ¿Por qué ha desaparecido muequeando el rostro? No lo entiendo*» — pensó a la par que reanudaba su marcha dirección la facultad.

Unas manzanas adelante, tras cruzar el paso de peatones y comenzar a subir los escalones del edificio...

—¡Julia! —escuchó desde atrás.

—¡Andrés! —se sorprendió—. ¿Qué haces aquí?

—Eso mismo te iba a preguntar yo a ti...

—He venido a traer unos documentos. Empiezo la semana que viene a estudiar. ¿Y tú?

—He venido a lo mismo —dijo Andrés, enseñándole sus propios documentos.

—No sabía que tú...

—Ni yo que tú...

Ambos esbozaron un melindre velado y entraron dentro.

—Te perdí la pista después de Semana Santa —conversó Julia.

—Tuve que dejar de salir. Tenía un dinero ahorrado, pero no me alcanzaba para la carrera, así que mis padres cubren el resto y me sustentan mientras estudio a cambio precisamente de que estudie —ambos entregaron los documentos en la recepción—. Imagino que tus padres estarán contentos de que estudies, y Hugo también.

Julia mordió sonrisa...

—Ya no estoy con Hugo.

Andrés la observó perplejo.

—Lo siento. No sabía que...

—No lo sientas. Fui yo la que rompí la relación hace cuatro meses.

—¿Y qué has hecho en el verano?

—Lo he pasado entero en Madrid.

—¿Te marchaste para olvidar a Hugo?

—Sí pero no. La verdad es que hace cuatro meses se me juntó una pelotera muy grande y necesitaba escapar de aquí. Hablé con mi tía Rocío y ella llamó a su cuñada Montse, que es policía nacional en Madrid y vive con su novio Fabián. Enseguida me acogió unos meses para despejarme. Me ha venido muy bien porque he regresado con las ideas más claras y la mente despejada.

—Me alegro por ti —admitió Andrés, saliendo—. ¿Podrías decirme la hora?

—Las 11:23 —dijo después de observar su reloj de Hello Kitty.

—¡Se me hace tarde! ¡Me voy! —espetó alejándose—. ¡Te veo la semana que viene por aquí!

«*¡No dejes escapar al primer hombre que te pida la hora!*» —rememoró al borde del bloqueo—. «*¡Aparenta ser del grupo de los debiluchos feotes por los que uno nunca apostaría, pero es el único que te puede hacer feliz!*» El corazón le volvió a pulsionar con fuerza.

«¡Julia que se va, que se te va...!»

—¡Andrés! —voceó en la distancia. Éste se giró alertado—. ¡El viernes empiezan las fiestas de Cúllar Vega! ¡Si quieres podemos quedar!

El rostro de Andrés pareció iluminarse desde dentro...

—¿Sigues con el mismo número de teléfono? —le preguntó.

—Sí.

—¡Te llamo el viernes sin falta!

—¡De acuerdo! —exhaló sintiendo un leve cosquilleo en el estómago y una sonrisa que no podía evitar.

Julia yacía erguida al pie de un caudaloso río. Al otro lado, en lo alto de una loma, diseñada con hermosas luces y sonidos de festejos, se alzaba la ciudad de la alegría.

«¿Cómo puedo pasar al otro lado?»

Quería abandonar ese lugar lúgubre y sombrío para disfrutar de la luz y la alegría. Observó a su izquierda, pero ni rastro de puente o pasarela por la que pasar. Después giró a su derecha, y un vahído de asombro asomó en su rostro. A doscientos metros se alzaba un puente totalmente iluminado. Caminó a paso ligero y atravesó el puente. Momentos después, frente a las puertas de la ciudad, cerró los ojos, alzó la cabeza y respiró felicidad. Volvió a abrirlos en el dormitorio de su casa. Se fijó en su respiración, profunda y pausada y en su rictus complacido, atirantado feliz.

«¡Por fin he cruzado el río! ¡Y encima empiezan las fiestas de Cúllar!»

Las fiestas locales de Cúllar Vega, en honor a su patrón San Miguel, se convierten siempre a finales de septiembre en el corazón de la vega granadina. Son unas fiestas por y para la gente del pueblo, donde no faltan actividades para todas las edades y colectivos. La tradicional Escuela de Música Felipe Moreno ameniza las calles todas las mañanas y, por supuesto, otra de nuestras tradiciones: las carreras de cintas...

A las seis de la tarde Julia se dirigió a la calle de la Iglesia para presenciar las carreras de cintas (los viernes son categoría de niños y mujeres en bicicleta y el sábado, les toca el turno a las motos). La calle más céntrica del pueblo estaba completamente cortada por protección civil, acotada con vallas de seguridad dejando un pasillo al centro y atarragada de personas que se agolpaban a lo largo. En medio de la calle, Jorge el alcalde preparaba el aparato de madera donde se enrollan las cintas de colores, de unos cinco centímetros de ancho y que van cosidas a unas anillas no más grandes que un llavero.

El turno de los niños había terminado y, al fondo de la calle, las mujeres se preparaban con sus bicicletas y un lápiz para intentar, sin parar la bicicleta, introducir el lápiz por alguna de las anillas y llevarse los diferentes premios que hay enrollados en cada una de las cintas.

Julia, abriéndose paso, entró en la cafetería *Boulevard* y se pidió una cerveza.

—¡Hola prima! —saludaron desde atrás.

—¡Isidro! —se complació al verlo. Ambos se fundieron en un fuerte abrazo.

—¿Cuándo has regresado de Madrid?

—El domingo pasado.

—¡Anda que avisas! ¿Vas a salir esta noche en las fiestas?

—Sí. Por supuesto.

—¿Entonces nos vemos, ¿no?!

—¡Claro que sí! ¿Cómo está tu madre M.^a Carmen y tu abuela Elodia?

—Estupendamente, cada vez mejor.

—Me alegro.

—He de preguntarte algo —indicó Isidro—. Hace unos meses, un día estabas aquí y al siguiente en Madrid. ¿Te fuiste por culpa de Hugo? Escuché que él había roto la relación y quedaste hecha polvo.

—No, Isidro. La que rompí la relación fui yo, pero sabes qué... ¡me da igual si va diciendo que la rompió él para salvaguardar su supuesta hombría. Un verdadero hombre no pretende dominar a su mujer, no quiere andar delante para tener la voz cantante, ni encima para pisotearla, ni debajo para zancadillearla, ni detrás para empujarla... un verdadero hombre anda junto a su mujer por el simple hecho que la respeta; todo lo demás no es amor.

—Veo que tienes las cosas claras.

—En estos meses me he aclarado mucho.

—Me alegro por ti. Y ahora que has vuelto, si Hugo te molesta me lo dices, que le quito las ganas de molestar.

—Gracias primo.

—Me voy que me están esperando. Esta noche nos vemos en las fiestas.

—Adiós.

Conforme Isidro se alejaba, el móvil le vibró en el bolsillo del pantalón. Andrés le había mandado un WhatsApp...

—Hola Julia. Esta noche, a las doce, tocan los **ROKEN** en la caseta municipal. ¿Te gustaría acompañarme a verlos?

—Por supuesto que sí —le escribió con una sonrisa que no podía ocultar.

—A las doce nos vemos en la entrada. Hasta luego.

—Hasta esta noche Andrés.

«*¡No dejes escapar al primer hombre que te pida la hora!*» —recordó que le había dicho Daniel. Los pulmones se le hincharon de certidumbre. Giró su cabeza y ya habían empezado las carreras de cintas de mujeres. Se acercó al centro y no pudo evitar soltar una carcajada...

«¡Qué máquinas son las tres! ¡Qué arte tienen!» —pensó observando a Tere, Inma y Cornelia, que, como todos los años, se disfrazaban de *monster viejas* haciendo las delicias de los concurrentes...

«¡Esto es Cúllar por y para siempre!»

—¡Julia! —escuchó que la llamaban. Se giró y observó cómo se acercaban Sara, María e Irene.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó Irene, como si el tiempo hubiese borrado de su memoria sus mentiras y su «vete a la mierda». Julia realizó un ademán retraído.

—En el supermercado unos dicen que renunciaste y otros que te echaron —contó Sara. Julia la fijó aún más retraída.

—¿Es verdad que has estado en Madrid todo el verano? ¡Anda que avisas para invitarnos a la capital! —se quejó María. Julia la marcó dándose cuenta de que hasta quejándose intentaba aprovecharse.

—En estos meses me ha dado tiempo a pensar mucho —reflexionó Julia en voz alta—, he podido separar no sin dificultad

lo que quiero de lo que no quiero, y he llegado a la conclusión de que no quiero vuestra amistad —y sin tiempo a que ninguna armara respuesta, Julia se dio la vuelta y se perdió entre los asistentes a las carreras de cintas.

«Les he colocado un no con tanta elegancia que ni siquiera se ha podido sentir ofendidas» —pensó sonriente.

A las doce de la noche, Julia accedió al complejo ferial. Los columpios funcionaban a pleno rendimiento, las casetas estaban abarrotadas y los habitantes de Cúllar se lo pasaban en grande.

En la puerta de la caseta municipal, Andrés quedó prendado al ver acercase a Julia completamente de blanco. Vestido por las rodillas, ajustado y abotonado, con tacones altos y un recogido en el pelo que lucía radiante.

«¡Qué guapa es!» —pensó.

—Hola Andrés —saludó al llegar a su altura.

—Hola Julia —la recibió con dos besos—. ¿Entramos dentro? —se hizo a un lado extendiendo el brazo. Ambos entraron en la caseta y se acercaron a comprar bonos de consumición.

En el escenario, el grupo local **ROKEN** comenzó su actuación con la canción *La Musa*.

Al lado de la barra, Julia se balanceaba al compás de los acordes de guitarra. Andrés, acompañando el movimiento, la reojaba deleitándose en su observancia. Ella se percató y lo fijó con sonrisa complacida. Él, le devolvió el esbozo y le susurró al oído...

—¿Te gustaron los tulipanes que te puse en Semana Santa?

Julia lo marcó desconcertada...

—¿¿Cómo...?! ¡Pero sí...! ¡Hugo me dijo que había sido él!

—Fui yo —reconoció mirándola a los ojos.

«*¡Aparenta ser del grupo de los debiluchos feotes por los que uno nunca apostaría, pero es el único que te puede hacer feliz!*»

Cruzaron sus miradas y se agarraron las manos. De forma inevitable se acariciaron la piel con la yema de los dedos. Se

fijaron con delicadeza y lentamente se acercaron hasta que sus labios se acoplaron en perfecta armonía, lo cual les provocó un estremecimiento que les recorrió la espalda y la parte externa de los brazos. El tiempo pareció detenerse... salvo... claro está... la música de fondo de los **ROKEN**...

*Puedo soñar,
con lo que a mí me dé la gana.
Puedo llorar,
Aunque la guerra esté ganada.
Puedo sentir,
lo que el corazón me manda.
Y caso le haré,
pues no tengo que perder nada.*

Al otro lado del escenario, por la puerta adjunta, entraron Hugo y Juan...

—¡Mira! —soltó Juan, señalando—. ¡Julia se está besando con Andrés!

Hugo quedó violentado por la impresión...

—¡Ese maldito canalla se va a enterar ahora mismo! —porfió dando pasos hacia ellos...

—¿A dónde vas? —se interpuso en su camino Isidro, el primo de Julia. Lo avizó con la mirada fruncida. Hugo quedó impelido en su intención, y con un rápido parpadeo fijó a Julia y después otra vez a Isidro—. ¡Ni se te ocurra molestar a mi prima! ¡Tira de aquí ahora mismo! —ordenó enérgico, dando un paso hacia él.

—Vámonos Hugo —se achantó Juan, agarrándolo del brazo.

Ambos se giraron y marcharon del lugar...

Isidro se volteó y, trazando una sonrisa victoriosa, se complació al ver a Julia recibiendo calurosas caricias.

Al terminar el concierto, Julia salió solitaria a respirar un poco de aire fresco. Con paso lento y cabeza alzada se alejó del ferial. Sonriendo, aspiró profundo y cerró los ojos para percibir los matices del ambiente húmedo...

—¡Esta noche va a llover! —dijo Daniel, apareciendo a su lado.

—Me gusta la lluvia —respondió sin abrir los ojos unos segundos más.

—Mi trabajo a tu lado ha terminado —musitó calmado.

—¡Aún no! —pospuso mordida—. Desde hace meses he soñado que me encontraba a los pies de un caudaloso río, y al otro lado había una loma con una ciudad llena de colores y sonidos maravillosos. Daba la impresión de que era la ciudad de la alegría. En todo este tiempo he intentado cruzar el río, pero siempre terminaba despertándome como ahogada. Sin embargo, anoche, por fin encontré un puente por el que pasar.

—¡Lo cual significa que mi trabajo a tu lado ha terminado! ¡Ya estás preparada para seguir tú sola! —corroboró asintiendo—. El cruce del río simboliza pasar de la ribera de tus temores e inseguridades a la costa de la confianza en ti misma. En las anteriores versiones, que no consiguieras cruzarlo simbolizaba tu problema interior de falta de confianza en ti misma a pesar de tus continuos esfuerzos por alcanzarla. Pero ahora aparece una nueva situación: ¡por fin confías en ti misma!

—Significa eso que no nos volveremos a ver más —aguaitó Julia.

—Aquí se separan nuestros caminos —negó Daniel, con una mueca de tristeza en el rostro.

Ambos guardaron silencio por unos momentos.

—Me alegro por ti —se animó a decir ella, recordando la prueba que él debía pasar para acceder al reino de los cielos—. Me has ayudado como el Jefe quería y ahora podrás descansar en paz.

Daniel, con la mirada apagada y el rostro acanalado, meneó la cabeza en forma negativa.

—¿Qué significa eso? —preguntó Julia, reticente—. Tú me dijiste que la prueba consistía en ayudar verdaderamente a la persona asignada, y eso es precisamente lo que tú has hecho conmigo. ¡Me has ayudado! ¡He cruzado el río!

—Lo que dices es cierto, pero también lo es que no he pasado la prueba. He transigido una de las normas y no soy merecedor del premio.

—¡No...! ¡No puede ser! —clamó alzando la voz a la par que sus ojos se tornaban vidriosos—. ¡T...! ¡Tú...! ¡Tú me has ayudado!

—Lo sé. Pero no podía vaticinar nada sobre el futuro —un sonido atronador estremeció el manto de carbón que ocultaba las estrellas allende iluminar la noche. El rayo precedió a un tremendo aguacero.

—¡No! ¡No! —gritó Julia, empezando a plañir—. ¡Tú no me has dicho nada sobre el futuro! ¡No! ¡Eso no es justo! ¡Tú no me has dicho nada!

—Sí que te he dicho —reconoció Daniel, con los ojos humedecidos—. Ayer te aconsejé que no dejaras escapar al primero que te pidiese la hora. El Jefe lo ha interpretado como un vaticinio sobre el futuro y, por lo tanto, la prueba no está superada.

—¡Joder! ¡No! —gritó sucumbiendo por completo a la injusticia mientras el agua resbalaba por su rostro—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me dijiste nada?

Daniel dio varios pasos atrás...

—Sé feliz, Julia, ¡porque te mereces serlo! ¡Adiós! —confirmó sin poder reprimir las lágrimas que resbalaban por su mejilla.

—¡Daniel no por favor! ¡Tú no! ¡Él no! —suplicó gritando al cielo, compungida y desconsolada.

Ante ella, Daniel se transformó en una radiante luz blancuzca. Julia arrugó los ojos so pena de quedar cegada. Poco a poco la intensidad de la luz fue disminuyendo conforme se desplomaba en el suelo, volviéndose tenue. En cuanto las pupilas recuperaron su nitidez, Julia observó frente a ella un precioso gato negro con los ojos verde turquesa.

«¡No puede ser! —recordó—. ¡Es el gato que vi el día que recogí del suelo la pierna amputada! ¡Por eso me miraba como si me conociese!»

El minino maulló sin apartarle la mirada...

—¡Ahora entiendo! ¡Adiós Daniel! —susurró elevando un poco el brazo, sin ser capaz de poder cerrar por completo ese grifo goteando en que se habían convertido sus ojos.

De nuevo el gato maulló, como despidiéndose, y dándose la vuelta, se perdió en la oscuridad...

Cuenta una antigua leyenda babilónica que existen tres clases de *ángelus*...

-Los que no pasan la prueba del Jefe.

-Los que sí pasan la prueba del Jefe.

-Y aquellos que aun habiendo conseguido superar la prueba, deciden sacrificar su entrada en el cielo saltándose algunas de las normas, simplemente, para que la persona asignada sea feliz.

Cuenta la leyenda que a ésta última clase de *ángelus* el Jefe no les permite la entrada en el cielo, pero no porque no sean merecedores del premio, sino porque son tan pocos los capacitados para sacrificarse por el prójimo en un acto de verdadero amor, que el Jefe no se permite el lujo de prescindir de ellos.

Cuenta la leyenda que viven dentro del espíritu de los gatos, y vagan de un lado a otro hasta encontrar otra persona que verdaderamente necesita ser ayudada.

Entonces todo vuelve a comenzar...

Bibliografía

- Carl R. Rogers, **El proceso de convertirse en persona**, Paidós, Barcelona.
- Erich Fromm, **El arte de amar**, Paidós, Barcelona.
 - El miedo a la libertad, Paidós, Barcelona.
 - Ética y psicoanálisis**, Fondo de Cultura Económica, México.
 - El arte de escuchar, Paidós, Barcelona.
 - El lenguaje olvidado, Paidós, Barcelona.
 - Psicoanálisis de la sociedad contemporánea**, Fondo de Cultura Económica, México.
 - ¿Tener o ser?**, Fondo de Cultura Económica, México.
- Jorge Bucay, **Cuenta conmigo**, RBA, Barcelona.
 - De la autoestima al egoísmo**, RBA, Barcelona.
 - El camino del encuentro**, Debolsillo, Barcelona.
 - El camino de Shimriti**, RBA, Barcelona.
 - Las tres preguntas**, RBA, Barcelona.
- Jorge Bucay y Silvia Salinas, **Amarse con los ojos abiertos**, RBA, Barcelona.
- Louisa Hay, **Usted puede sanar su vida**, Urano, 34ª edición.
- Norma O'Connor, **El poder de los sueños**, Hojas de luz, Sirio, Málaga.
- Osho, **Los tres tesoros del tao**, Sirio, Málaga.
- Sigmund Freud, **El porvenir de una ilusión**, Taurus, Madrid.
 - La interpretación de los sueños 1 y 2**, Alianza, Madrid.
- Viktor Frankl, **El hombre en busca de sentido**, Herder.